Las Bellas Historias de la Biblia

ARTHUR S. MAXWELL

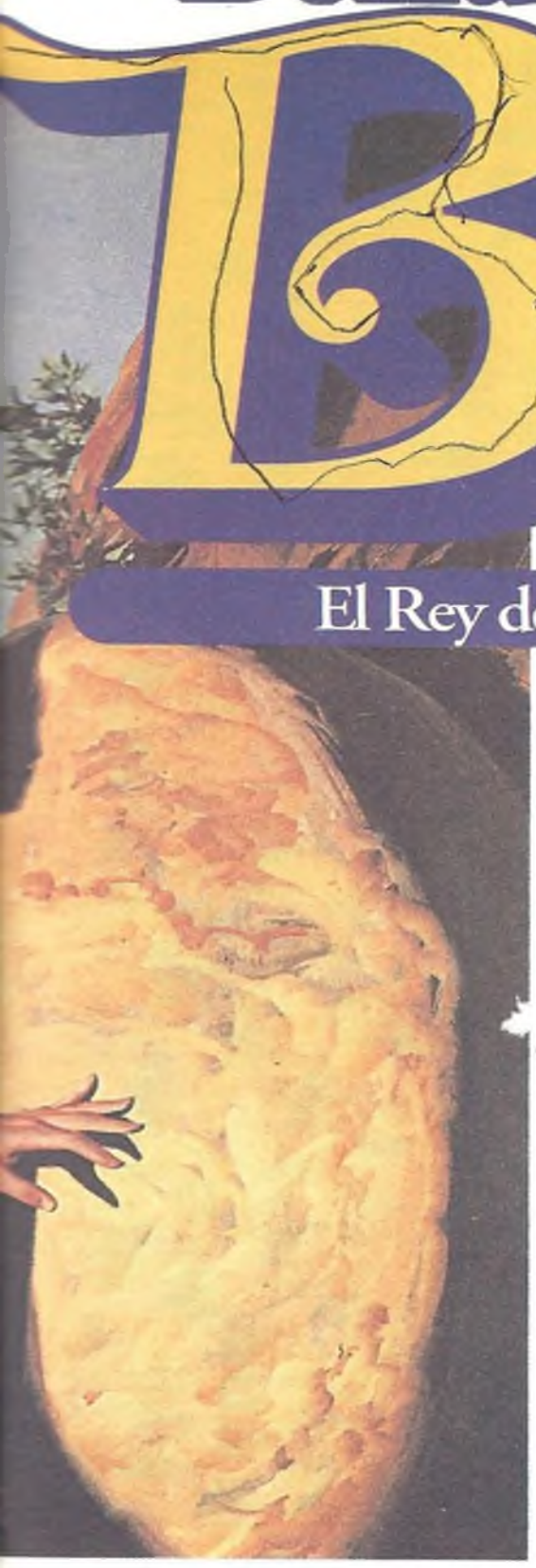
Las Bellas Historias de la Biblia

El Rey de Reyes

(Desde las escenas finales de la vida de Jesús hasta su ascensión)

TOMO IX

Las Bellas Historias de la Biblia



El Rey de Reyes ✦ Tomo Nueve

Por Arthuro S. Maxwell
Autor de *Mis historias favoritas*

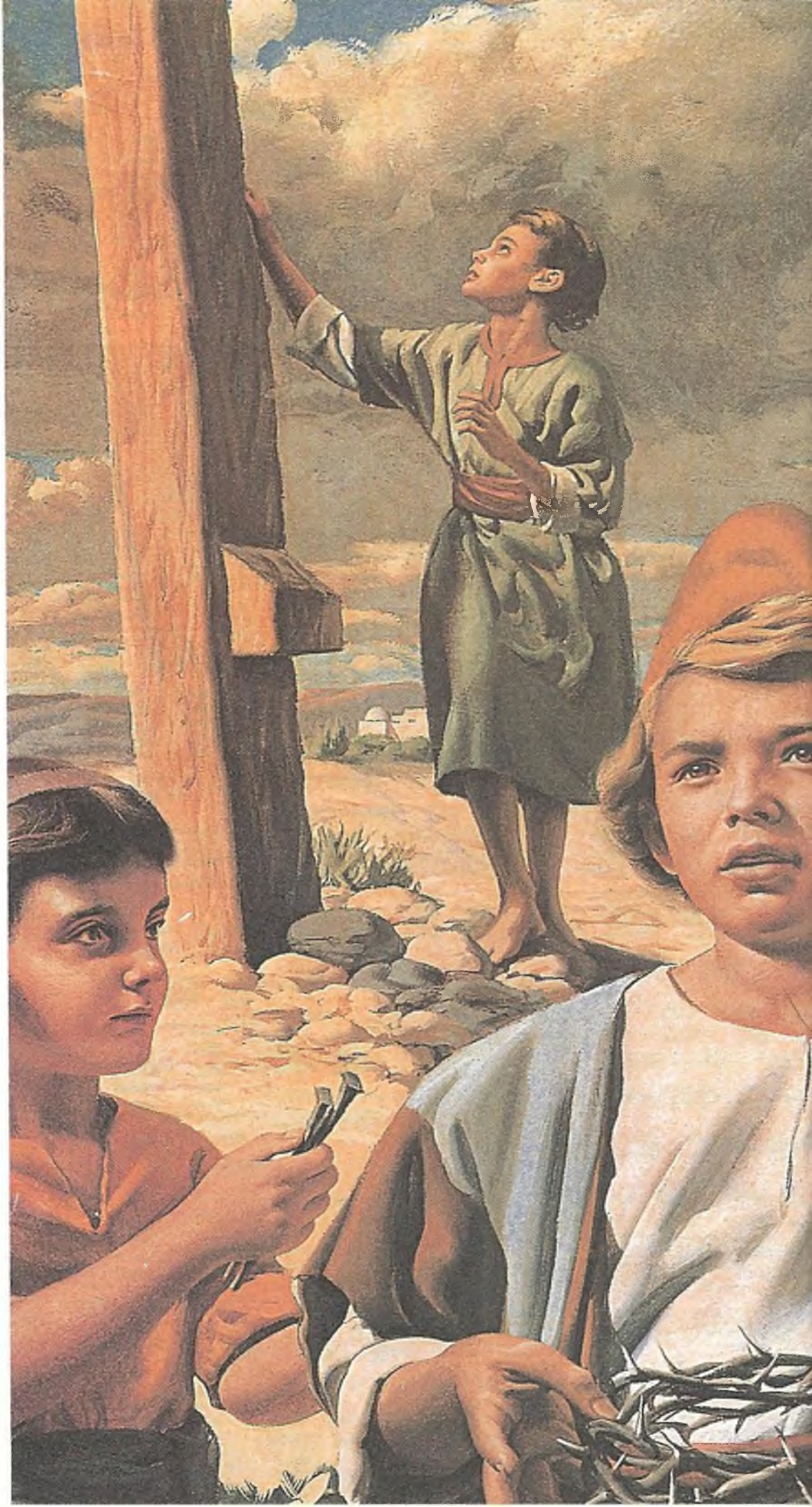
Los pasajes bíblicos de esta obra han sido tomados literalmente de la Nueva Versión Internacional, que contiene un lenguaje claro y fresco que los niños de hoy comprenderán fácilmente.

Más de 400 historias en diez tomos que abarcan la Biblia entera, desde el Génesis hasta el Apocalipsis

Mission Publications

Translation copyright, 2009, by Mission Publications.
Illustrations copyright, 1994, by the Review and Herald Publishing Association.
Todos los derechos reservados. Ninguna parte de su contenido literario o pictórico debe ser reproducido sin permiso de los editores.

OFFSET IN KOREA



Al conocer la muerte de Jesús, los niños que lo amaban deben haber ido enseguida al Calvario. Pero allí vieron solo una cruz solitaria, una corona de espinas y algunos clavos.

ILUSTRACIÓN DE RUSSELL HARLAN

ÍNDICE

Primera Parte: Historias del Rey de Amor

Mateo 16:21-23; 18:1 a 19:30; 21:12-16; 26:6-13;
Marcos 10:13 a 11:19; 12:20-33; 14:3-11;
Lucas 7:36-50; 9:51-56; 18:15 a 19:48; Juan 11:55 a 12:33

1. El amigo de los niños 9
2. El joven rico a quien Jesús amó 15
3. La aldea que Jesús no quiso quemar 19
4. Las lágrimas derramadas por Jesús 22
5. El secreto que Jesús contó 28
6. El asno que Jesús recordaba 33
7. El Rey que se detuvo para llorar 39
8. La escena en el templo 44
9. La visión que contempló Jesús 48

Segunda Parte: Historias del Rey del Dolor

Mateo 26:20-75; Marcos 14:12 a 15:20; Lucas 22:3-46; Juan 11:27-57; 13:1 a 18:37

1. Los pies que Jesús lavó 55
2. La fiesta de despedida 61
3. Las últimas palabras de amor 65
4. "Guárdalos del mal" 70
5. Una noche en el huerto 73
6. Delatado por un traidor 78
7. Negado por un amigo 82
8. Condenado por enemigos 88

Tercera Parte: Historias del Rey del Sufrimiento

Mateo 27:20-66; Marcos 15:21-47; Lucas 23:18-56; Juan 19:1-42

1. Rechazado por un ladrón 97
2. Ayudado por un africano 101
3. Clavado en la cruz 105
4. La promesa hecha a un ladrón 112
5. "¡Adiós, mamá!" 118
6. La historia se parte en dos 124
7. El hombre que quitó los clavos 129
8. El Creador descansa nuevamente 134
9. El día más sagrado 139
10. La noche más terrible 143

Cuarta Parte: Historias del Rey de la Vida

Mateo 28:1-20; Marcos 16:1-20; Lucas 24:1-53; Juan 20:1 a 21:25; Hechos 1:1-11

1. La mañana más gloriosa 151
2. Un misterioso extranjero 156
3. Corazones inflamados 161
4. Por qué dudó Tomás 165
5. De regreso a las barcas 170
6. Una comida en la playa 175
7. "Apacienta mis ovejas" 179
8. Cuarenta días admirables 182
9. Ángeles con una promesa 187

PRIMERA PARTE

Historias del

Rey de Amor

(Mateo 16:21-23; 18:1 a 19:30; 21:12-16; 26:6-13;
Marcos 10:13 a 11:19; 12:20-33; 14:3-11;
Lucas 7:36-50; 9:51-56; 18:15 a 19:48; Juan 11:55 a 12:33)

El amigo de los niños

(Mateo 18:1-14; 19:13-15)

BIEN pudo haber tenido 4, o quizá 5 años. No lo sé. Su nombre puede haber sido Amós, o Enoc, o Benjamín. Tampoco lo sé. Nadie puede saberlo.

Pero por unos pocos momentos, fue el niño más afortunado del mundo. Jesús lo tomó de entre un grupo de niños y les dijo a todos los que lo rodeaban que, si querían entrar en su reino de amor, debían ser como ese muchachito.

¡Debe haber sido un niño muy querido y agradable! ¡Tan bondadoso, amante, obediente! La bondad de su corazón debió haber brillado en su rostro, y Jesús la vio reflejada en esa oportunidad.

No pudo haberse tratado de un chico descortés, de los que corren gritando y silbando, y son una molestia para todo el mundo. No pudo haber sido de los que empujan o atropellan a los otros muchachos o se burlan de las niñas y las hacen llorar. No. Allí estaba, callado y respetuoso, mirando a Jesús con ojos grandes, observando todo lo que hacía y atesorando cada palabra que pronunciaba, muy feliz de estar cerca de Jesús, el amado Maestro.

Entonces, oyó que se lo llamaba por nombre. La Biblia dice

ILUSTRACIÓN DE HARRY ANDERSON

A Jesús le encantaban los niños. La inocencia y la confianza que manifestaban eran cualidades que conmovían su corazón. Aún hoy, el Señor desea que nos acerquemos a él con la fe de un niño.

que Jesús "llamó a un niño y lo puso en medio de ellos". Jesús dijo:

–Juan –y el nombre del niño pudo haber sido Juan, ¿no es cierto?–, ven por favor un momento. Te necesito.

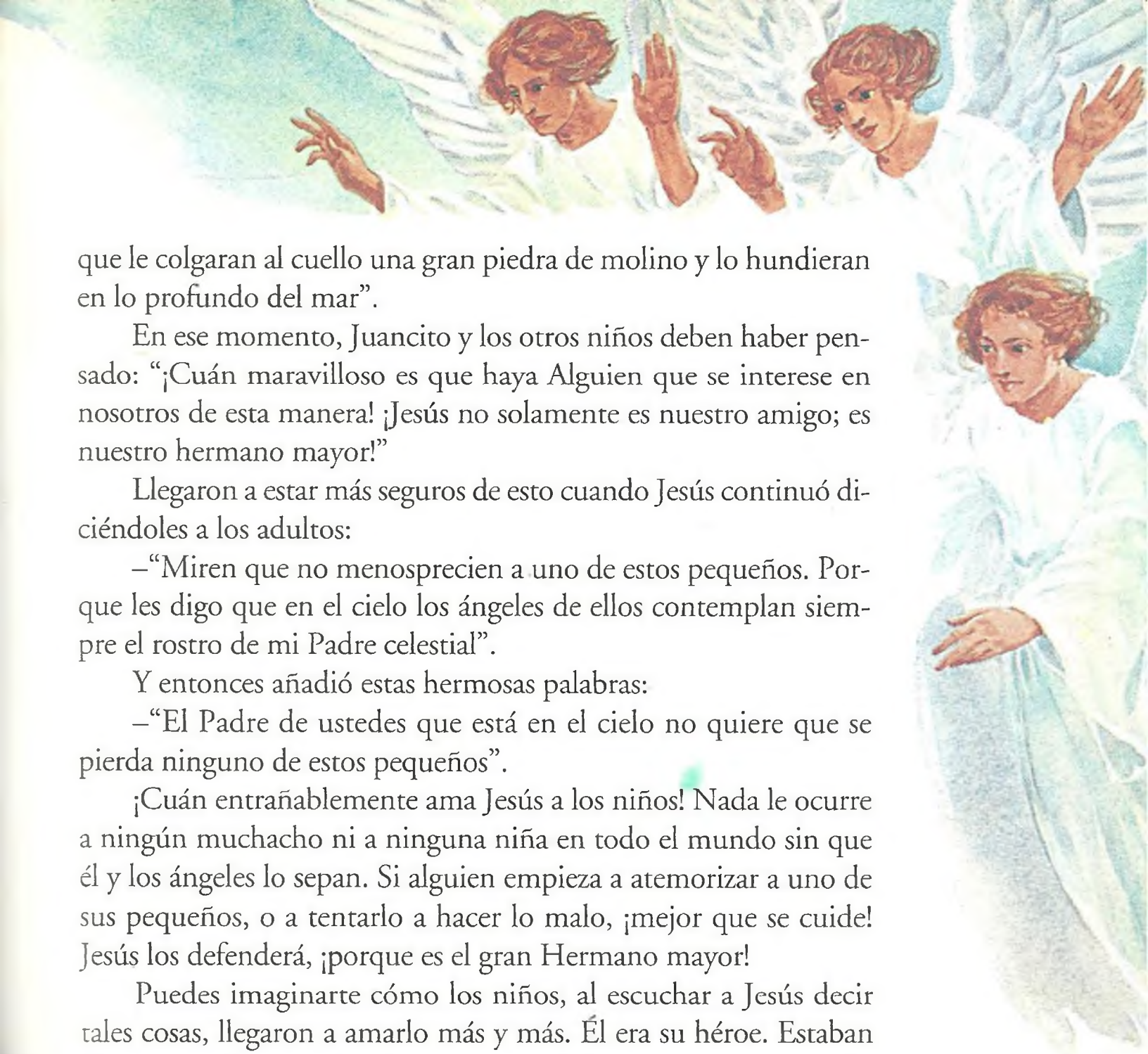
Juancito, ruborizado y sonriente, corrió hacia Jesús, mientras todos los otros niños se acercaban para ver qué iba a ocurrir. Entonces, tal vez con una mano colocada gentilmente sobre la cabeza de Juancito, Jesús dijo a las personas adultas que lo escuchaban:

–"Les aseguro que a menos que ustedes cambien y se vuelvan como niños, no entrarán en el reino de los cielos".

Sus discípulos acababan de preguntarle quién sería el mayor en su reino, y esta fue su respuesta: El reino de los cielos es para los humildes, los bondadosos, los amables, los generosos. A menos que los discípulos dejaran de buscar las mejores cosas y los mejores lugares para ellos mismos, nunca verían el cielo.

–"El que se humilla como este niño –dijo Jesús– será el más grande en el reino de los cielos".

Al continuar, el Salvador expresó algo que estaba sobre su corazón. Y había firmeza en su voz al amonestar a los adultos a no inducir nunca a un niño al pecado. Si alguno lo hiciera, dijo él, "más le valdría



que le colgaran al cuello una gran piedra de molino y lo hundieran en lo profundo del mar".

En ese momento, Juancito y los otros niños deben haber pensado: "¡Cuán maravilloso es que haya Alguien que se interese en nosotros de esta manera! ¡Jesús no solamente es nuestro amigo; es nuestro hermano mayor!"

Llegaron a estar más seguros de esto cuando Jesús continuó diciéndoles a los adultos:

–"Miren que no menosprecien a uno de estos pequeños. Porque les digo que en el cielo los ángeles de ellos contemplan siempre el rostro de mi Padre celestial".

Y entonces añadió estas hermosas palabras:

–"El Padre de ustedes que está en el cielo no quiere que se pierda ninguno de estos pequeños".

¡Cuán entrañablemente ama Jesús a los niños! Nada le ocurre a ningún muchacho ni a ninguna niña en todo el mundo sin que él y los ángeles lo sepan. Si alguien empieza a atemorizar a uno de sus pequeños, o a tentarlo a hacer lo malo, ¡mejor que se cuide! Jesús los defenderá, ¡porque es el gran Hermano mayor!

Puedes imaginarte cómo los niños, al escuchar a Jesús decir tales cosas, llegaron a amarlo más y más. Él era su héroe. Estaban dispuestos a hacer cualquier cosas que él dijera ya seguirlo dondequiera que fuese.

Las madres también lo amaban, porque él amaba a sus hijos. Ellas les traían a sus bebés y le pedían que pusiera sus manos sobre ellos para bendecirlos. La Biblia nos cuenta de una escena feliz semejante. Una cantidad de muchachos y niñas se agolpaban en torno a Jesús como de costumbre. Había mucha alegría y risa inocente,

como hay siempre cuando se reúnen los niños. Entonces, muchas madres comenzaron a llegar con sus pequeñuelos en brazos.

–¡Bendice a mi pequeño Jacob! –puedo oír a una madre decir.

–¡Y a la pequeña Rebeca también! –decía otra.

–¡Y a mi querido Danielito! ¡Por favor, Jesús, pon tus manos sobre él!

Jesús sonreía mientras abrazada con ternura a los bebés, susurrando con bondad a uno y a otro:

–¡Bendito tú, querido! ¡Bendita tú, querida!

Estoy seguro que a las madres les decía:

–Asegúrense de educarlos bien. Enséñenles a amar a Dios y a guardar sus mandamientos.

Entonces, alguien intervino y echó a perder toda la escena.

–¡Retírense, retírense! –dijo uno de los discípulos–. ¡Dejen solo al Maestro! Él tiene ocupaciones más importantes que bendecir a sus hijos. ¡Váyanse!

Dolidas y desilusionadas, las madres y los niños miraron alrededor, preguntándose qué habían hecho de malo. Tal vez algunas

de ellas comenzaron a retirarse. Entonces, Jesús habló. Les pidió que se quedaran, y reprendió a los discípulos por actuar de esa manera.

–"Dejen que los niños vengan a mí, y no se lo impidan, porque el reino de los cielos es de quienes son como ellos" –les dijo con toda bondad.

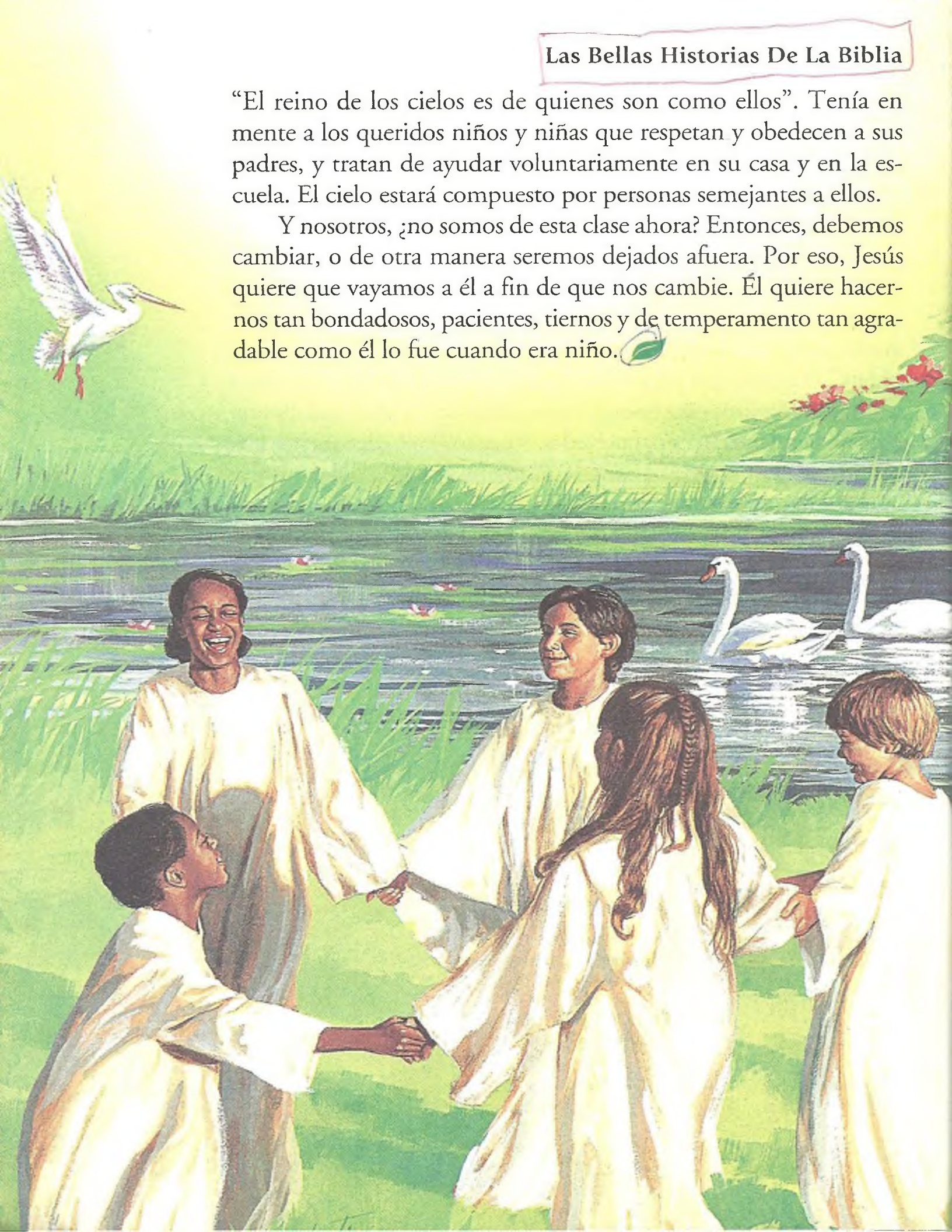
¡Qué palabras hermosas y amables pronunció! Y desde entonces, no ha cambiado nada. Él las dijo aquella lejana tarde, y las vuelve a repetir: "¡Dejen que los niños vengan a mí, y no se lo impidan!" Él quiere que cada muchacho y cada niña en todo el mundo vayan a él. No importa dónde vivan, cómo se vistan o qué idioma hablen, la invitación es para ustedes. Vengan. Y pueden estar seguros de que él no rechaza a ningún niño ni a ninguna niña.

Pero ¿qué quiso dar a entender Jesús cuando dijo: "El reino de los cielos es de quienes son como ellos"? ¿Están todos los niños preparados para el cielo? Ciertamente no. Puedo pensar en algunos que son tan malos, descorteses y desobedientes, que convertirían el cielo en un manicomio si alguna vez llegaran allí. Otros son tan destructivos, que reducirían a escombros la Nueva Jerusalén en poco tiempo, si Jesús los dejara entrar.

Jesús pensaba en niños dulces, inocentes y buenos cuando dijo:

"El reino de los cielos es de quienes son como ellos". Tenía en mente a los queridos niños y niñas que respetan y obedecen a sus padres, y tratan de ayudar voluntariamente en su casa y en la escuela. El cielo estará compuesto por personas semejantes a ellos.

Y nosotros, ¿no somos de esta clase ahora? Entonces, debemos cambiar, o de otra manera seremos dejados afuera. Por eso, Jesús quiere que vayamos a él a fin de que nos cambie. Él quiere hacernos tan bondadosos, pacientes, tiernos y de temperamento tan agradable como él lo fue cuando era niño.



El joven rico a quien Jesús amó

(Mateo 19:16-22; Marcos 10:17-22)

NO sé con exactitud cuánto tiempo pasó Jesús con los niños, las niñas y los bebés esa tarde maravillosa. Sin embargo, finalmente les dijo que era tiempo de que regresaran a su hogar para cenar e irse a dormir.

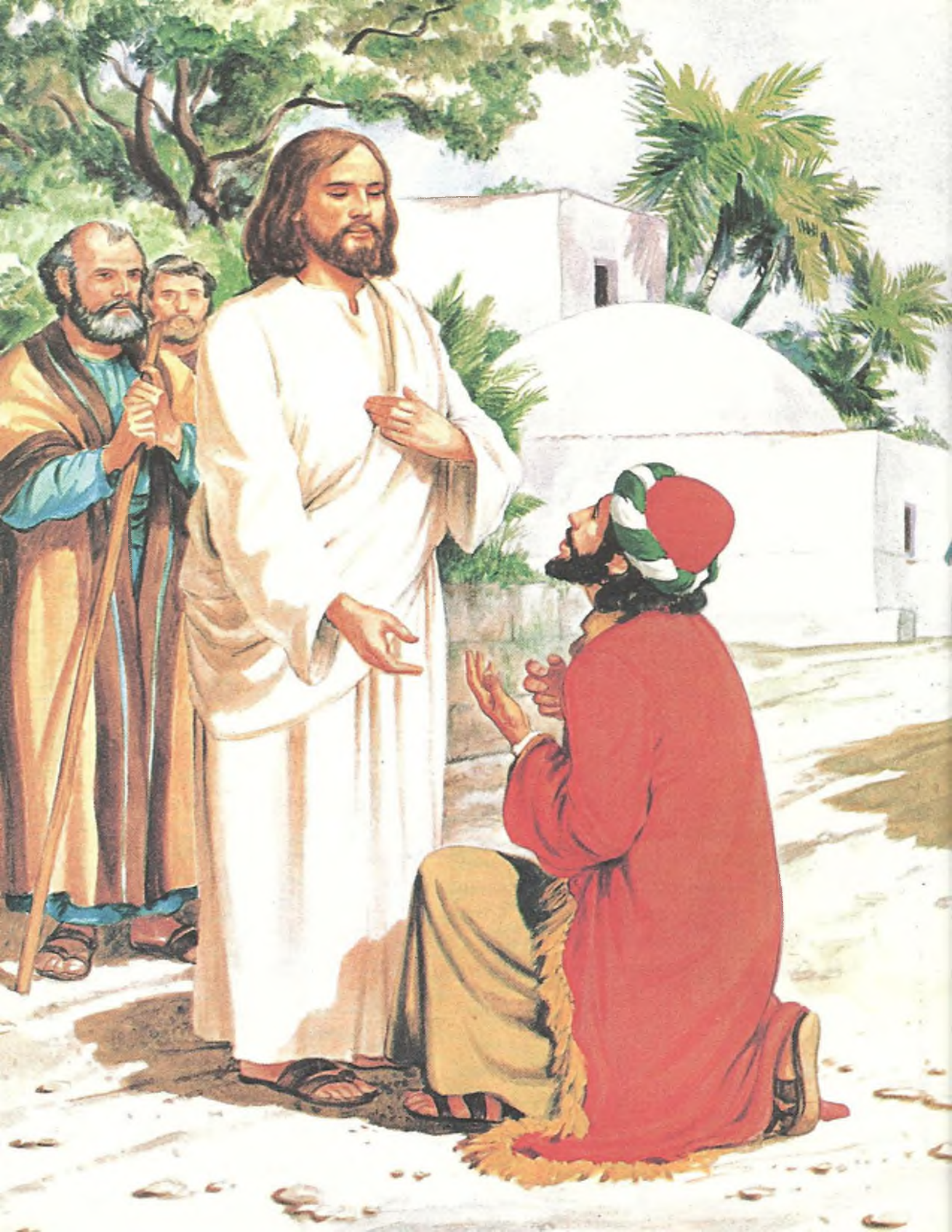
–¡Adiós, Jesús, adiós! –puedo oírlos decir mientras lentamente se iban separando de él.

Tal vez Jesús se dijo a sí mismo: "¡Qué niños tan queridos! ¡Cuánto los amo! Y ahora tendré un poco de paz y quietud por un tiempo". Pero no ocurrió así. Justo en ese mismo momento, llegó un joven corriendo hacia él.

Estaba bien arreglado y tenía un porte regio y noble. Su costosa vestimenta señalaba que pertenecía a las clases gobernantes y ricas. Ninguna persona por el estilo había venido a Jesús hasta entonces, y el Señor se alegró mucho de verlo.

–"Maestro bueno –dijo el joven, inclinándose respetuosamente–, ¿qué debo hacer para heredar la vida eterna?"

Se trataba de una pregunta bien pensada que denotaba que el joven había estado meditando seriamente en el futuro. La gente le había dicho que Jesús estaba predicando acerca de un reino en que



no habrá muerte y donde todo el mundo vivirá para siempre, y él había venido para averiguar cómo podía participar en él.

Mirando con ternura el rostro ferviente y observador del joven, Jesús le dijo:

–"Ya sabes los mandamientos: 'No mates, no cometas adulterio, no robes, no presentes falso testimonio, no defraudes, honra a tu padre y a tu madre'".

–"Maestro –dijo el hombre–, todo eso lo he cumplido desde que era joven".

Sin duda alguna, este buen muchacho amaba a Dios y deseaba hacer lo recto. De niño, había aprendido los Diez Mandamientos, y todavía podía repetirlos. Eran la norma conductora de su vida, o por lo menos él creía que lo era.

No es de extrañar que "Jesús lo miró con amor". Jesús vio todo el bien que había en él y todo el bien que podía hacer en el futuro. Este joven noble podría llegar a ser un gran líder de la iglesia, un poderoso campeón de su reino de amor.

–"Una sola cosa te falta" –le dijo Jesús.

–¡Una sola cosa! –puedo oír al joven decir–. ¡Una sola! ¿Cuál es, Señor? ¡Dímela y la haré! Haré cualquier cosa por obtener la rica bendición de la vida eterna. Esto constituye el mayor anhelo de mi vida.

–Te lo diré –le replicó el Maestro–. Si quieres ser perfecto, "anda, vende todo lo que tienes y dáselo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo. Luego ven y sígueme".

El gozo se desdibujó del rostro del joven, como si una luz se hubiera apagado en su interior. Quitó sus ojos de Jesús, pensando con seriedad.

¿Era este el precio de la vida eterna? ¿Debía vender sus propiedades y dar todo lo que poseía a los pobres? ¿Debía llegar a ser como

← ILUSTRACIÓN DE GUILLERMO HUTCHINSON

Un hombre joven y rico, que afirmaba haber guardado siempre los mandamientos, se postró ante Jesús y le preguntó:

–"Maestro bueno, ¿qué debo hacer para heredar la vida eterna?"

esos pescadores galileos y vivir en la pobreza el resto de su vida? Además, entonces se creía que ser pobre era un castigo de Dios por haber pecado. Ser rico significaba ser una buena persona que goza de la recompensa de la prosperidad prometida por Dios.

Jesús le estaba pidiendo demasiado. No podía hacerlo.

Por un momento, debe haberse producido un terrible silencio, mientras el joven tomaba su decisión. Entonces, sin decir palabra, se dio vuelta con lentitud y "se fue triste porque tenía muchas riquezas".

Jesús también debe haberse entristecido. Tal vez anhelaba llamar al joven de regreso para hacer las cosas más fáciles para él. Pero no lo hizo.

El Maestro sabía que la gran falta de este joven era la ausencia de simpatía por los demás. Quería la vida eterna para sí mismo, pero no para los tristes y los hambrientos que lo rodeaban. Había tratado de guardar los Diez Mandamientos exactamente como estaban escritos, pero había dejado de ver que lo que Dios quiere más que nada es un corazón amante, movido de compasión por lo que se hallan en necesidad, y que sepa simpatizar con los afligidos.

Pero antes de culpar a este muchacho por lo que hizo, piensa en ti mismo. Jesús también hoy te contempla con una mirada amante. Y tal vez te está diciendo ahora mismo: "Una sola cosa te falta".

Puede ser la abnegación. Quizá se trate de un espíritu perdonador. Puede ser bondad y delicadeza. O quizá respeto por tus padres. Puede ser una de muchas cosas. Pero es mejor que tú la descubras. Pues esa única cosa podría mantenerte fuera del cielo. Puede privarte de tu más preciosa herencia: la vida eterna.

Y cuando Jesús te la señale, no te vayas triste. En cambio, arrodíllate delante de él y dile:

–Querido Señor, suple esto que me falta. Hazme perfecto en ti.

La aldea que Jesús no quiso quemar

(Mateo 16:21-23; Lucas 9:51-56)

SE le estaba terminando el tiempo a Jesús, y era consciente de ello. Cuando estaba a solas con sus discípulos, trataba de advertirles que los días felices y libres de preocupaciones pronto llegarían a su fin, pero ellos no querían creerle.

Les dijo "que tenía que ir a Jerusalén y sufrir muchas cosas a manos de los ancianos, de los jefes de los sacerdotes y de los maestros de la ley, y que era necesario que lo mataran y que al tercer día resucitara", pero todo eso les parecía imposible. Pedro incluso discutió con él, diciendo:

–"¡De ninguna manera, Señor! ¡Esto no te sucederá jamás!"

Todo había funcionado muy bien hasta ese momento. Los milagros de sanamiento. Las multitudes que venían a escuchar. La tarea de alimentar a los 5.000. ¡Qué ocasión maravillosa había sido esa! Seguramente que Jesús no permitiría que unos pocos sacerdotes y escribas echaran a perder sus planes de establecer un reino glorioso.

De alguna manera, no habían llegado a comprender que, si Jesús era el Cordero de Dios, como Juan el Bautista había dicho,

algún día debía ser ofrecido como sacrificio. Eso era algo imposible de imaginar y no querían pensar en eso.

Pero Jesús sí lo hacía. Y con el correr de los días, las sombras de la cruz comenzaban a proyectarse sobre él.

Habría sido más fácil para él huir a algún lugar y esconderse. Habría podido irse a la India, a la China, al África, y nadie lo hubiera encontrado allí. Pero no escapó, aunque sabía cuán terribles cosas le sucederían. En cambio, "se hizo el firme propósito de ir a Jerusalén". Esto debió haber exigido mucho valor.

Y fue precisamente entonces cuando ocurrió algo muy extraño. Se acercaba la noche, y Jesús había mandado a Jacobo y a Juan delante de él para que consiguieran alojamiento. La aldea más cercana pertenecía a los samaritanos, pero esto no les preocupaba a los dos discípulos. ¿No había sido Jesús especialmente bondadoso con los samaritanos, de manera que ellos vieron que él los amaba tanto como a los judíos? ¿No había pasado varios días admirables en Sicar sanando a todos los enfermos?

Sin embargo, cuando los discípulos pidieron alojamiento, fueron rechazados.

–Pero ¿por qué? –preguntaron–. ¿Cuál es la razón?

–Porque su Maestro va a Jerusalén.

Eso era muy necio. Era una reacción infantil y egoísta.

Jacobo y Juan se enojaron tanto, que le dijeron a Jesús:

–"Señor, ¿quieres que hagamos caer fuego del cielo para que los destruya?"

Jesús quedó pasmado. ¡Qué cosa terrible para sugerir al Rey del amor! ¡Pensar que sus discípulos hablaban de esta manera después de haber vivido con él durante tres años! ¿No habían entendido ellos to-

davía que él había venido del cielo para revelar el amor de Dios a los hombres? Con palabras que nunca morirán, les contestó:

–"El Hijo del Hombre no ha venido para perder las almas de los hombres, sino para salvarlas".

Contemplando la aldea que le había rehusado alojamiento, sintió solamente compasión por las personas que allí vivían. ¡Pobre gente! ¡No conocían nada mejor! ¿Cómo podían saber que él estaba en viaje a Jerusalén para morir por ellos así como por todos los demás seres humanos del mundo?

Algún día, verían cómo habían perdido su oportunidad de dar la bienvenida al Hijo de Dios y alegrar su corazón antes de su gran noche de dolor. Pero no ahora. Sus corazones egoístas estaban demasiado llenos de pequeños celos. Era una lástima. Pero Jesús no se enojaría con ellos. Había venido para salvar, no para destruir.

"Luego siguieron la jornada a otra aldea".

No sabemos cuál era, pero ella resultó bendecida con la presencia del Salvador. La gente de allí ganó lo que los otros perdieron.

Las lágrimas derramadas por Jesús

(Juan 11:1-44)

UN día, llegó un mensajero que le traía noticias a Jesús acerca de María y Marta, que estaban en Betania. El mensaje era muy breve, como un telegrama: "Señor, tu amigo querido está enfermo".

Eso era todo. Ni siquiera decía: "Ven urgente, por favor". Las dos hermanas estaban seguras de que Jesús iría ni bien pudiera.

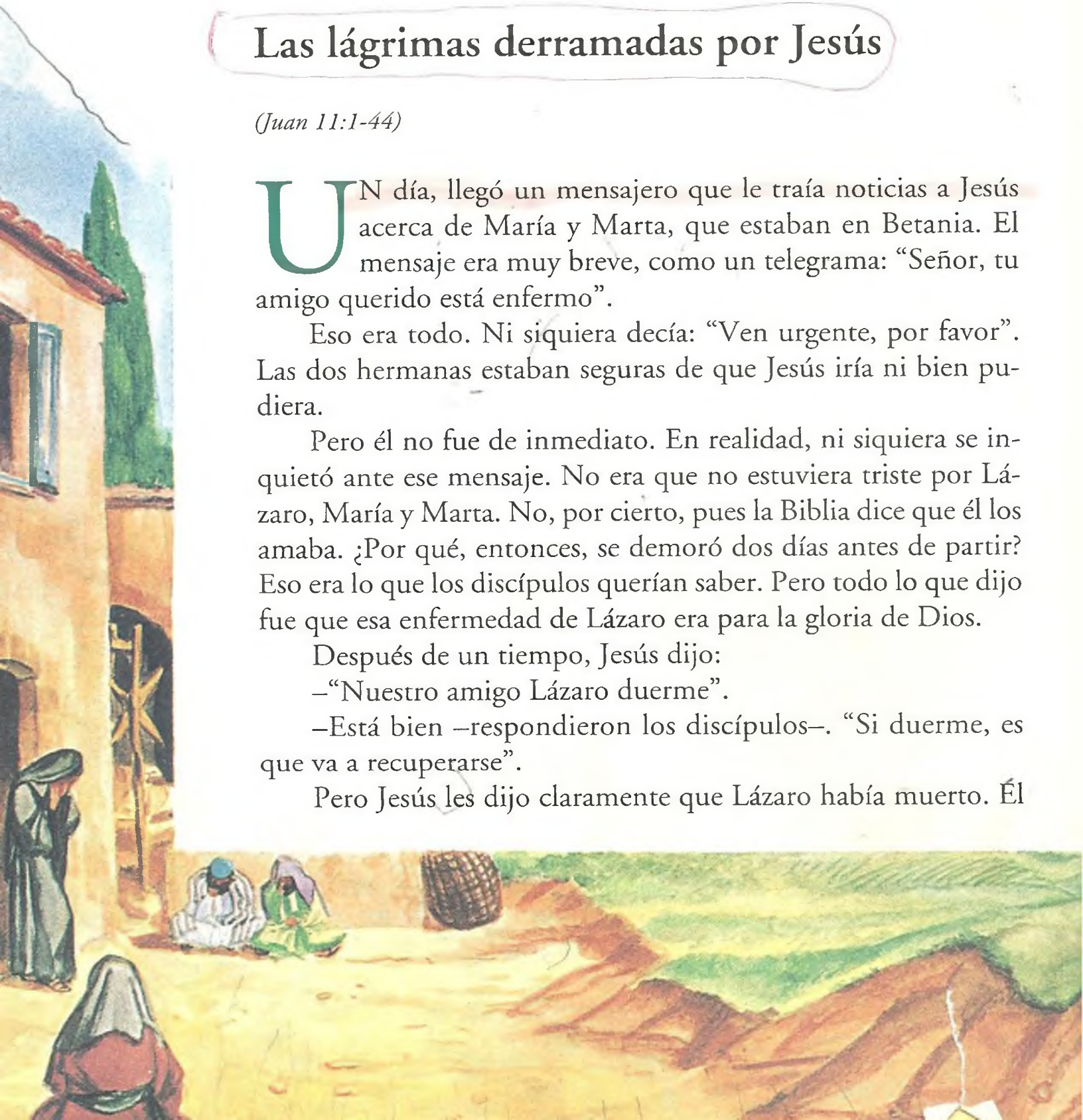
Pero él no fue de inmediato. En realidad, ni siquiera se inquietó ante ese mensaje. No era que no estuviera triste por Lázaro, María y Marta. No, por cierto, pues la Biblia dice que él los amaba. ¿Por qué, entonces, se demoró dos días antes de partir? Eso era lo que los discípulos querían saber. Pero todo lo que dijo fue que esa enfermedad de Lázaro era para la gloria de Dios.

Después de un tiempo, Jesús dijo:

–"Nuestro amigo Lázaro duerme".

–Está bien –respondieron los discípulos–. "Si duerme, es que va a recuperarse".

Pero Jesús les dijo claramente que Lázaro había muerto. Él



había usado la palabra "duerme", porque en realidad la muerte es un sueño. Es como ir a la cama de noche y no despertarse hasta que alguien lo despierte a uno por la mañana.

Ahora, comenzaron a caminar hacia Betania, mientras los discípulos se preguntaban cómo sabría Jesús que Lázaro había muerto, y si llegarían a tiempo para el sepelio. Pero no alcanzarían a llegar. Jesús no parecía tener la menor prisa, y cuando arribaron a Betania, encontraron que Lázaro había sido sepultado ya hacía cuatro días.

–"Señor –le dijo Marta a Jesús–, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto".

No hay duda de que ella tenía razón. Y Marta no podía entender por qué Jesús no había venido cuando ella lo había mandado llamar. Pero ahora ella dijo algo que agradó muchísimo a Jesús:

–"Pero yo sé que aun ahora Dios te dará todo lo que le pidas".

Esto demostraba que aun cuando ella era la persona ocupada en la casa, y "se sentía abrumada porque tenía mucho que hacer", amaba a Jesús y confiaba en él tanto como María.

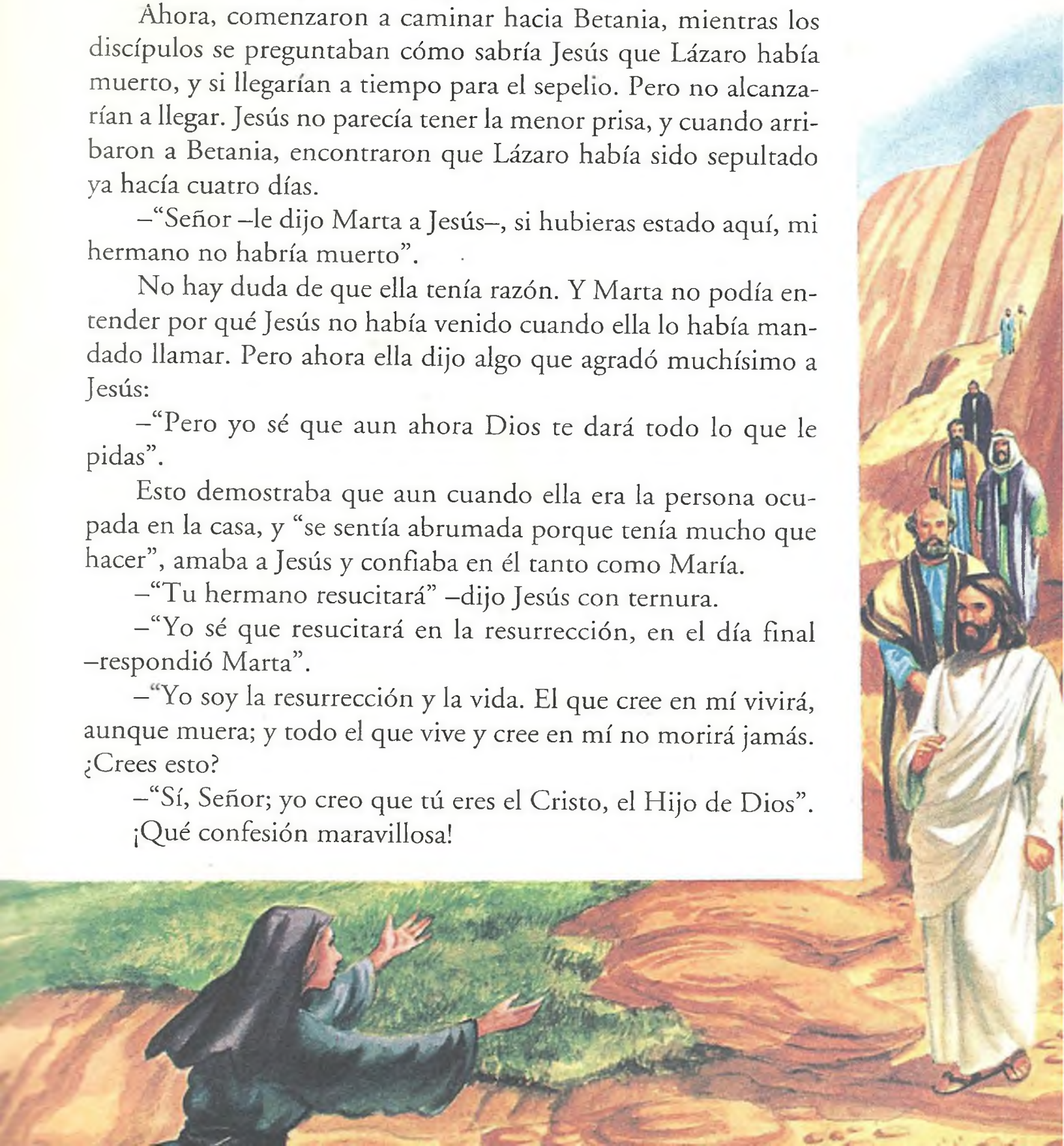
–"Tu hermano resucitará" –dijo Jesús con ternura.

–"Yo sé que resucitará en la resurrección, en el día final –respondió Marta".

–"Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí vivirá, aunque muera; y todo el que vive y cree en mí no morirá jamás. ¿Crees esto?

–"Sí, Señor; yo creo que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios".

¡Qué confesión maravillosa!



–¿Dónde está María? –preguntó Jesús.

Marta fue a la casa y encontró a su hermana en medio de muchas otras personas que lloraban y trataban de consolarla.

–"El Maestro está aquí –susurró Marta– y te llama".

Silenciosamente, María se levantó y fue con su hermana. Pensando que ambas mujeres iban a la tumba a llorar, las otras personas las siguieron. Fue una procesión sumamente triste. María lloraba amargamente, y las otras lloraban también con ella. Entonces, María descubrió a Jesús. Sollozando, le dijo:

–"Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto".

Pero él no intentó explicar nada.

–"¿Dónde lo han puesto?" –preguntó amablemente.

–"Ven a verlo, Señor" –dijo ella.

Así que fueron a la tumba. Todo el mundo lloraba ahora. Jesús también lloró. La Biblia nos lo dice en estas dos preciosas palabras: "Jesús lloró".

Grandes lágrimas rodaron por las mejillas del Rey del amor, mientras lloraba de simpatía por las personas de corazón quebrantado.

–"¡Miren cuánto lo quería! –dijeron los judíos".

Sí, era cierto. Y podrían haber agregado: "¡Miren cómo ama a todos!" Porque no fue solo por María y por Marta que él lloró aquel día. Lo hizo por todos los que lloran en todos los tiempos: jóvenes y viejos, ricos y pobres, en todo el ancho mundo.

Aquellas lágrimas de Jesús nos dicen cuánto se preocupa por nosotros. Si te sientes triste y solitario ahora mismo, piensa en esas lágrimas. Ellas te consolarán, porque su gran corazón de

amor todavía es afligido por nuestras penas.

Al llegar a la tumba, que era una caverna cuya abertura estaba tapada con una piedra grande, los que lloraban quedaron en silencio, mientras se preguntaban qué iba a hacer Jesús.

–"Quiten la piedra –ordenó Jesús".

Los presentes se horrorizaron. Marta, siempre práctica, trató de convencer a Cristo de que no lo hiciera.

–"Señor, ya debe oler mal, pues lleva cuatro días allí" –dijo ella.

Quería decir que su cuerpo había entrado en descomposición.

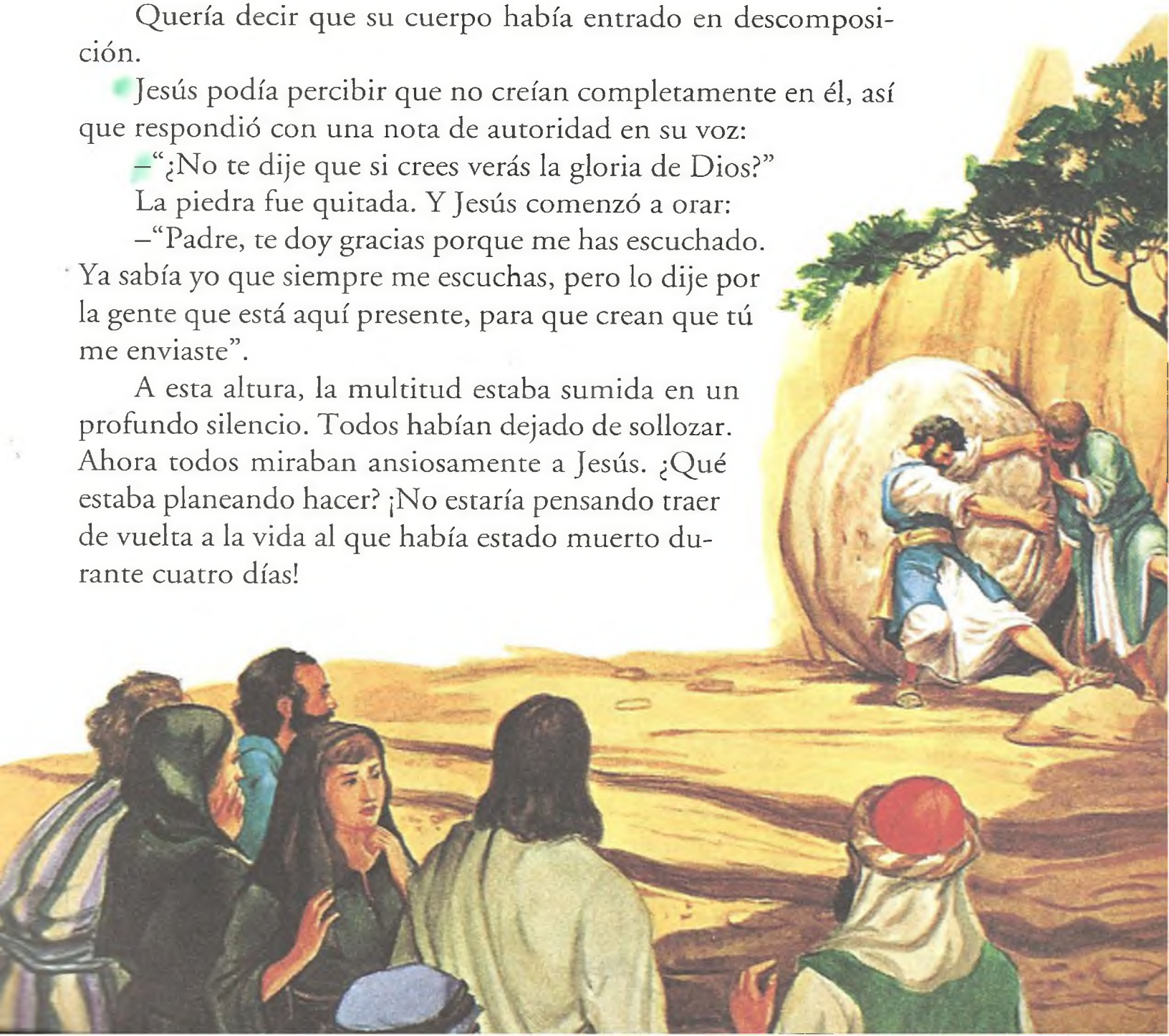
Jesús podía percibir que no creían completamente en él, así que respondió con una nota de autoridad en su voz:

–"¿No te dije que si crees verás la gloria de Dios?"

La piedra fue quitada. Y Jesús comenzó a orar:

–"Padre, te doy gracias porque me has escuchado. Ya sabía yo que siempre me escuchas, pero lo dije por la gente que está aquí presente, para que crean que tú me enviaste".

A esta altura, la multitud estaba sumida en un profundo silencio. Todos habían dejado de sollozar. Ahora todos miraban ansiosamente a Jesús. ¿Qué estaba planeando hacer? ¡No estaría pensando traer de vuelta a la vida al que había estado muerto durante cuatro días!



De repente, Jesús ordenó:

–"¡Lázaro, sal fuera!"

Todos los ojos se concentraron en la boca de la cueva.

Se escuchó el roce de prendas adentro. Algo o alguien se estaba moviendo. ¡Era increíble, pero estaba sucediendo!

Un momento más tarde, Lázaro apareció. Era un espectáculo realmente impresionante, porque su rostro, sus manos y sus pies estaban envueltos en tiras de lino, con las que los encargados envolvían a los muertos en aquellos días. Es un misterio cómo llegó Lázaro a la puerta de la caverna, con todas esas vendas, pero allí estaba y la gente miraba con verdadero espanto.

–"Quítenle las vendas y dejen que se vaya –les dijo Jesús" y así lo hicieron, obedeciendo su palabra.

Entonces ¡qué escena gozosa ocurrió! Me imagino a Lázaro abrazando y besando a María y a Marta. Luego, abrazó a todos sus viejos amigos que nunca habían soñado que lo verían de nuevo vivo.

Tal vez lo palparon de arriba abajo para estar seguros de que era real. Y lo era. Tal vez le preguntaron qué se sentía al estar muerto, pero él no podía recordar nada.

–Es como estar profundamente dormido –les dijo.

Así, de nuevo, Jesús cambió el dolor en gozo, y las lágrimas en sonrisas de felicidad.

Un instante más tarde, María y Marta buscaron a Jesús para agradecerle por todo lo que había hecho por ellas. Pero no lo encontraron por ninguna parte. Había desaparecido silenciosamente.

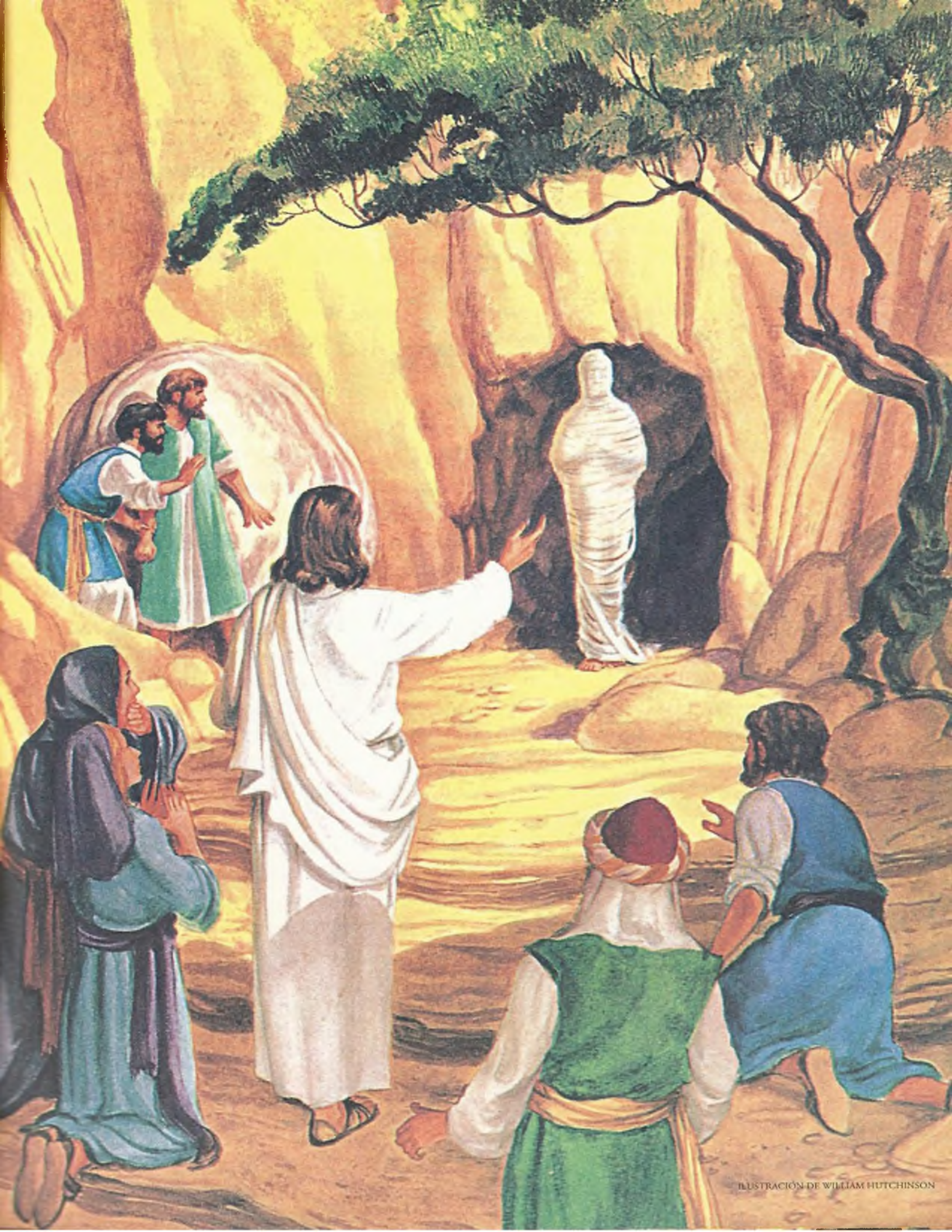


ILUSTRACIÓN DE WILLIAM HUTCHINSON

El secreto que Jesús contó

(Lucas 7:36-50; Juan 11:45-53; 12:1-5)

NO tomó mucho tiempo para que toda Jerusalén se enterara de la resurrección de Lázaro. Las noticias se esparcieron como reguero de pólvora.

Muchos judíos habían ido a Betania para su funeral. Ahora, se enteraban de que estaba vivo el que había sido sepultado. Jesús, el predicador de Galilea, ¡lo había resucitado de los muertos! Por lejos, era la mayor noticia que había sacudido a la ciudad entera en mucho tiempo.

El común del pueblo estaba emocionado. Llegaron a estar más seguros de que Jesús era el Mesías por largo tiempo esperado. Pero los sacerdotes y gobernantes estaban muy desconcertados. Tenían la certeza de que un milagro así haría volver los corazones de todos los hijos de Israel hacia este hombre que estaba quebrantando todas sus tradiciones.

En su enojo, algunos de ellos comenzaron a sugerir que tendrían problemas con los romanos si Jesús no era detenido antes que fuera más lejos. Caifás, el sumo sacerdote, hasta dijo que era sabio arrestarlo para darle muerte. Nunca se vio tan excitada la vieja ciudad de David.

Mientras tanto, en Betania, un fariseo llamado Simón estaba preparando una gran fiesta, para tener a Jesús y a Lázaro como huéspedes de honor. Jesús había sanado una vez a Simón de la lepra. Por eso le tenía tanto cariño.

La casa estaba llena de invitados, incluyendo a María y Marta, y muchos de los discípulos. Cuando llegó la hora de la cena, "Marta servía", como de costumbre. No podía hacer otra cosa, y en la casa no podían pasarlo sin ella. María, sin embargo, no era algo que le atrajera especialmente; estaba pensando en Jesús y en cuánto había hecho por ella. En un sentido, ella también había sido resucitada de los muertos. ¿No la había rescatado él de una vida muy perversa?

Ella anhelaba decirle cuán agradecida se encontraba y cuánto lo amaba a él. Aunque ¿cómo lo haría?

Tuvo una idea. Pero ¿se atrevería a llevarla a la práctica? Había pensado en ella por largo tiempo y ahorrado dinero para realizarla y... bien, ahora había llegado la hora. Después de todo, él no estaría aquí por mucho más tiempo si los perversos gobernantes de Jerusalén llevaban a cabo sus planes.

Lentamente, se encaminó hacia Jesús, sin ser advertida por los huéspedes, quienes estaban muy ocupados comiendo y charlando el uno con el otro. Desde un lugar oculto, tal vez de entre los pliegues de su falda, sacó un hermoso frasco de alabastro, lleno de per-

fume de alto costo. Rápidamente derramó parte de él sobre la cabeza y los pies de su amado Maestro.

Inmediatamente todos los circunstantes se detuvieron aspirando el perfume. "¿Qué ha ocurrido?", se preguntaban, reconociendo el aroma agradable. Entonces, se volvieron hacia Jesús, y vieron que María, llorando, secaba los pies del Maestro con su larga y hermosa cabellera.

Por un momento, todo el mundo quedó mudo. Nadie podía pensar en algo para decir. Entonces Judas, que cuidaba de la bolsa del dinero perteneciente a los discípulos, exclamó abruptamente:

–"¿Para qué este desperdicio? –dijo–. Podía haberse vendido este perfume por mucho dinero para darlo a los pobres".[1]

No es que él tuviera interés en los pobres, por supuesto. Era solo para hacerles pensar a los demás que él era piadoso. Pero la respuesta no se hizo esperar:

–"¿Por qué molestan a esta mujer? –dijo Jesús–. Ella ha hecho

una obra hermosa conmigo. A los pobres siempre los tendrán con ustedes, pero a mí no me van a tener siempre. Al derramar ella este perfume sobre mi cuerpo, lo hizo a fin de prepararme para la sepultura".[2]

Entonces, hizo una notable profecía:

–"Les aseguro que en cualquier parte del mundo donde se predique este evangelio, se contará también, en memoria de esta mujer, lo que ella hizo".[3]

Y esto es lo que ha ocurrido a través de los casi 2.000 que han pasado desde entonces. El acto amoroso de María nunca será olvidado.

Simón también se molestó. Él conocía muy bien a María. Él la había conocido cuando era una joven muy mala, y no podía entender por qué Jesús permitía que una mujer con un pasado semejante se portara de esta manera.

Pensó para sí: "Si este hombre fuera profeta, sabría quién es la que lo está tocando, y qué clase de mujer es: una pecadora".

Jesús leyó sus pensamientos.

–"Simón, tengo algo que decirte.

–"Dime, Maestro –respondió" Simón.

Entonces, Jesús le contó una historia acerca de un hombre a quien dos personas debían mucho dinero. Uno le debía quinientas monedas de plata, y otro cincuenta. Viendo que no tenían nada con qué pagar su deuda, el hombre los perdonó a los dos.

–"¿Cuál de los dos lo amará más?

–"Supongo que aquel a quien más le perdonó –contestó Simón.

–"Has juzgado bien –le dijo Jesús".

Entonces, señalando a María, dijo:

–"¿Ves a esta mujer? Cuando entré en tu casa, no me diste agua para los pies, pero ella me ha bañado los pies en lágrimas y me los ha secado con sus cabellos. Tú no me besaste, pero ella, desde que entré, no ha dejado de besarme los pies. Tú no me ungiste la cabeza con aceite, pero ella me ungió los pies con perfume. Por esto te digo: si ella ha amado mucho, es que sus muchos pecados le han sido perdonados. Pero a quien poco se le perdona, poco ama".

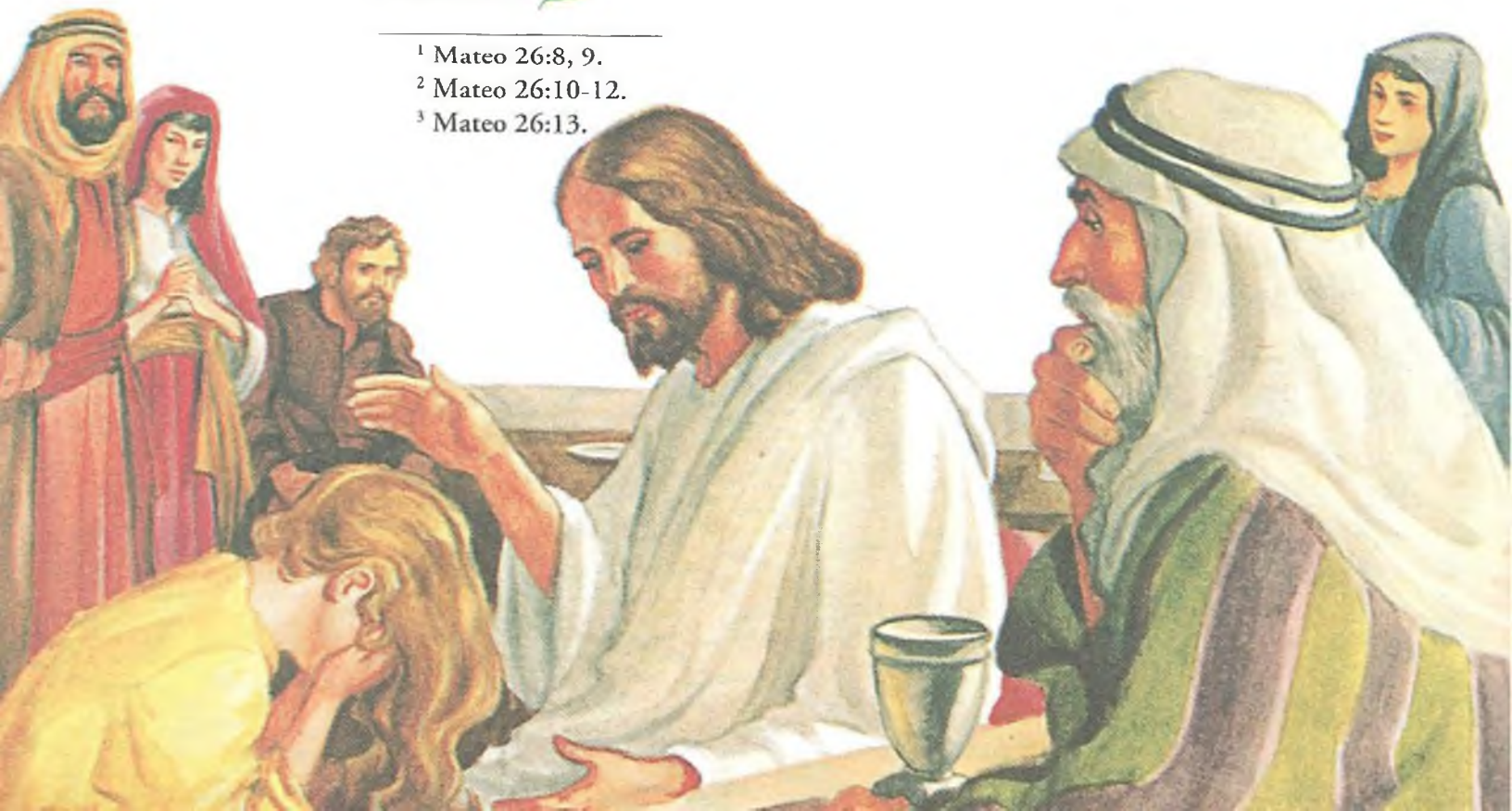
Entonces, dirigiéndose a María, le dijo:

–"Tus pecados quedan perdonados... Tu fe te ha salvado; vete en paz".

Simón se vio sacudido. Él había pensado que, porque María había sido una vez una pecadora, siempre debía seguir siéndolo. Ahora Jesús le dijo que no era así. María ya no era pecadora a los ojos de Dios. Había sido perdonada. Sus pecados, todos ellos, por malos que fueran, habían sido lavados. Era tan amada para Dios como si nunca hubiera pecado. Era una hija de Dios, ahora y para siempre.

Este es el secreto que Jesús contó; el glorioso secreto del amor redentor.

[1] Mateo 26:8, 9.
[2] Mateo 26:10-12.
[3] Mateo 26:13.



El asno que Jesús recordaba

(Mateo 21:1-11; Marcos 11:1-11; Lucas 19:28-40)

DURANTE un tiempo, Jesús se mantuvo alejado de las personas, en la aldea de Efraín, "cercana al desierto".* De esta manera, evitaba a los sacerdotes y los líderes, que habían decidido deshacerse de él. Pero cuando se acercaba la fecha de la Pascua, se preparó una vez más para avanzar hacia Jerusalén.

El camino lo llevó cerca de la antigua Betania, junto al monte de los Olivos. Se detuvo allí y sorprendió a sus discípulos al pedirle a dos de ellos que hicieran algo muy extraño. Debían ir a una aldea cercana ¡y tomar prestado un asno!

Jesús sabía con exactitud dónde estaba. También conocía la edad del asno; era tan joven, que nadie lo había cabalgado todavía. Quizá había visto a este pequeño animal la última vez que pasó por ese camino y, ahora que necesitaba un asno, lo recordó.

–"Desátenlo –dijo él–, y tráiganlo acá".

Naturalmente, los discípulos se preguntaban qué diría el dueño. Jesús conocía sus pensamientos y les dijo:

–"Y si alguien les pregunta: '¿Por qué lo desatan?', díganle: 'El Señor lo necesita'".

Mientras todavía preguntaban por qué Jesús necesitaba un asno,

los discípulos se dirigieron a la aldea. Allí, precisamente donde Jesús lo había indicado, encontraron el animal y lo desataron. Mientras lo hacían, llegaron los dueños y les preguntaron:

–"¿Por qué desatan el burrito?"

–"El Señor lo necesita –contestaron", y se lo llevaron.

Tal vez los dueños eran seguidores de Jesús y estaban contentos de poder prestarle su animal.

Cuando los discípulos regresaron con el borrico, Jesús tiene que haberles contado lo que estaba por hacer con él. Había llegado el tiempo en que debía cumplirse la profecía de Zacarías 9:9: "Digan a la hija de Sión: 'Mira, tu rey viene hacia ti, humilde y montado en un burro, en un burrito, cría de una bestia de carga'".

Repentinamente, surgió en el corazón de los discípulos una gran esperanza. ¿Sería este el momento que habían estado esperando? ¿Estaba Jesús por permitir que lo coronaran rey de Israel, después de todo? ¡Qué magnífico! ¡Cuán glorioso era aquello! No tenían ningún manto de oro para poner sobre el lomo del pollino, pero cada uno de ellos ofreció alegremente una prenda de vestir para hacerlo tan bonito como fuera posible. Entonces "ayudaron a Jesús a montarse".

¡Qué orgullo y qué gozo brotó de su corazón cuando vieron al Señor sentado allí! En verdad, no se parecía mucho a un rey. No llevaba ninguna corona enjoyada ni vestiduras reales. Sin embargo,

había algo en su rostro que lo hacía más que rey. Brillaban en él la bondad, la amabilidad y la fortaleza de carácter.

Repentinamente el burrito se adelantó un paso. Alguien gritó:

–"¡Bendito el Rey que viene en el nombre del Señor!"

Y otros se hicieron eco de aquel grito. Pronto, todos los observadores proclamaban:

–"¡Bendito el Rey que viene en el nombre del Señor!

–"¡Paz en el cielo y gloria en las alturas!"

El entusiasmo iba creciendo por momentos. La gente venía corriendo desde todas direcciones para descubrir lo que ocurría.

–¿Qué pasa? –preguntaban a los gritos–. ¿Qué está ocurriendo aquí?

–Es Jesús de Nazaret, el gran Maestro de Galilea. Él va a Jerusalén para ser coronado rey de Israel. ¿No ves que está cabalgando sobre un burrito, tal como el profeta lo había dicho?

Entonces, más personas agregaban sus voces al clamor:

–"¡Bendito el Rey que viene en el nombre del Señor!"

Muchos niños y niñas se apresuraron a unirse a la procesión, con sus ojos brillando de alegría. En la nota más elevada que podían alcanzar, gritaban:

–"¡Hosanna al Hijo de David!"

Mientras Jesús cabalgaba lentamente recorriendo el camino, la multitud se hacía más densa. La Biblia dice: "Había mucha gente que tendía sus mantos sobre el camino; otros cortaban ramas de los árboles y las esparcían en el camino. Tanto la gente que iba delante de él como la que iba detrás, gritaba:

–"¡Hosanna al Hijo de David!

–"¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!

–"¡Hosanna en las alturas!"

En este momento, algunos de los sacerdotes y dirigentes llegaron hasta el lugar. Y lo que vieron no les agradó. Los que alcanzaron a llegar cerca de Jesús, dijeron:

–"¡Maestro, reprende a tus discípulos!

Pero él respondió:

–"Les aseguro que si ellos se callan, gritarán las piedras".

Con esto quiso dar a entender que la profecía de Zacarías debía ser cumplida. Había llegado el tiempo en que esto ocurriera, y nadie en la tierra debía detenerlo.

Cuando la procesión llegó a Jerusalén, "toda la ciudad se conmovió".

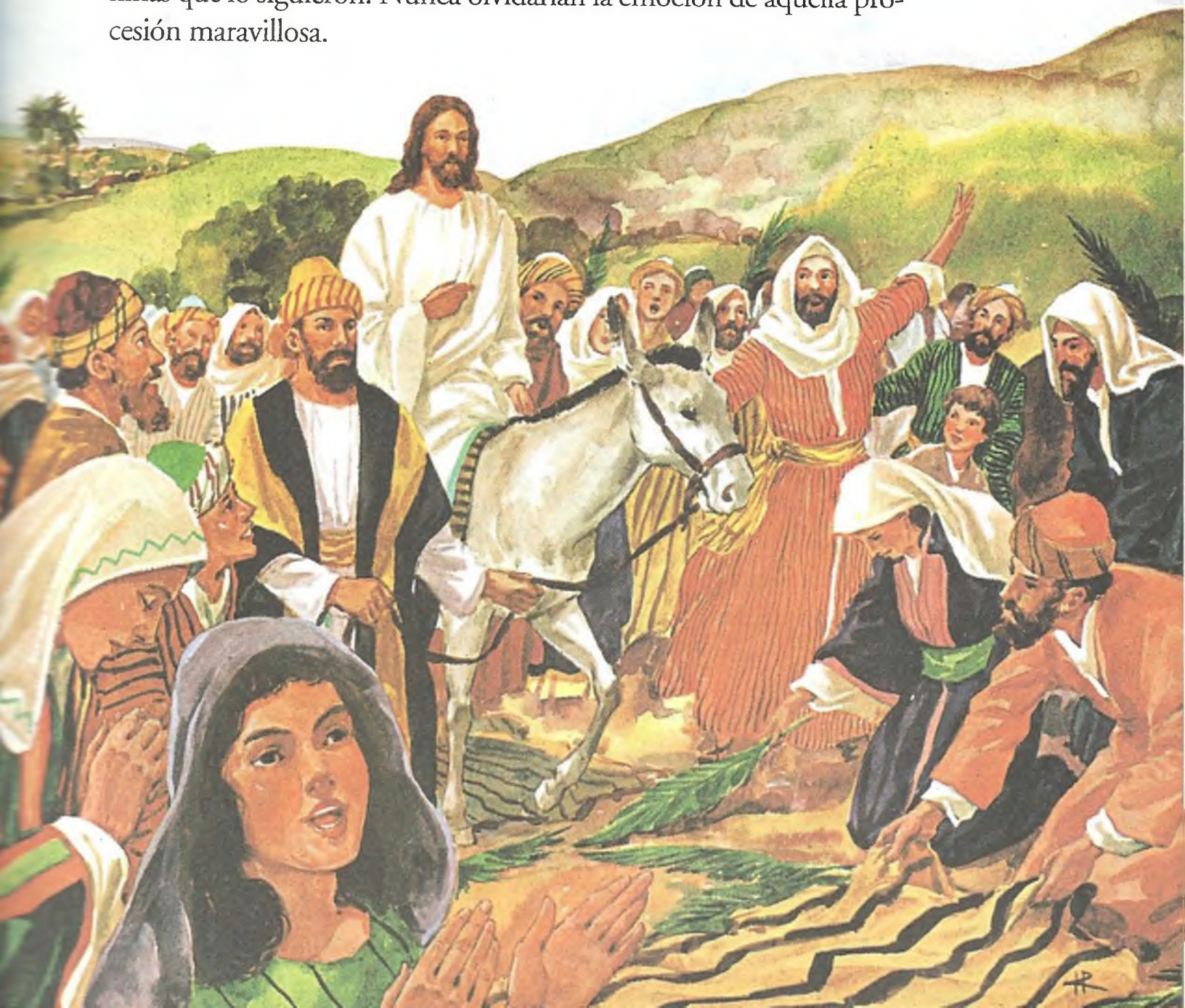
ILUSTRACIÓN DE HERIBERTO RUDEEN

–"¿Quién es éste? –preguntaban.

–"Éste es el profeta Jesús, de Nazaret de Galilea –contestaba la gente".

Y en verdad lo era. Solo que era más que un profeta. Era un Rey. El Rey de Israel. El Rey del mundo. El Rey de los reyes. Y cabalgaba con real majestad hacia la ciudad de David. ¡Qué lástima que no todos lo recibieron con alegría! ¡Cuán diferente habría sido toda la historia!

Pero era un gran día para los discípulos: su último día feliz antes de la cruz. Era también un gran día para todos los muchachos y las niñas que lo siguieron. Nunca olvidarían la emoción de aquella procesión maravillosa.



Y era un gran día también para el pequeño asno. Nunca había soñado –si es que los borricos sueñan alguna vez– que le tocaría conducir a su Creador en el día de su triunfo. Si los borricos piensan, él debió haber pensado: "El Señor pudo haber elegido a un león, a un elefante, o a un hermoso caballo árabe para una ocasión tan maravillosa como esta; sin embargo me eligió a mí, un borrico".

¿Y qué es lo que dijeron los dos discípulos cuando fueron a desatar el pollino?

–"El Señor lo necesita".

Sí; él tenía necesidad de que este animalito humilde cumpliera una gran profecía en uno de los días más grandes de su vida.

¡Qué lección para todos nosotros! Quizá tú y yo nos encontremos en la misma condición que el asno, sin mucho para hacer, pensando que nadie se preocupa por nosotros. Pero Jesús sí se interesa por nosotros. Él nos recuerda. Él conoce dónde estamos. Y él tiene necesidad de nosotros. Hoy mismo, en lo que puede ser la hora más grandes de la historia, él tiene algo para que cada uno de nosotros hagamos en favor de él.

Una hermosa plegaria sería: "Señor, si me necesitas, muéstrame cómo, cuándo y dónde. Ayúdame a hacer lo mejor por ti. Úsame como quieres: durante todo el tiempo, hasta que lleguemos a la Nueva Jerusalén".

* Juan 11:54.

El rey que se detuvo para llorar

(Mateo 23:37-39; Lucas 19:41-44)

¡ESA fue una gran procesión! Nunca se ha visto algo semejante en toda la historia del mundo.

Es verdad que muchos reyes han cabalgado triunfalmente, pero ninguno lo podría haber hecho sin la compañía de soldados, armas o banderas. Muchos reyes se han gloriado por los prisioneros que lo seguían, atados con cadenas, pero este Rey se regocijaba de que todos los que lo acompañaban en su procesión solo estaban ligados por vínculos de amor.

Nadie había sido obligado a servirle, ni castigado con enojo. Los seguidores de este Conquistador no habían sentido otra cosa que el toque bondadoso de su mano amorosa.

Aquí a nadie se le habían quitado los ojos, ni había sido azotado con látigos; a nadie se le habían apretado los pies en el cepo. En cambio, aquí estaban los ciegos a quienes el Rey había dado la vista, los sordos a quienes había devuelto el sentido del oído, los cojos a quienes había hecho andar, los leprosos a quienes había limpiado, y por lo menos uno a quien había traído de vuelta del sepulcro.

¡No es de admirar que hubiera tanto regocijo, y que todo el mundo clamara: "¡Bendito el Rey que viene en el nombre del Señor!"

Luego, para sorpresa de todos, la procesión se detuvo. Los que iban delante seguramente caminaron cierta distancia antes de descubrir que Jesús ya no estaba con ellos. Al regresar apresuradamente para ver qué inconveniente había, descubrieron una gran multitud reunida bien junto al Salvador.

Era un espectáculo ciertamente extraño. Jesús había detenido su burro en un punto elevado de la ruta. Desde allí, podía verse claramente a Jerusalén. Miraba a la ciudad y parecía estar hablándole. Sí, era cierto, ¡estaba llorando! Las lágrimas corrían por sus mejillas.

¿Cuál sería la causa? ¿Quién ha oído hablar de un rey que llora cuando todos los demás lo aclaman?

Los que estaban más cerca de Jesús, se juntaron más a él para escuchar sus palabras.

–"¡Cómo quisiera que hoy supieras lo que te puede traer paz! Pero eso ahora está oculto

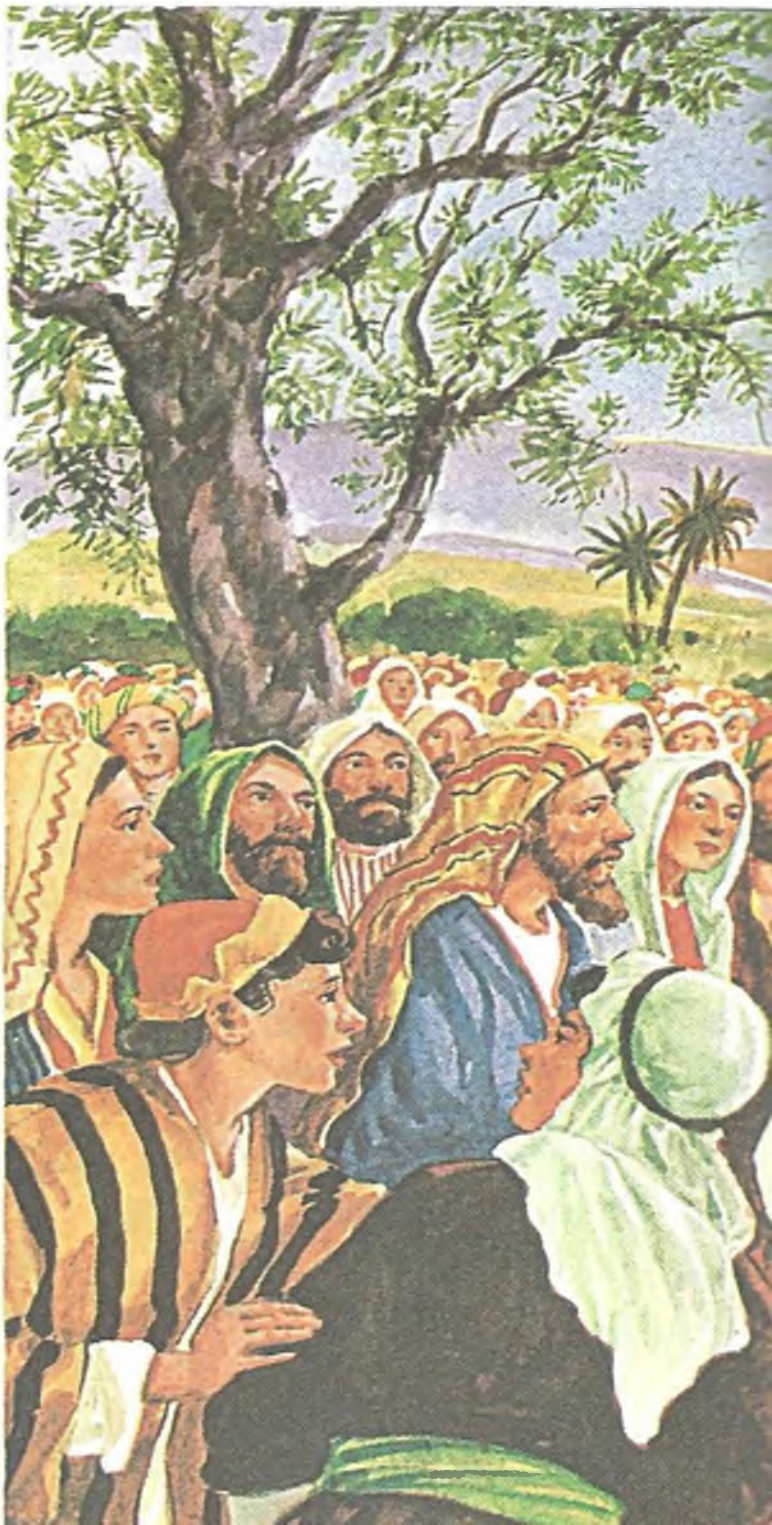


ILUSTRACIÓN DE HERIBERTO RUDEEN

a tus ojos. Te sobrevendrán días en que tus enemigos levantarán un muro y te rodearán, y te encerrarán por todos lados. Te derribarán a ti y a tus hijos dentro de tus murallas. No dejarán ni una piedra sobre otra, porque no reconociste el tiempo en que Dios vino a salvarte".

De esta manera, predijo la condenación de la ciudad.

¡Qué palabras para que un rey se las diga a su propia ciudad!

Pero este no era un rey ordinario, lleno de orgullo y vanagloria. Era el Rey del amor, que estaba por ser rechazado por el propio pueblo a quien tanto amaba.

Desde donde se encontraba, seguramente podía ver toda la regia pompa y el brillo del palacio de Herodes, así como el pretorio donde Pilato lo entregaría a la turba, y los edificios donde los principales sacerdotes se burlarían de él, y donde los soldados romanos le faltarían el respeto y le escupirían en la cara. Y a solo poca distancia, fuera del muro de la ciudad, estaba el Calvario, el Gólgota, donde lo crucificarían.

Todo aquello estaba muy cerca, demasiado cerca. Sin embargo, Jesús no lloraba por sí mismo, sino por el pobre pueblo de la ciudad, que había de sufrir en los años venideros por no haber reconocido a su Mesías cuando vino a buscarlo.

Desde donde Jesús se hallaba sentado en el lomo del asno, no solamente podía ver el templo y el palacio real, así como los centenares y centenares de hogares que los rodeaban. Mirando hacia el futuro, podía ver también la llegada de los ejércitos romanos para saquear la ciudad. Podía ver a los soldados derribando los muros, prendiendo fuego a los edificios, matando a miles de personas, y tomando al resto de los israelitas en cautiverio.

–"¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas –clamó– y apedreas a los que se te envían! ¡Cuántas veces quise reunir a tus hijos, como reúne la gallina a sus pollitos debajo de sus alas, pero no quisiste! Pues bien, la casa de ustedes va a quedar abandonada".

¡Cuánto habría hecho Jesús por Jerusalén, si solamente su pueblo y sus gobernantes se hubieran rendido a sí mismo al amor de Cristo y le hubieran ofrendado sus corazones! Se habría convertido en la mayor y más hermosa de las ciudades en todo el mundo. Habría llegado a ser universalmente reconocida no solo como la ciudad de la paz, sino también como la ciudad de la luz y del amor. La paz, la luz y el amor habrían fluido desde ella, cual manantiales de agua vida, hasta los fines de la tierra.

Era un sueño magnífico, pero no llegaría a cumplirse. El tiempo había llegado, pero el pueblo no estaba listo. ¡Qué gran chasco! ¡Qué tremenda tristeza!

Con razón lloró el Rey del amor.

La escena en el templo

(Mateo 21:12-16)

DESCONOCEMOS qué sucedió con la procesión después de ese incidente. Quizá al ver las lágrimas en el rostro de Jesús, la multitud se disolvió. No me sorprendería que la gente haya dicho: "¡Este es un rey muy extraño, que llora de esa manera en público! Después de todo, quizá no sea un rey". Simplemente, no podían entenderlo.

De cualquier manera, cuando llegó la noche, todos se fueron a su casa para contar los extraños y maravillosos sucesos que habían vivido.

A la mañana siguiente Jesús apareció en el templo, y de nuevo comenzaron a suceder cosas.

Hacía unos años, al comienzo de su ministerio, había echado a los comerciantes y a los cambistas de este sagrado lugar. Ahora de nuevo el Salvador captó la presencia de ellos. Estaban otra vez en sus antiguos lugares, ocupados como siempre.

Algunos vendían terneros, otros ovejas, otros palomas, si bien los mayores negocios en esta época del año se hacían con los corderos para la Pascua. Mientras tanto, los cambistas estaban per-

mutando monedas griegas y romanas por el dinero "santo" del templo, y haciendo, por cierto, buenas ganancias.

Con toda esta compra y venta de animales, el lugar parecía un mercado y olía como una granja. Para Jesús, todo eso estaba mal. ¿Cómo podía la gente adorar a Dios en forma adecuada con toda esa actividad mercantil? Anhelaba dar testimonio contra esto una vez más.

Avanzando hacia los cambistas, los vendedores de palomas, y el resto de los mercaderes, gritó en voz alta:

–¡Quiten estas cosas de aquí! "Escrito está –les dijo–: 'Mi casa será llamada casa de oración'; pero ustedes la están convirtiendo en 'cueva de ladrones'".

Tomando la mesa que pertenecía a uno de los cambistas, la volcó, desparramando las monedas de plata por todo el pavimento. Luego, avanzó hacia otra, y otra, e hizo lo mismo. Al llegar al puesto de los que vendían palomas, los sacó del templo repitiendo una y otra vez:

–¡Quiten estas cosas de aquí! "Mi casa será llamada casa de oración".

Los comerciantes y los cambistas estaban furiosos. Recorda-

ban cómo Jesús había hecho esto antes y cómo ellos habían jurado tomar venganza de él si lo hacía otra vez. Pero ahora que él estaba allí, no podían hacer nada. Había algo en este hombre de Nazaret que los llenaba de temor. Querían huir de él y esconderse.

Murmurando amenazas, se arrodillaron y recogieron sus monedas desparramadas. Luego, se apresuraron a entrevistar a los sacerdotes para decirles que debían hacer algo con este galileo, o de otra manera trastornaría todo el país.

Pero los sacerdotes no podían hacer nada. Solo estaban parados, mirando con creciente odio, mientras más y más personas, al oír lo que Jesús había hecho, entraban en el templo para observar este gran espectáculo.

Hombres y mujeres, muchachos y niñas, se apresuraban a entrar, ávidos de nuevas emociones. Y cuando los niños vieron a Jesús, de nuevo comenzaron a cantar, como lo habían hecho el día anterior: "¡Hosanna al Hijo de David!"

Ahora, por encima de los gritos y los cantos y el ruido de los pies sobre el suelo, se oyó un nuevo sonido. Era el clamor de felicidad de un ciego cuyos ojos acababan de ser abiertos por Jesús. Pronto, hubo otro clamor de alabanza, y otro, y otro cuando el mudo y el sordo y el cojo daban gracias al gran Salvador.

Otros inválidos arrojaban sus muletas y saltaban de gozo, mientras el poder de Dios los sanaba repentinamente y los hacía fuertes.

¡Qué día fue aquel! ¡Nunca el templo había visto cosa semejante! Nunca más la vería.

Pensarás que los sacerdotes y los gobernantes habrán estado alegres de ver a tantas personas felices. Pero no lo estaban. La Bi-

blia dice que "cuando los jefes de los sacerdotes y los maestros de la ley vieron que hacía cosas maravillosas, y que los niños gritaban en el templo: '¡Hosanna al Hijo de David!', se indignaron".

Abriéndose paso por entre la multitud hacia donde Jesús estaba, le preguntaron:

–"¿Oyes lo que ésos están diciendo?"

Por supuesto que él los había escuchado, y los amaba por ello.

–"¿No han leído nunca: 'En los labios de los pequeños y de los niños de pecho has puesto la perfecta alabanza'".

Estaba citando un pasaje del Salmo 8, que los sacerdotes conocían muy bien. Se deben haber enojado más al ver que Jesús aplicaba este texto a un momento como ese.

Pero el Señor estaba en lo cierto. Estos muchachos y niñas se hallaban en realidad cumpliendo la profecía. Desde el fondo de sus corazones dulces, amantes e inocentes, estaban dando alabanza al "Hijo de David", que era ciertamente el Hijo de Dios. Sus cánticos felices y sus rostros sonrientes fueron uno de los recuerdos más queridos que el Maestro llevó consigo a la cruz.

La visión que contempló Jesús

(Juan 12:21-32)

POCO después, Felipe y Andrés se acercaron hasta Jesús y le dijeron:

–Hay algunas personas en el atrio exterior que quieren verte; han venido desde Grecia.

–Yo fui el que los encontré primero –dijo Felipe–; y ellos me dijeron: "Queremos ver a Jesús", así que le dije a Andrés, y hemos venido a contártelo. ¿Podrías dedicar algún tiempo para recibirlos?

¡Le preguntaban si podía! Eso era lo más maravilloso que podía ocurrir precisamente ahora, tan cerca del fin de su ministerio. Saliendo del atrio exterior –que era solamente para los judíos– se dirigió hacia donde estaban los extranjeros.

¡Cuán emocionados deben haber estado de ver al Maestro de Galilea! Sus rostros brillaban de entusiasmo cuando le dijeron que habían venido desde Atenas, o Corinto, o tal vez desde Tesalónica; y que habían oído hablar acerca de sus enseñanzas y sus milagros, y cómo había levantado a un hombre de los muertos.

Pero si estos griegos estaban felices de ver a Jesús, él estaba

más feliz de verlos a ellos, porque su llegada cumplía la profecía. Pues cuando miró sus ansiosos rostros, probablemente recordó la oración de Salomón por los extranjeros que algún día vendrían al templo desde "lejanas tierras", habiendo oído –según dijo Salomón en su oración a Dios– "tu gran fama" y de "tus despliegues de fuerza y poder".[1]

Pero cuando Jesús pensó en todo el sufrimiento que les esperaba, su rostro se nubló de dolor.

–"Ahora todo mi ser está angustiado, ¿y acaso voy a decir: 'Padre, sálvame de esta hora difícil'? ¡Si precisamente para afrontarla he venido!" Mirando entonces ansiosamente hacia el cielo, exclamó: "¡Padre, glorifica tu nombre!"

Al decir esto, se produjo un sonido extraño y maravilloso. La mayor parte de los que estaban allí pensaron que se trataba de un trueno, pero algunos dijeron:

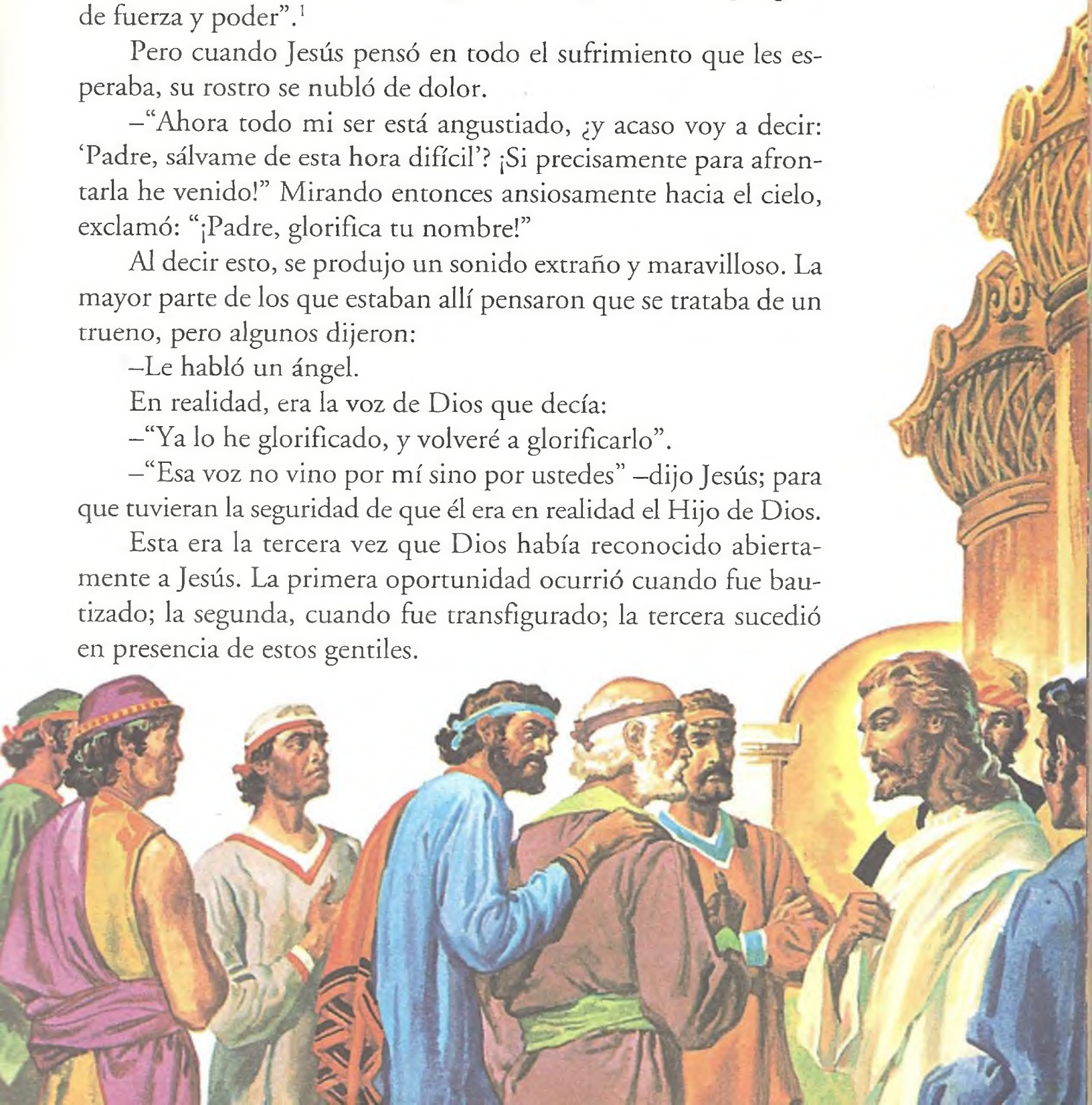
–Le habló un ángel.

En realidad, era la voz de Dios que decía:

–"Ya lo he glorificado, y volveré a glorificarlo".

–"Esa voz no vino por mí sino por ustedes" –dijo Jesús; para que tuvieran la seguridad de que él era en realidad el Hijo de Dios.

Esta era la tercera vez que Dios había reconocido abiertamente a Jesús. La primera oportunidad ocurrió cuando fue bautizado; la segunda, cuando fue transfigurado; la tercera sucedió en presencia de estos gentiles.



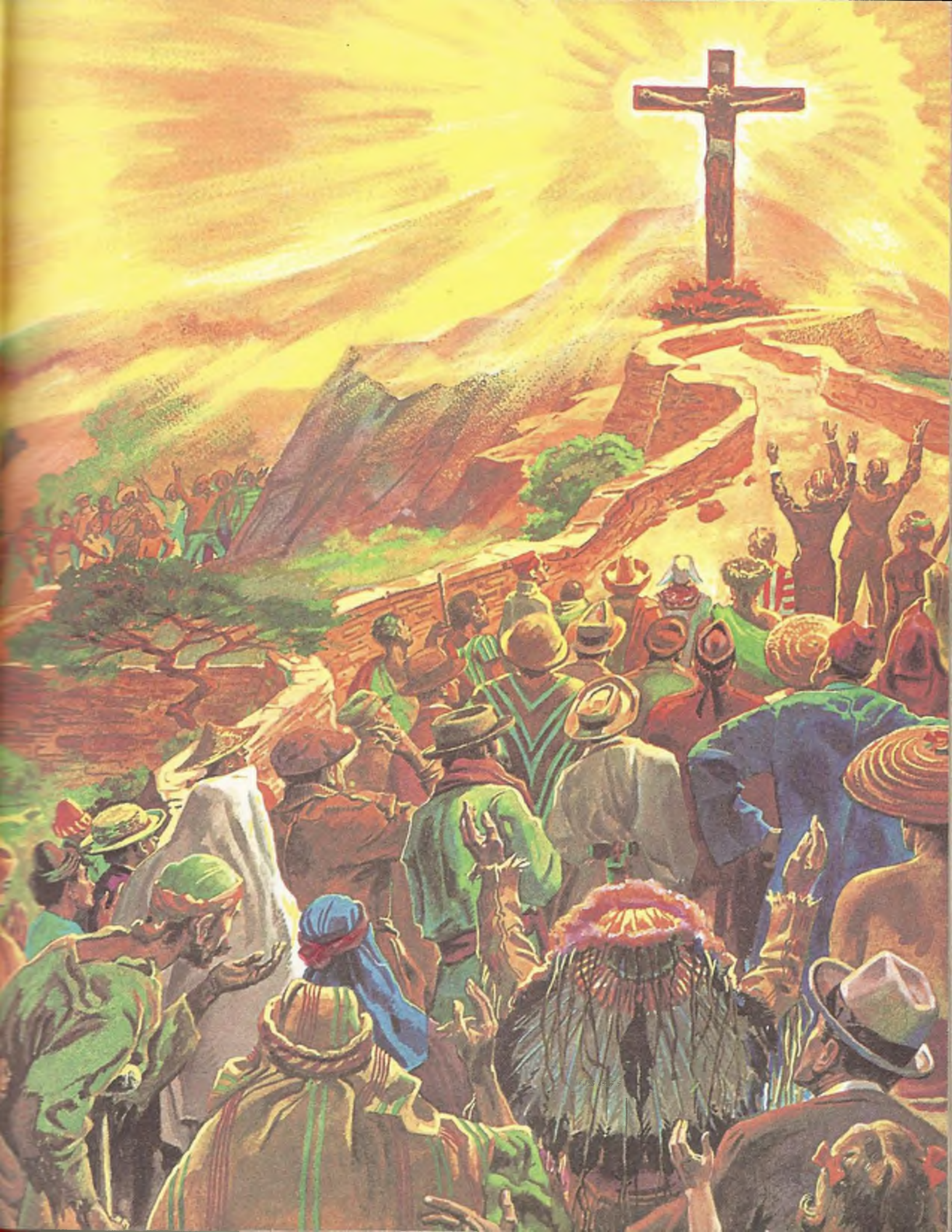
"Éste es mi Hijo amado; estoy muy complacido con él",[2] había dicho a orillas del Jordán. "Éste es mi Hijo amado; estoy muy complacido con él. ¡Escúchenlo!",[3] había dicho en la cumbre de la montaña. Ahora, aquí en el templo, prometió a su Hijo la victoria, sin importar lo que ocurriera en el futuro.

Jesús estaba muy contento; y en ese momento captó una visión del triunfo final de su causa.

–"El juicio de este mundo ha llegado ya –exclamó–, y el príncipe de este mundo va a ser expulsado. Pero yo, cuando sea levantado de la tierra, atraeré a todos a mí mismo".

Estaba pensando en su muerte y en la gloriosa consecuencia de ella. Él sería elevado sobre una cruz, pero esa cruz llegaría a convertirse en un poderoso imán que atraería a más gente que la que había ido a él durante los años de su ministerio.

Vendrían de cerca y de lejos, de todas las naciones y las razas. Vendrían del Oeste, como los griegos, y del Este, como los magos que habían seguido su estrella hacia Belén. Ven-

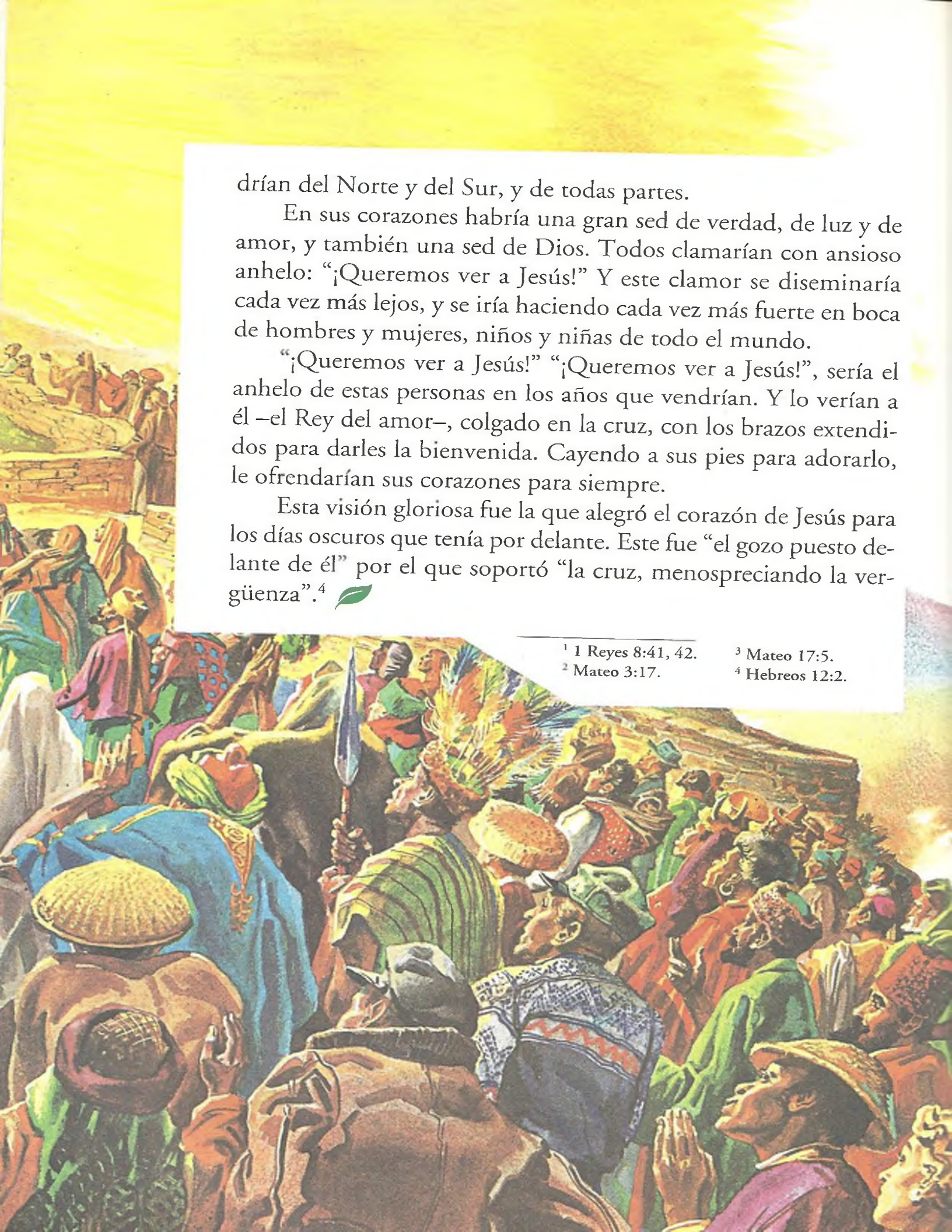


drían del Norte y del Sur, y de todas partes.

En sus corazones habría una gran sed de verdad, de luz y de amor, y también una sed de Dios. Todos clamarían con ansioso anhelo: "¡Queremos ver a Jesús!" Y este clamor se diseminaría cada vez más lejos, y se iría haciendo cada vez más fuerte en boca de hombres y mujeres, niños y niñas de todo el mundo.

"¡Queremos ver a Jesús!" "¡Queremos ver a Jesús!", sería el anhelo de estas personas en los años que vendrían. Y lo verían a él –el Rey del amor–, colgado en la cruz, con los brazos extendidos para darles la bienvenida. Cayendo a sus pies para adorarlo, le ofrendarían sus corazones para siempre.

Esta visión gloriosa fue la que alegró el corazón de Jesús para los días oscuros que tenía por delante. Este fue "el gozo puesto delante de él" por el que soportó "la cruz, menospreciando la vergüenza".[4]



[1] 1 Reyes 8:41, 42.
[2] Mateo 3:17.
[3] Mateo 17:5.
[4] Hebreos 12:2.

SEGUNDA PARTE

Historias del

Rey del Dolor

(Mateo 26:20-75; Marcos 14:12 a 15:20;
Lucas 22:3-46; Juan 11:27-57; 13:1 a 18:37)

Los pies que Jesús lavó

(Lucas 22:7-13; Juan 13:1-17)

CASI al mismo tiempo en que los griegos se acercaban al Templo para ver a Jesús, uno de sus discípulos más cercanos también se dirigía allí, pero para traicionarlo.

Este discípulo pidió entrevistarse con los principales sacerdotes, y ellos, curiosos por saber qué es lo que tendría para decir acerca de su Maestro, aceptaron hablar con él. Dijo que su nombre era Judas Iscariote y que era uno de los 12 amigos especiales de Jesús. Estaba desilusionado con el Maestro galileo, mayormente porque se las había pasado hablando de un reino que no se había hecho realidad. Y ahora, bueno... ¿qué es lo que ellos estaban dispuestos a pagar para que él les dijera dónde iba a pasar la noche?

Los sacerdotes deben haberse sentido admirados de que alguien que había seguido a Jesús por tanto tiempo se volviera contra él de esta manera. Pero ¿por qué debían afligirse? Esa era su oportunidad.

Ellos querían arrestar a Jesús de noche, cuando nadie estuviera cerca. ¿Podría Judas conducirlos hasta el lugar al que se había retirado?

← ILUSTRACIÓN DE GUILLERMO HEASLIP

Cuando Satanás tomó posesión total del corazón de Judas, este se dirigió al templo para hablar con los sacerdotes. Allí les ofreció traicionar al Maestro, si le daban treinta monedas de plata.

Podía. Pero ¿cuánto pagarían ellos por la información?

–¿Qué te parece 30 monedas de plata? –preguntó uno de ellos.

Judas accedió, y el dinero le fue contado y entregado de inmediato. Lo puso en su bolsa y se retiró, habiendo vendido a su Señor y Maestro por el precio de un esclavo.

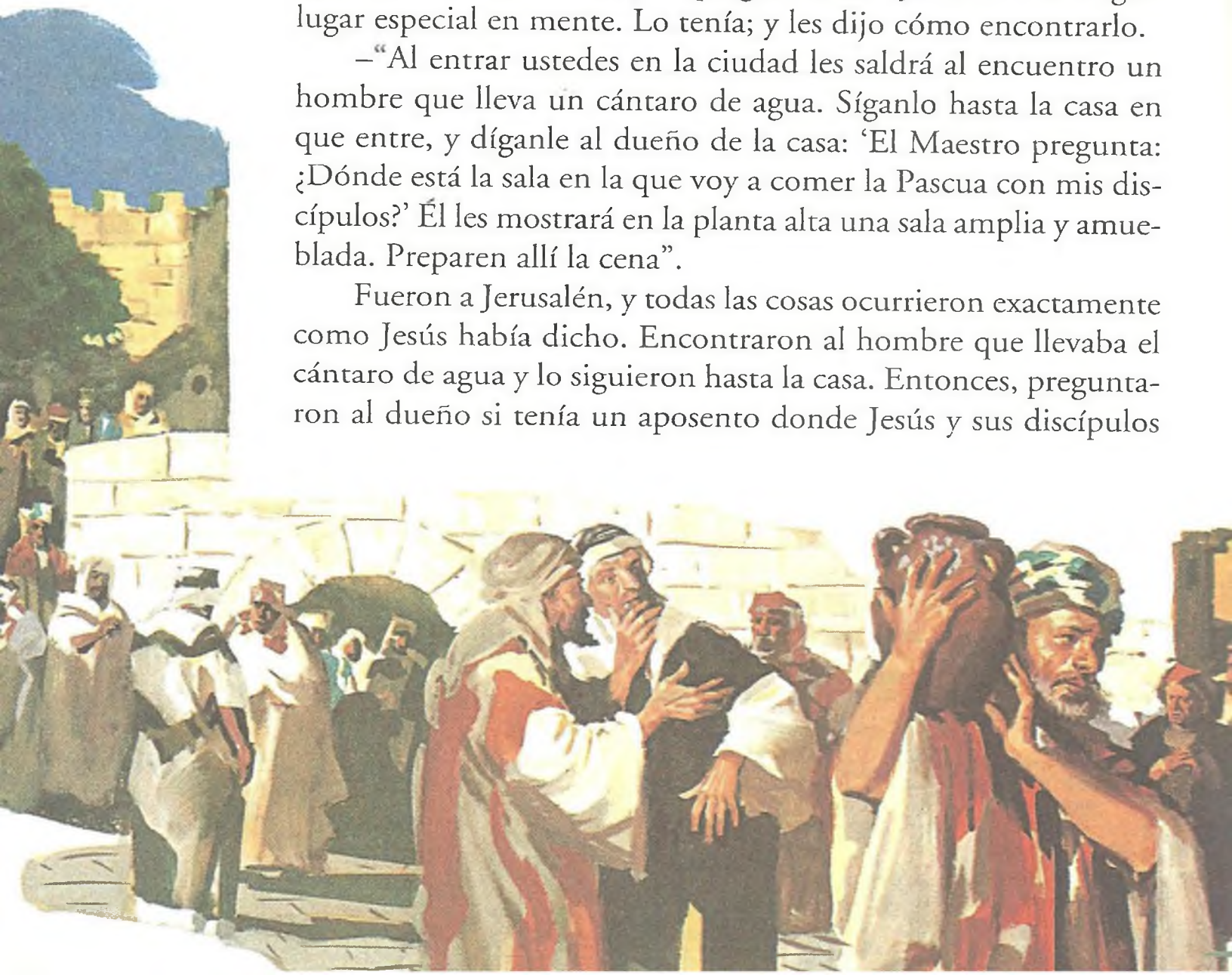
Mientras tanto, Jesús estaba haciendo planes para su última cena con sus discípulos. A Pedro y a Juan les dijo:

–"Vayan a hacer los preparativos para que comamos la Pascua".

Debían encontrar un aposento lo suficientemente grande como para 13 personas, y le preguntaron a Jesús si tenía algún lugar especial en mente. Lo tenía; y les dijo cómo encontrarlo.

–"Al entrar ustedes en la ciudad les saldrá al encuentro un hombre que lleva un cántaro de agua. Síganlo hasta la casa en que entre, y díganle al dueño de la casa: 'El Maestro pregunta: ¿Dónde está la sala en la que voy a comer la Pascua con mis discípulos?' Él les mostrará en la planta alta una sala amplia y amueblada. Preparen allí la cena".

Fueron a Jerusalén, y todas las cosas ocurrieron exactamente como Jesús había dicho. Encontraron al hombre que llevaba el cántaro de agua y lo siguieron hasta la casa. Entonces, preguntaron al dueño si tenía un aposento donde Jesús y sus discípulos



pudieran comer la Pascua.

Sí, dijo él. Era en el piso de arriba, y ellos serían bienvenidos a usarla esa noche.

Pedro y Juan fueron a ver la habitación, y encontraron que era justamente del tamaño que necesitaban. De manera que tendieron la mesa y colocaron los almohadones en sus lugares para Jesús y los 12, a fin de reclinarse, como era costumbre en aquellos días. Entonces trajeron palanganas y toallas, de manera que todos pudieran lavarse antes de la cena. Fueron a un comercio y compraron pan sin leudar y vino sin fermentar, como requerían las reglas de la Pascua. Lo siguiente que tuvieron que hacer fue comprar un cordero pascual, hacerlo inspeccionar por los debidos funcionarios del templo, y matarlo allí. Luego lo asaron.

Es muy posible que Judas, siendo el tesorero del grupo, fuera el que pagara este cordero, símbolo de Cristo, "el Cordero de Dios", y que Pedro o Juan fuera el que lo matara.

Al tiempo convenido, todos los discípulos llegaron al aposento alto: Pedro, Andrés, Santiago, Juan, Felipe, Bartolomé, Tomás, Mateo Santiago el hijo de Alfeo, Tadeo, Simón y Judas Iscariote. Judas, recordando lo que les había dicho a los sacerdotes, debió haberse sentido muy incómodo, pues no sabía si los demás sospechaban su traición. Sin embargo, hizo una manifestación de lealtad, tomando el asiento inmediato al de Jesús. Juan tomó el asiento que se hallaba frente al Maestro, al otro lado, de manera que parecía que su cabeza estaba recostada en el pecho de Jesús.

Cuando todos tomaron sus lugares, Jesús parecía tener un aire más solemne que de costumbre, como si algo lo estuviera

preocupando. Era difícil creer que, solo poco tiempo antes, él había sido el centro de la gran escena en el templo, sanando a los enfermos, volcando las mesas de los cambistas, y escuchando a los niños mientras lo aclamaban como el Hijo de David.

Algo lo estaba atribulando. Y no se trataba de que supiera que solamente pocas horas lo separaban de su arresto y su crucifixión. Estaba afligido por estos amigos suyos, al ver cuán poco parecían entender todo lo que había tratado de enseñarles.

Todavía estaban esperando que él estableciera un reino terrenal, y haciendo planes para ser cada uno el primero en el reino. Cada cual quería ser primer ministro, o tesorero, y esto de ninguna manera iba a ocurrir.

A Jesús lo entristecía mucho que ellos tuvieran pensamien-

tos semejantes cuando su pequeño mundo estaba por caer en pedazos. ¿Qué más podía él hacer que no hubiera hecho ya para hacerles ver que debían ser humildes y abnegados o de otra manera nunca verían su reino?

Había una cosa más que podía hacer, y decidió probarla. Levantándose de su sitio, tomó una toalla, echó agua en una palangana, y comenzó a lavar los pies de los discípulos, probablemente empezando con Judas, que estaba junto a él.

Alguien del grupo debió haberse hecho cargo de esto antes de comenzar la cena, pero nadie estaba dispuesto. Había mucho orgullo en sus corazones. Ahora, admirados, vieron a su Maestro, a su Señor, a su Rey, desempeñando este deber tan humilde.

Pedro no pudo soportarlo. Cuando Jesús llegó a él, exclamó:

–"¡Jamás me lavarás los pies!"

–"Si no te los lavo, no tendrás parte conmigo" –dijo Jesús.

–"Entonces, Señor –respondió Pedro–, ¡no sólo los pies sino también las manos y la cabeza!"

Esto no era necesario, le dijo Jesús, aunque estoy seguro de que él amaba a Pedro por haber hecho esa declaración. Y entonces continuó su tarea hasta que hubo lavado los pies de todos.

Al regresar a su asiento, habló con mucha sencillez.

–"¿Entienden lo que he hecho con ustedes? –preguntó–. Ustedes me llaman Maestro y Señor, y dicen bien, porque lo soy. Pues si yo, el Señor y el Maestro, les he lavado los pies, también ustedes deben lavarse los pies los unos a los otros. Les he puesto el ejemplo, para que hagan lo mismo que yo he hecho con ustedes".

Entonces, mirando con fervor a uno y a otro, dijo con mucha solemnidad:

–"Ciertamente les aseguro que ningún siervo es más que su amo, y ningún mensajero es más que el que lo envió. ¿Entienden esto? Dichosos serán si lo ponen en práctica".

Esa fue la lección más dura que Jesús enseñó alguna vez. La más difícil de recordar. La más difícil de seguir. Tal vez tú y yo necesitamos aprenderla hoy.

¿Estás tú dispuesto a lavar los pies de alguien? ¿Aun los pies del Judas que hay en tu vida?

La fiesta de despedida

(Mateo 26:20-29; Juan 13:1, 21-30)

ESA comida en el aposento alto es llamada la Última Cena, porque en verdad fue así. Esos 13 hombres nunca comerían juntos nuevamente.

En un sentido, era una fiesta de despedida. Jesús lo sabía, aunque los demás no. Vio que, en muy poco tiempo, serían esparcidos como ovejas perseguidas por lobos. Este era su último momento de solaz juntos, y él quería que ellos siempre lo recordaran.

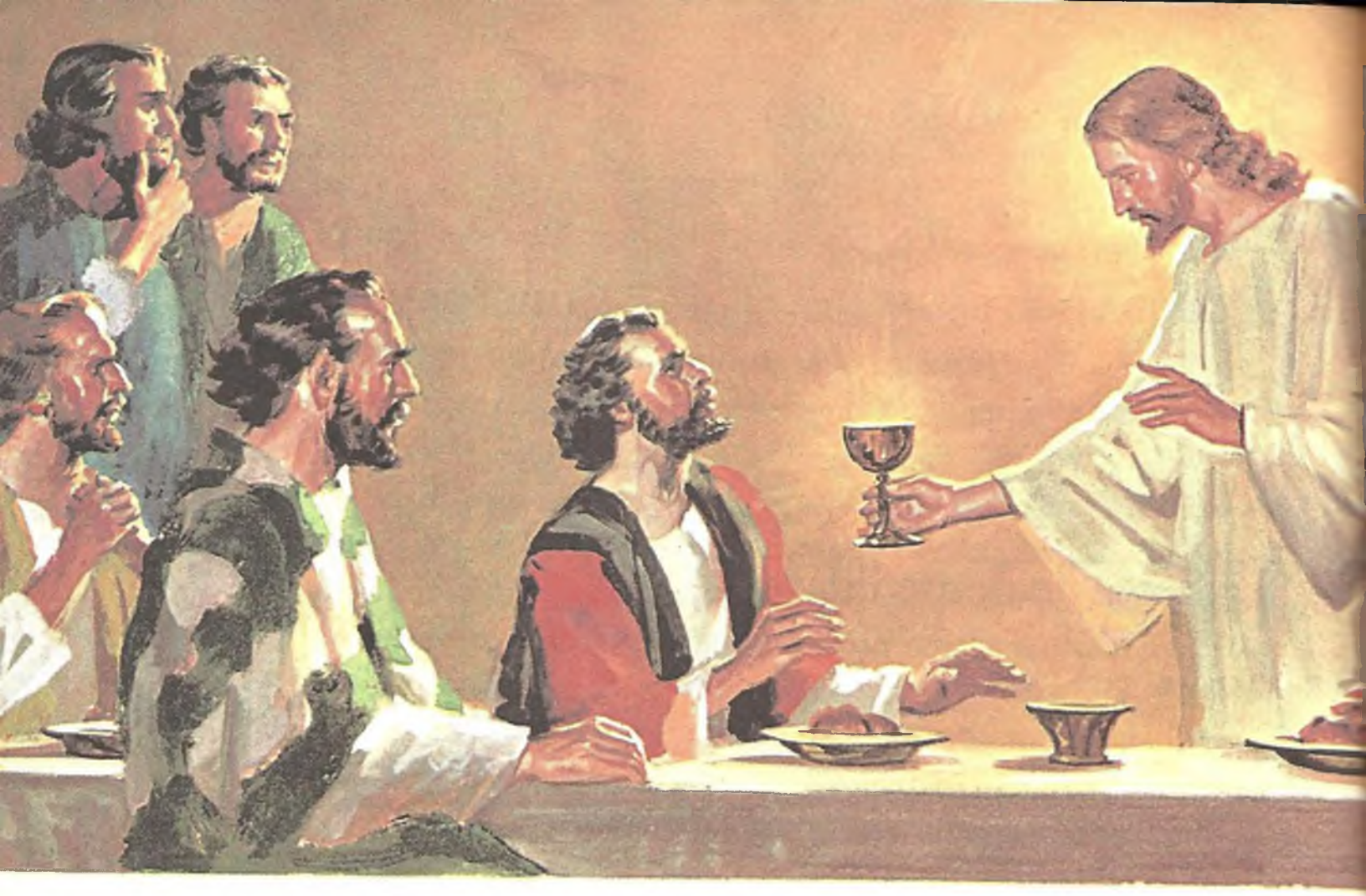
"Y habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin". Todo lo que hizo Jesús, el Rey del amor, por sus queridos discípulos en esta última reunión estaba lleno de amor, belleza y ternura.

La Biblia dice que, "mientras comían, Jesús tomó pan y lo bendijo. Luego lo partió y se lo dio a sus discípulos, diciéndoles:

–"Tomen y coman; esto es mi cuerpo.

"Después tomó la copa, dio gracias, y se la ofreció diciéndoles:

–"Beban de ella todos ustedes. Esto es mi sangre del pacto, que es derramada por muchos para el perdón de pecados. Les digo que no beberé de este fruto de la vid desde ahora en adelante, hasta el día en que beba con ustedes el vino nuevo en el reino de mi Padre".



Nunca antes había hablado él tan claramente acerca de su muerte, y de cómo ella traería "el perdón de pecados" para muchos. Años más tarde, cuando los discípulos pensaban acerca de lo que había ocurrido esa noche, vieron que el quebrantamiento del pan era un símbolo del quebrantamiento de su cuerpo en la cruz, y que el vaso de vino que les había dado para beber era un símbolo de la sangre que derramó en el Calvario. Esta es la razón por la que sus seguidores compartieron el pan y el vino juntos desde entonces. Estas cosas sencillas han llegado a ser dos símbolos sagrados de la fe cristiana.

Cuando el apóstol Pablo trató de explicar a la iglesia de Corinto lo que había ocurrido en esa reunión de despedida, dijo:

"El Señor Jesús, la noche en que fue traicionado, tomó pan, y después de dar gracias, lo partió y dijo: '...hagan esto en memoria de mí'. De la misma manera, después de cenar, tomó la copa y dijo: 'Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre; hagan esto, cada vez que beban de ella,

ILUSTRACIÓN DE PABLO REMMEY

en memoria de mí'. Porque cada vez que comen este pan y beben de esta copa, proclaman la muerte del Señor hasta que él venga".*

Nota cómo Jesús habló tanto del pan como del vino, instruyendo a sus seguidores a que los tomaran "en memoria" de él. Quería que lo recordaran siempre. Hoy en día, los mismos símbolos han de ayudarnos a recordarlo "hasta que él venga".

Una de las cosas más hermosas que Jesús hizo esa noche fue la de ofrecerle el pan y el vino a Judas. Sabía muy bien lo que Judas había hecho y sin embargo le dijo, como a todos los demás: Haz esto "en memoria mía". Aquello era suficiente como para ablandar el corazón más duro, pero Judas había ido demasiado lejos.

Entonces, Jesús sorprendió a todos los que estaban sentados a la mesa al decir:

–"Les aseguro que uno de ustedes me va a traicionar".

No podían creerlo. Pensaron que estaba equivocado. Cada uno

se preguntaba si alguna vez había dicho o hecho algo que hubiera puesto en dificultades al Maestro. Uno por uno le preguntaron:

–"¿Acaso seré yo, Señor?"

Jesús no respondía, de manera que Pedro hizo señas a Juan, que estaba junto a Jesús, para que descubriera quién era el traidor. Juan susurró a Jesús:

–Señor, ¿quién es?

Jesús contestó con suavidad:

–"El que mete la mano conmigo en el plato es el que me va a traicionar".

En ese momento, Judas, que había guardado silencio hasta aquí, se unió a los demás y preguntó:

–"¿Acaso seré yo, Señor?"

Pensó que podía alejar la sospecha con respecto a su persona la hacer la pregunta. Pero Jesús le contestó:

–"Tú lo has dicho" –que es otra manera de decir: "Sí".

Entonces, Jesús le dijo suavemente a Judas, de manera que los otros no pudieran oírlo:

–"Lo que vas a hacer, hazlo pronto".

Judas se levantó y salió. "Ya era de noche".

Los otros pensaron que Jesús le había pedido que comprara algo para la fiesta o que diera alguna cosa a los pobres, de manera que, con todo cuidado, el Maestro trató de cubrir el pecado de este vil traidor. ¿Podía el amor ir más lejos? Seguramente solo el Rey del amor, y el Rey del dolor podía haber amado tanto a un hombre tan malo.

* 1 Corintios 11:23-26.

Las últimas palabras de amor

(Juan 13:31 a 14:31)

JESÚS no había llevado a los discípulos al aposento alto solo para participar de la Pascua. Tenía algo más en mente. Sabía que esta sería la última oportunidad de hablar con ellos juntos, y había muchas cosas que quería compartir con ellos antes de dejarlos.

Después de terminar la cena y luego de que Judas se perdió en la oscura noche, el resto se reunió alrededor de su amado Maestro. A la luz tenue de una lámpara de aceite sobre la mesa, escucharon con creciente tristeza sus últimas palabras de amor, de consejo y de entusiasmo.

–"Mis queridos hijos, poco tiempo me queda para estar con ustedes. Me buscarán, y lo que antes les dije a los judíos, ahora se lo digo a ustedes: Adonde yo voy, ustedes no pueden ir".

¡Imagínate llamar a estos hombres adultos "mis hijos"! Sin embargo, eso eran ellos para él. Él los amaba como si fueran sus propios hijitos, y lo entristecía que, como hijos perdidos que buscaban a su padre o a su madre, lo buscarían después que fuera crucificado, pero ya no les sería posible encontrarlo.

Entonces, les dio un buen consejo, el mejor consejo que algún padre podía dar a sus hijos:

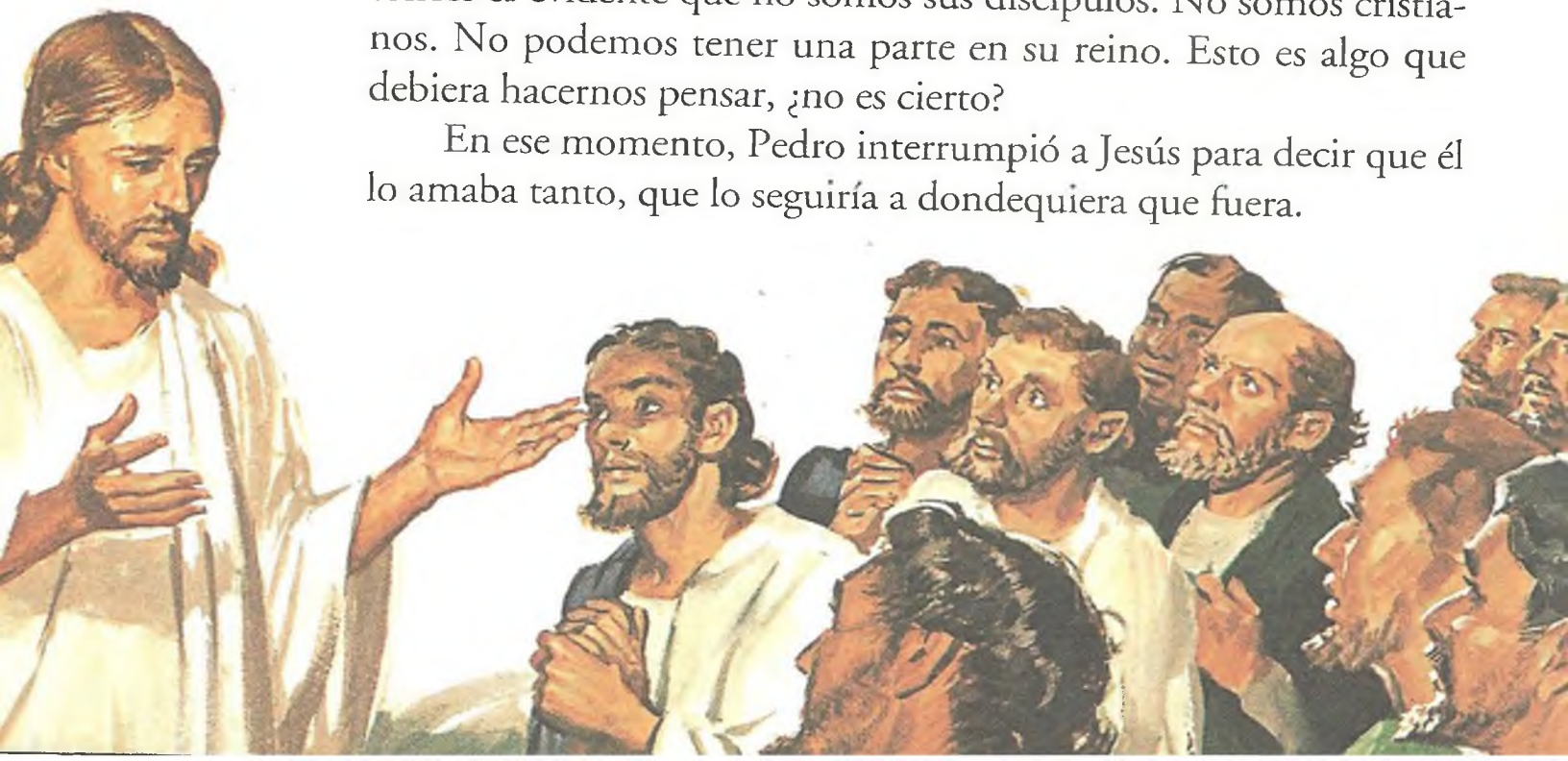
–"Este mandamiento nuevo les doy: que se amen los unos a los otros. Así como yo los he amado, también ustedes deben amarse los unos a los otros. De este modo todos sabrán que son mis discípulos, si se aman los unos a los otros".

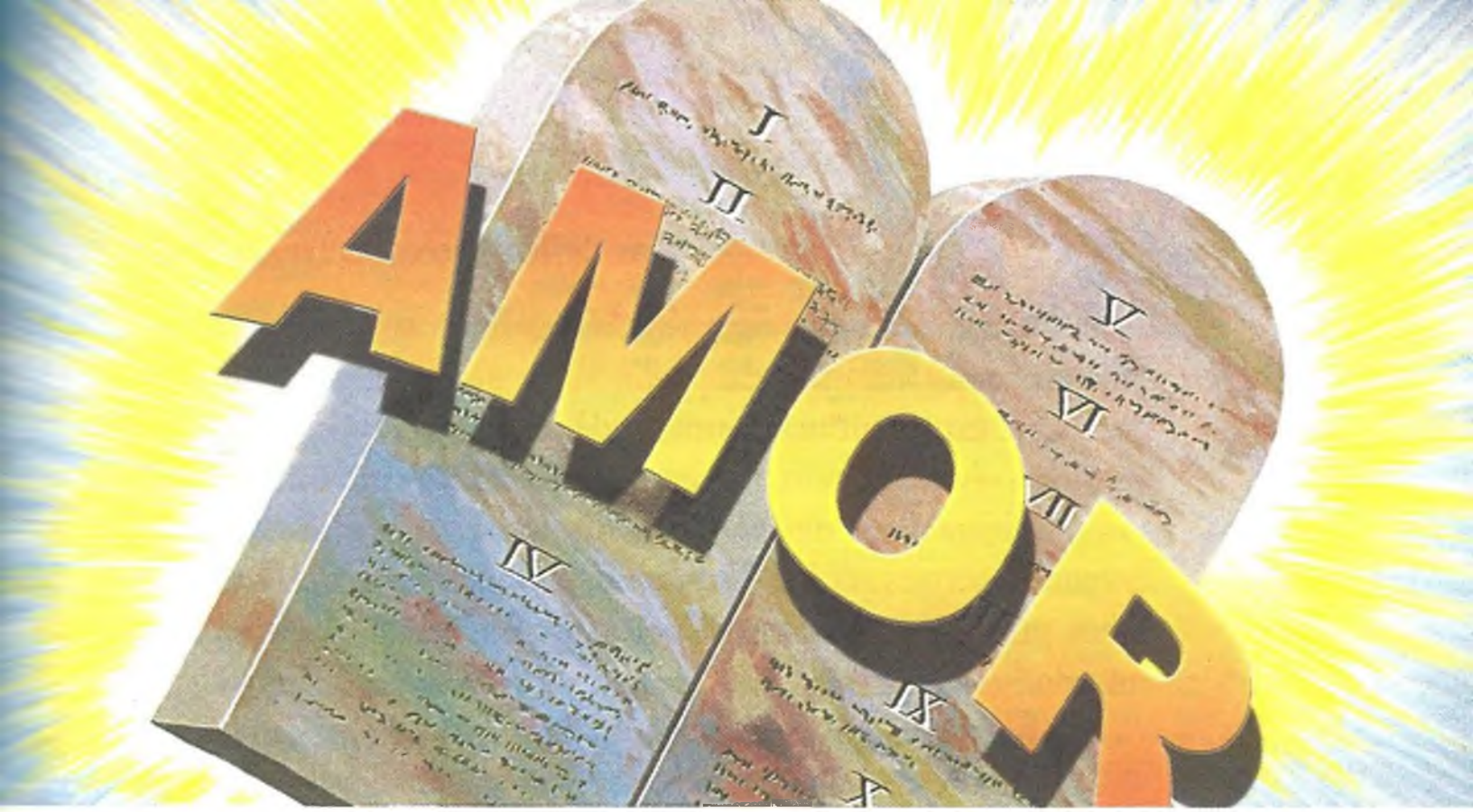
De todas las cosas hermosas que Jesús dijo, esta es tal vez la mejor. ¡"Que se amen los unos a los otros"! Sean bondadosos unos con otros. Sean perdonadores. Sean tiernos de corazón. Sean considerados hacia las necesidades de los demás. Perdónense mutuamente sus faltas.

Esta sería la característica de sus seguidores. No necesitarían usar una insignia de oro, o alguna clase especial de gorra, o una túnica, ni un collar. En todos los años del futuro, en cualquier parte, en todos los tiempos, los cristianos serían conocidos por su amor, el amor manifestado en palabras tiernas y actos bondadosos y considerados.

"De este modo todos sabrán que son mis discípulos". ¡Cuánto significa la expresión "de este modo"! Si no amamos a nuestros hermanos, a nuestras hermanas, a nuestros amigos y vecinos, entonces no pertenecemos a él. Si no los tratamos como Jesús nos trataría, entonces es evidente que no somos sus discípulos. No somos cristianos. No podemos tener una parte en su reino. Esto es algo que debiera hacernos pensar, ¿no es cierto?

En ese momento, Pedro interrumpió a Jesús para decir que él lo amaba tanto, que lo seguiría a dondequiera que fuera.





–"Por ti daré hasta la vida" –le dijo.

–"¿Tú darás la vida por mí? –replicó Jesús–. ¡De veras te aseguro que antes de que cante el gallo, me negarás tres veces!"

Pedro quedó en silencio. No podía entender lo que Jesús quería decir. ¡Él nunca negaría a su Maestro! ¡Nunca! ¡Y con toda seguridad no lo haría esa misma noche!

Mientras tanto, Jesús siguió hablando acerca de su regreso y de cómo algún día volvería y tomaría consigo a todos sus queridos seguidores para llevarlos a las "muchas viviendas" que había en la casa de su Padre. Habría un hermoso hogar para cada uno de ellos en su reino de gloria.

Pero pronto volvió al tema del amor. No habría una mansión para nadie que no tuviera amor en el corazón. Y el amor se manifiesta al guardar sus mandamientos.

–"Si ustedes me aman –les dijo con todo fervor–, obedecerán mis mandamientos".

De nuevo, les repitió:

–"El que me ama, obedecerá mi palabra, y mi Padre lo amará, y haremos nuestra vivienda en él".

¡Qué expresión más hermosa de Jesús! El gran Dios del cielo vendría a vivir con todo hombre o mujer, niño o niña, en cuyo corazón hubiera amor verdadero y abnegado. Esto puede ser difícil de entender, pero es verdad. Y muestra cómo premia Dios el amor, el amor puro y hermoso, por encima de cualquier otra cosa en el mundo.

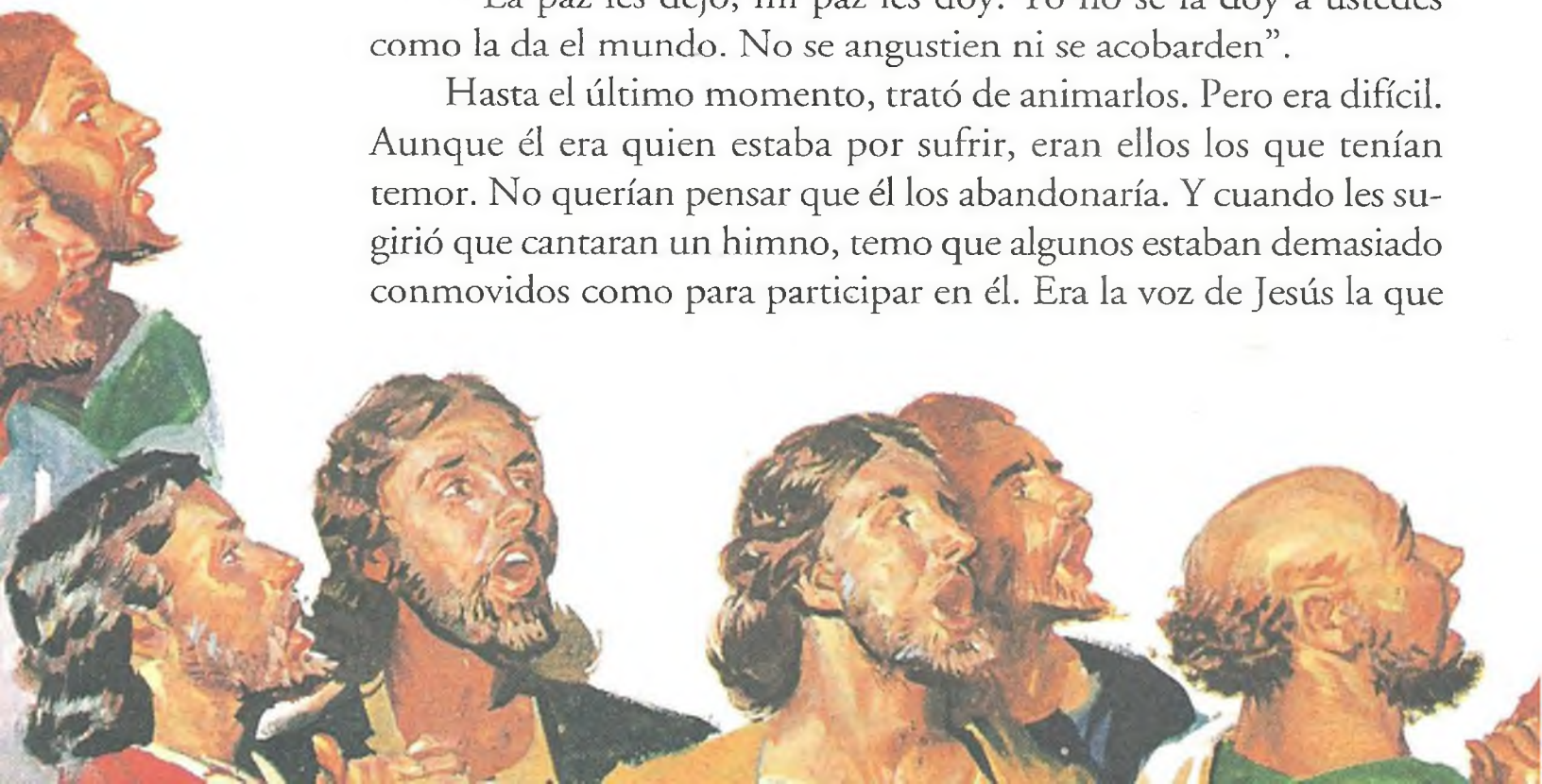
Si quieres que tu corazón sea el hogar de dios, si quieres que viva contigo y que siga contigo, esta es la manera de alcanzarlo. Pídele al Espíritu Santo de Dios que venga a vivir contigo y sea tu Consolador, tu Guía y tu Amigo por el resto de tu vida. Entonces, tendrás el amor de Dios en tu corazón, y amarás a los demás tanto o más que a ti mismo.

–"El Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, les enseñará todas las cosas y les hará recordar todo lo que les he dicho".

Ahora, la reunión estaba llegando a su final. Mirando en torno y observando a sus fieles amigos, que tanto significaban para él y a quienes amaba tan tiernamente, Jesús dijo, con toda bondad:

–"La paz les dejo; mi paz les doy. Yo no se la doy a ustedes como la da el mundo. No se angustien ni se acobarden".

Hasta el último momento, trató de animarlos. Pero era difícil. Aunque él era quien estaba por sufrir, eran ellos los que tenían temor. No querían pensar que él los abandonaría. Y cuando les sugirió que cantaran un himno, temo que algunos estaban demasiado conmovidos como para participar en él. Era la voz de Jesús la que



podía oírse por encimad e todas, cantando con todo valor y esperanza para dar expresión al hermoso himno de la Pascua:

"¡Alaben al Señor, naciones todas!
¡Pueblos todos, cántenle alabanzas!
¡Grande es su amor por nosotros!
¡La fidelidad del Señor es eterna!
¡Aleluya! ¡Alabado sea el Señor!"*

Entonces, hubo silencio, interrumpido sin duda por los sollozos reprimidos de quienes no podían hacer otra cosa que llorar.

–"¡Levántense, vámonos de aquí!" –dijo Jesús.

Y así salieron a recorrer las calles de Jerusalén, tranquilas e inundadas por la luna. Pasando por los portales de la ciudad, junto a los guardas soñolientos, se dirigieron al monte de los Olivos y de allí al Getsemaní.

La fiesta de despedida había terminado. Sin embargo, quedaban sus recuerdos indelebles. ¿Podrían olvidar alguna vez cómo Jesús había cantado aquella dulce canción final? ¿Podrían olvidar jamás todas sus palabras últimas de consejo, y cómo había tratado de animarlos con una preciosa promesa tras otra? ¿Podrían olvidar alguna vez cómo les había lavado los pies? ¿Podrían olvidar que les había dado pan para comer y vino para beber en memoria de él? Por cierto que no. Ni en un millón de años. Ni en toda la eternidad.

* Salmo 117:1, 2.

"Guárdalos del mal"

(Juan 17)

NADIE sabe con exactitud dónde sucedió. Puede haber sido en el aposento alto. También podría haber sucedido en alguna parada en el camino que desciende serpenteante de Jerusalén. O pudo haber sido en el mismo Getsemaní. Lo cierto es que, en algún lugar esa noche, Jesús expresó su última bella oración por sus discípulos.

Todos deben haberla oído, pero solo Juan la recordó lo suficientemente bien como para registrarla, con el objetivo de que podamos conocer lo que dijo y cuánto los amaba a todos. Encontrarás esta oración en el capítulo 17 del evangelio de Juan.

Elevando sus ojos al cielo, Jesús dijo:

–"Padre, ha llegado la hora. Glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique a ti, ya que le has conferido autoridad sobre todo mortal para que él les conceda vida eterna a todos los que le has dado. Y ésta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien tú has enviado. Yo te he glorificado en la tierra, y he llevado a cabo la obra que me encomendaste. Y ahora, Padre, glorifícame en tu presencia con la glo-

ria que tuve contigo antes de que el mundo existiera. A los que me diste del mundo les he revelado quién eres. Eran tuyos; tú me los diste y ellos han obedecido tu palabra".

No mencionó los errores, o algunas de las cosas insensatas que habían dicho, o cuánto celo habían tenido el uno del otro. Cuando habló con su Padre, solamente le habló de las cosas buenas que ellos tenían y le pidió que los cuidara siempre, y los guardara en su amor.

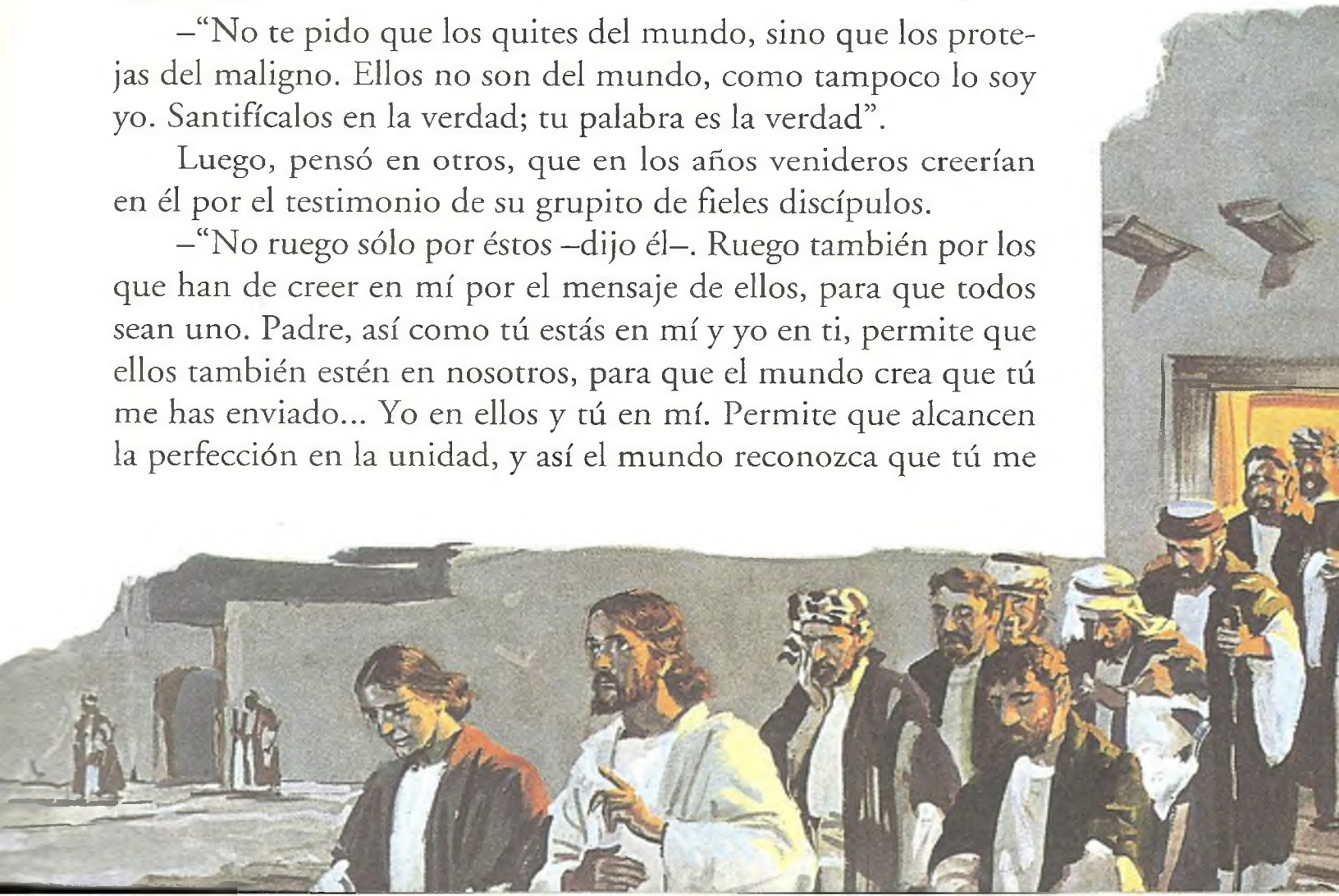
–"Ruego por ellos. No ruego por el mundo, sino por los que me has dado, porque son tuyos. Todo lo que yo tengo es tuyo, y todo lo que tú tienes es mío; y por medio de ellos he sido glorificado. Ya no voy a estar por más tiempo en el mundo, pero ellos están todavía en el mundo, y yo vuelvo a ti.

–"Padre santo, protégelos con el poder de tu nombre, el nombre que me diste, para que sean uno, lo mismo que nosotros...

–"No te pido que los quites del mundo, sino que los protejas del maligno. Ellos no son del mundo, como tampoco lo soy yo. Santifícalos en la verdad; tu palabra es la verdad".

Luego, pensó en otros, que en los años venideros creerían en él por el testimonio de su grupito de fieles discípulos.

–"No ruego sólo por éstos –dijo él–. Ruego también por los que han de creer en mí por el mensaje de ellos, para que todos sean uno. Padre, así como tú estás en mí y yo en ti, permite que ellos también estén en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado... Yo en ellos y tú en mí. Permite que alcancen la perfección en la unidad, y así el mundo reconozca que tú me



enviaste y que los has amado a ellos tal como me has amado a mí".

–"Padre –rogó luego, y casi se puede palpar el fervor que había en su voz–, quiero que los que me has dado estén conmigo donde yo estoy. Que vean mi gloria, la gloria que me has dado porque me amaste desde antes de la creación del mundo.

–"Padre justo, aunque el mundo no te conoce, yo sí te conozco, y éstos reconocen que tú me enviaste. Yo les he dado a conocer quién eres, y seguiré haciéndolo, para que el amor con que me has amado esté en ellos, y yo mismo esté en ellos".

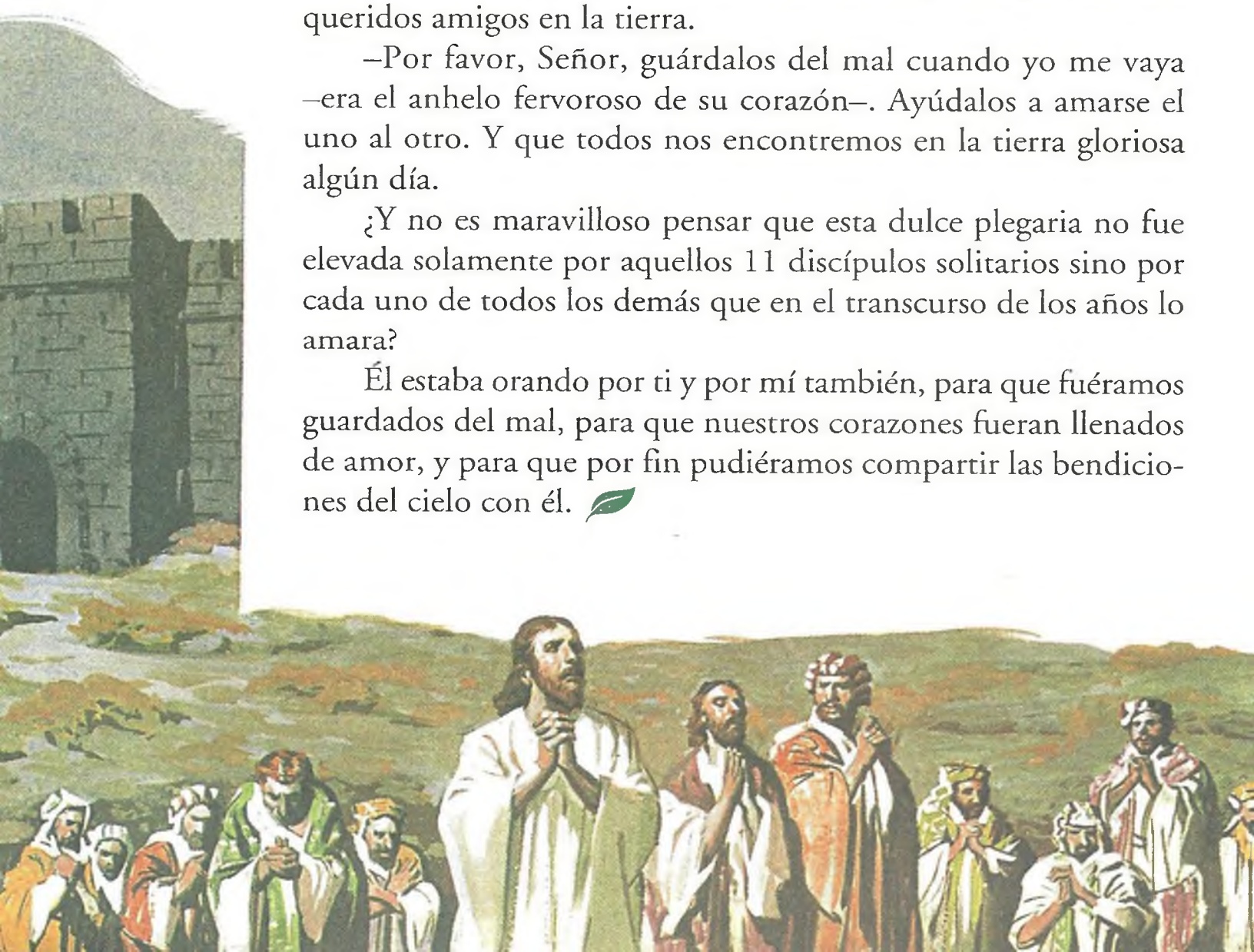
Así terminó su oración. ¡Y qué oración hermosa fue! ¡Tan sencilla, tan llena de confianza y de consideración por los demás!

En realidad, fue hermosa oración de despedida por sus más queridos amigos en la tierra.

–Por favor, Señor, guárdalos del mal cuando yo me vaya –era el anhelo fervoroso de su corazón–. Ayúdalos a amarse el uno al otro. Y que todos nos encontremos en la tierra gloriosa algún día.

¿Y no es maravilloso pensar que esta dulce plegaria no fue elevada solamente por aquellos 11 discípulos solitarios sino por cada uno de todos los demás que en el transcurso de los años lo amara?

Él estaba orando por ti y por mí también, para que fuéramos guardados del mal, para que nuestros corazones fueran llenados de amor, y para que por fin pudiéramos compartir las bendiciones del cielo con él.



Una noche en el huerto

(Mateo 26:36-46)

SE había hecho muy tarde, y los discípulos hacía rato que debían haber estado durmiendo. Todos estaban muy cansados y con muchísimo sueño. Algunos ya se habían recostado en el suelo, profundamente dormidos.

Un espeluznante silencio llenaba el aire en el jardín de Getsemaní, interrumpido solo por el soplo del viento en las ramas de los olivos, el distante ladrido de un perro o el grito de algún centinela apostado sobre las murallas. A los que todavía estaban despiertos, Jesús les dijo:

–"Siéntense aquí mientras voy más allá a orar".

Entonces, les pidió a Pedro, Santiago y Juan que lo acompañaran aparte.

–"Es tal la angustia que me invade, que me siento morir –les dijo–. Quédense aquí y manténganse despiertos conmigo".

Se sentía solo, y necesitaba compañía.

Alejándose unos pocos pasos más adelante, "se postró sobre su rostro y oró: 'Padre mío, si es posible, no me hagas beber este trago amargo. Pero no sea lo que yo quiero, sino lo que quieres tú' ".

Sabía lo que estaba por ocurrir por la mañana –toda la vergüenza y el dolor y la crueldad de la crucifixión–, y aquí solo, a la pálida luz de la luna, veía que todo esto era muy terrible para soportar. Peor aún era el pensamiento de que él, que nunca había pecado, que odiaba el pecado, iba a ser juzgado como pecador y castigado como tal. ¡Cuán cruel es la injusticia y cuán duro es soportarla!

¿Alguna vez te han acusado de algo que nunca hiciste y que nunca pensaste hacer? Si así fue, sabrás cómo debió haberse sentido Jesús esa noche. Cargar con el pecado del mundo significaba que iba a ser culpado por el pecado que todos habían cometido desde que Eva pecó por primera vez en otro jardín, en otro tiempo. Aquello no parecía justo.

Y no era justo. Pero no había otra manera en que el Señor pudiera librar al hombre de la penalidad y del poder del pecado.

Según lo que escribió el profeta Isaías –y Jesús conocía las palabras de memoria–, "el Señor hizo recaer sobre él la iniquidad de todos nosotros".[1] "Al que no cometió pecado alguno, por nosotros Dios lo trató como pecador",[2] dijo el apóstol San Pablo tiempo después. Esta es la razón por la que nuestro Salvador lo sintió tanto.

Así como tú o yo hubiéramos hecho, él oró:

–"Por favor, Señor, haz que esto no ocurra".

Sin embargo, sabía que debía ocurrir. Para esto había venido del cielo. Se había ofrecido voluntariamente como el Cordero de Dios para quitar los pecados del mundo. Y ahora el Cordero debía ser sacrificado. No había otra cosa que hacer. Si ahora renunciaba, no habría ninguna esperanza, ninguna salvación, ningún cielo para nadie. Él lo sabía. Y por esta razón dijo:

–"Pero no se cumpla mi voluntad, sino la tuya".[3]

← ILUSTRACIÓN DE J. SCHLAIKJER, N. A.

Mientras dormían sus cansados discípulos, Jesús oraba en agonía a su Padre, diciendo: "Padre mío, si es posible, no me hagas beber este trago amargo. Pero no sea lo que yo quiero, sino lo que quieres tú".

Su amor estaba siendo probado hasta el límite. Muy fácilmente podía haber huido y haberse escondido de sus enemigos. Podía haber sencillamente desaparecido como lo hizo cuando el pueblo de Nazaret trató de lanzarlo a un precipicio. Pero no lo hizo. Se mantuvo fiel a su propósito. Nos amaba a todos nosotros demasiado como para hacer cualquier otra cosa.

Jesús había estudiado las profecías de su muerte desde su juventud. Dios había predicho la venida de un Salvador, la ciudad donde nacería, y el tiempo de su muerte. Ese tiempo estaba por cumplirse, y como Hijo de Dios, sabía que no podría evitar los sufrimientos que lo esperaban.

Regresando a donde estaban los tres discípulos, los encontró, así como a todos los demás, profundamente dormidos. Pedro se despertó un momento, de manera que Jesús le dijo:

–"¿No pudieron mantenerse despiertos conmigo ni una hora? Estén alerta y oren para que no caigan en tentación. El espíritu está dispuesto, pero el cuerpo es débil".

Entonces, "por segunda vez se retiró y oró: 'Padre mío, si no es posible evitar que yo beba este trago amargo, hágase tu voluntad'".

Muy pronto, regresó a donde estaban los tres discípulos. Ahora estaban bien dormidos. De manera que "los dejó y se retiró a orar por tercera vez, diciendo lo mismo".

"Como estaba angustiado, se puso a orar con más fervor, y su sudor era como gotas de sangre que caían a tierra".[4]

No era solamente el temor de morir lo que lo angustiaba tanto, sino el pensamiento de que tendría que llevar toda la carga terrible del pecado humano. Esa noche tremenda fueron colocados sobre él

todos los pecados humanos desde la primera caída del hombre.

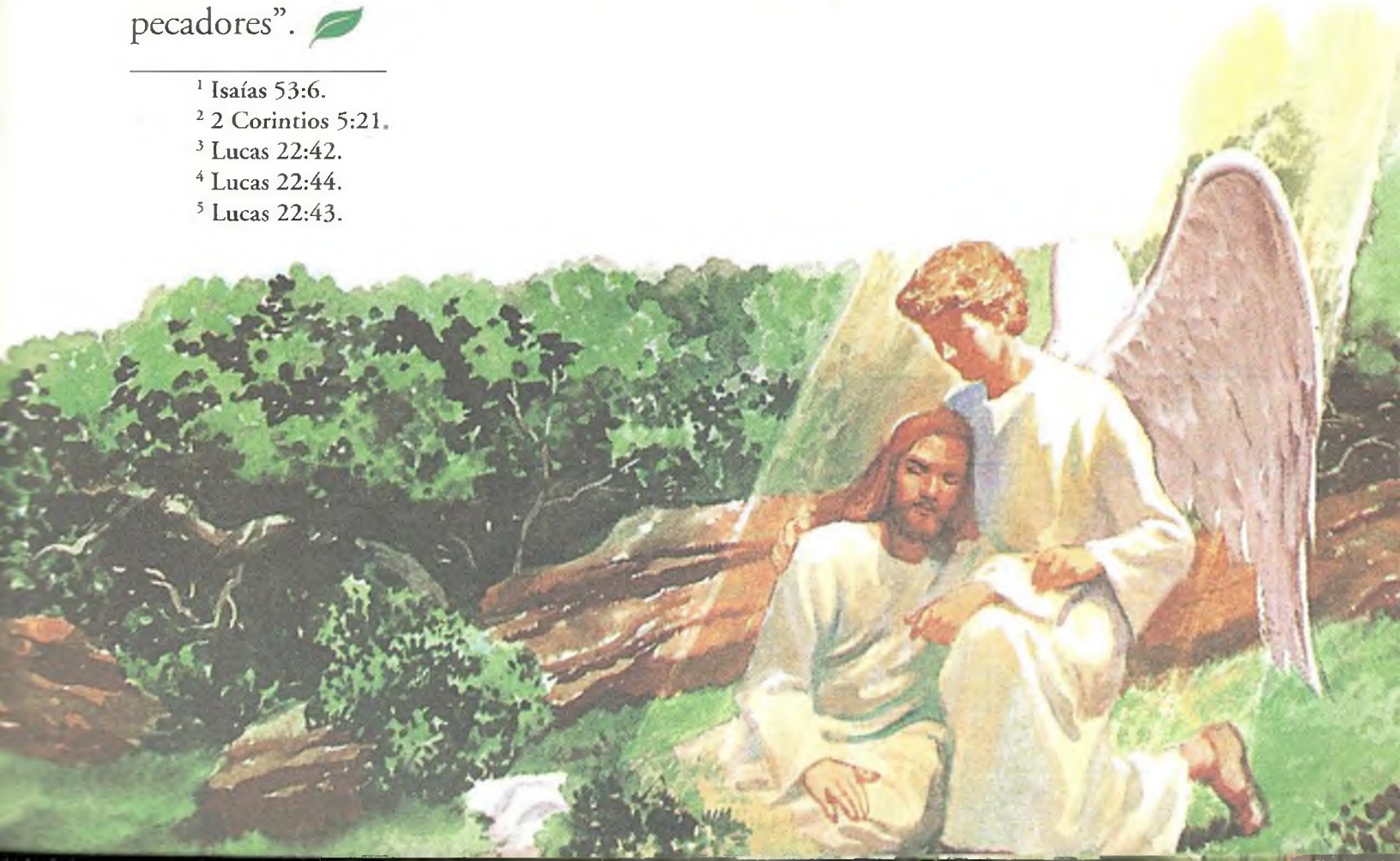
Era más de lo que podía soportar. Pero ahora ocurrió algo maravilloso. "Entonces se le apareció un ángel del cielo para fortalecerlo".[5] La Biblia no indica qué ángel era, pero pudo haber sido Gabriel, el mismo que, 33 años antes, le había predicho el nacimiento de Jesús a María.

Me gustaría saber lo que el ángel le dijo a Jesús para alentarlo. Tal vez apoyó la pobre cabeza ensangrentada del Maestro en su regazo y le dijo: "¡Ten ánimo, Hijo de Dios! ¡Toda la creación está observándote! ¡Todos los cielos cuentan contigo! No debes fracasar. La victoria es segura. Estas pruebas pronto pasarán. En breve estarás de regreso en tu hogar. ¡Y cuán felices estaremos de darte la bienvenida y de coronarte como Señor de todos!"

Levantándose de sus rodillas por fin, Jesús regresó adonde estaban Pedro, Santiago y Juan, todavía acostados en el suelo, muy adormecidos.

–"¿Siguen durmiendo y descansando? –les dijo–. Miren, se acerca la hora, y el Hijo del hombre va a ser entregado en manos de pecadores".

[1] Isaías 53:6.
[2] 2 Corintios 5:21.
[3] Lucas 22:42.
[4] Lucas 22:44.
[5] Lucas 22:43.



Delatado por un traidor

(Mateo 26:46-56; Lucas 22:47-54; Juan 18:1-12)

JESÚS permaneció un buen tiempo a solas. Pero poco tiempo después, al escuchar el alboroto a la distancia, cayó en la cuenta de que sus enemigos venían a arrestarlo.

–"¡Levántense! ¡Vámonos!" –les dijo a los discípulos que dormían.

Frotándose los ojos, se incorporaron, medio despiertos.

–¿Qué pasa? –murmuraron.

–Miren –les dijo, señalando las lámparas y las antorchas que se movían lentamente en la ladera de la colina–. "¡Ahí viene el que me traiciona!"

Era una multitud enardecida la que llegó, armada con espadas y palos, enviada "por los jefes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo".

Los discípulos contemplaban la escena con sorpresa y terror. Habían oído hablar a Jesús acerca de las aflicciones venideras, pero no habían anticipado precisamente esto. ¡Con seguridad que él no permitiría que una muchedumbre tan horrible lo arrestara!

Pedro, de inmediato, extrajo la espada que cargaba. Por lo

menos él lucharía por la causa. ¡Que alguno de ellos ponga la mano encima del Maestro y aprenderá una lección que no olvidará muy pronto! ¡Pero!, ¿por qué los demás no cargaban sus espadas? ¡Entonces podrían haber enfrentado a esta multitud!

En ese instante, reconocieron a Judas. ¡Judas! Al frente de la multitud, como si fuera uno de los líderes. ¿Qué estaba haciendo él allí? ¡Se había vendido a los enemigos! ¿No había acaso comido con ellos en el aposento alto hacía solo unas pocas horas?

Jesús avanzó valientemente hacia la muchedumbre.

–"¿A quién buscan? –les preguntó.

–"A Jesús de Nazaret" –clamaron, sin reconocerlo en la oscuridad.

–"Yo soy" –dijo Jesús.

En ese instante, toda la gente cayó al suelo poseída de terror. Quizá haya sido luz gloriosa que procedía de su rostro la que los aterrorizó, o la presencia del ángel que lo había fortalecido.

Luego, Judas se levantó y, tambaleándose, fue hasta donde estaba Jesús.

–"¡Rabí! –le dijo, y lo besó".

Esta era la señal que había convenido con los sacerdotes. "Al que yo le dé un beso, ése es –les había dicho–; arréstenlo".

–"Amigo –le respondió Jesús–, ¿a qué vienes? –le dijo el Maestro–. ¿Con un beso traicionas al Hijo del hombre?"

Ahora, los rufianes estaban levantándose de nuevo, encolerizados por haberse dejado atemorizar por un hombre solo y desarmado. Las manos se extendieron para prenderlo.

Pedro vino corriendo.

–"Señor, ¿atacamos con la espada?" –gritó.

Y antes de que Jesús pudiera detenerlo, el forzudo pescador había descargado el arma sobre la cabeza de Malco, uno de los siervos del sumo sacerdote, cortándole la oreja derecha. El hombre gritó del dolor y colocó su mano sobre la herida para detener el flujo de sangre. Pero otra mano llegó allí primero, exclamando:

–"¡Déjenlos!"

Jesús tocó la herida, sanándola de inmediato. Cuando el hom-

bre se llevó la mano al lugar para ver lo que había ocurrido, encontró su oreja restaurada, tal como era antes.

El milagro le dio a Jesús unos pocos momentos adicionales de libertad. Volviéndose a Pedro, le dijo:

–"Guarda tu espada –le dijo Jesús–, porque los que a hierro matan, a hierro mueren. ¿Crees que no puedo acudir a mi Padre, y al instante pondría a mi disposición más de doce batallones de ángeles? Pero entonces, ¿cómo se cumplirían las Escrituras que dicen que así tiene que suceder?"

Por cierto, él podría haber llamado a los ángeles para salvarlo. ¡Y cuán contentos habrían estado de ir en su ayuda! Decenas de miles habrían recorrido en instantánea carrera el cielo a una sola palabra suya. ¡Pero él no la pronunció! Esto habría trastornado todo el plan de salvación y habría quitado todo significado a las grandes profecías relativas al Mesías.

Ahora, se dirigió a la multitud y la reprendió por venir a arrestarlo con espadas y garrotes, como si fuera un delincuente común.

–"Todos los días me sentaba a enseñar en el templo, y no me prendieron. Pero todo esto ha sucedido para que se cumpla lo que escribieron los profetas".

¡Cuán importantes eran esos antiguos pasajes de las Escrituras para él! Pero la multitud no escuchaba. Ya los soldados estaban atando sus manos para poder llevarlo detenido ante el sumo sacerdote. Pensando más en sus discípulos que en sí mismo, Jesús dijo:

–"Si es a mí a quien buscan, dejen que éstos se vayan".

Pero no necesitaba haberlo dicho. Ya se habían ido. En medio de la oscuridad, se habían esparcido en todas direcciones. Todos ellos "lo abandonaron y huyeron".

Negado por un amigo

(Mateo 26:57-75; Lucas 22:54-71; Juan 18:12-27)

NO conocemos el lugar exacto al que fueron todos los discípulos esa noche. Quizá algunos hayan ido a Betania para compartir la terrible noticia con Lázaro, María y Marta. Otros pueden haberse refugiado en la colina boscosa hasta que el peligro pasara. Hasta donde sabemos, solo Pedro y Juan se mantuvieron con la multitud que se apresuraba para llevar a Jesús de regreso a la ciudad.

Juan, que tenía amigos en el palacio del sumo sacerdote, logró entrar y observar el juicio de su amado Maestro. Pedro lo siguió "de lejos" pero, cuando llegó, Juan lo llevó al atrio de los criados, donde tuvo una serie de problemas.

La historia que Juan nos cuenta es sumamente triste. Jesús fue llevado primeramente ante Anás, y luego ante Caifás, que presidía el Sanedrín, el cuerpo gobernante de Israel en ese tiempo. Evidentemente, algunos de sus miembros estaban esperando que le trajeran a Jesús. Otros, se dirigieron apresuradamente al palacio tan pronto como supieron que había sido capturado.

Era ilegal realizar un juicio a medianoche, pero tanto era el odio de los principales sacerdotes hacia Jesús, que estaban dispuestos a que-

brantar sus propias leyes para deshacerse de él.

Lo más probable es que la mayor razón para realizar el juicio de noche fue que querían tenerlo terminado antes que el pueblo, que amaba a Jesús, descubriera lo que habían hecho. Una vez que estuviera condenado a muerte, ¿qué se podría hacer en su favor?

Si solo hubiera habido algunos niños a su alrededor, estoy seguro que habrían hecho lo que podían para ayudarlo. Por lo menos, uno de ellos habría gritado: "¡Déjenlo! ¡Él es nuestro amigo!" ¡Pero todos estaban en la cama!

Así pues, allí estaba Jesús, solo y sin amigos, en medio de los sacerdotes y los rabinos. ¡Cómo lo odiaban! Estaban celosos porque era tan popular entre el común del pueblo; estaban enojados porque la verdad y la belleza de sus enseñanzas mostraban la insensatez de ellos. Ahora lo tenían donde querían tenerlo, y ya no lo dejarían ir.

No había posibilidad alguna de hacer un juicio justo en esas condiciones. Jesús prácticamente estaba ya condenado antes de llegar allí. El sumo sacerdote comenzó interrogando a Jesús acerca de sus discípulos y sus enseñanzas, sugiriendo que él estaba tratando de

formar una sociedad secreta. Jesús explicó que no había nada secreto acerca de su obra.

–"Yo he hablado abiertamente al mundo –respondió Jesús–. Siempre he enseñado en las sinagogas o en el templo, donde se congregan todos los judíos. En secreto no he dicho nada. ¿Por qué me interrogas a mí? ¡Interroga a los que me han oído hablar! Ellos deben saber lo que dije".

En eso, uno de los funcionarios que estaba cerca, le dio a Jesús una bofetada diciendo:

–"¿Así contestas al sumo sacerdote?"

Con maravillosa paciencia, Jesús conservó la calma y el respeto.

–"Si he dicho algo malo –respondió Jesús–, demuéstramelo. Pero si lo que dije es correcto, ¿por qué me pegas?"

Ya habían llamado a los falsos testigos para decir que Jesús había dicho y hecho cosas que eran incorrectas. Pero no se ponían de acuerdo. Uno contradecía al otro. El juicio no avanzaba. Entonces, dos hombres se presentaron para declarar:

–"Este hombre dijo: 'Puedo destruir el templo de Dios y reconstruirlo en tres días'".

–"¿No tienes nada que contestar?"

Jesús no contestó. Había dicho algo similar a esto, pero no acerca del templo en que estaban pensando estos hombres. Él se refería al templo de su propio cuerpo que resucitaría tres días después de su muerte. Pero ¿de qué valía explicar esto a esa gente? Ellos no entenderían.

–"¿No vas a responder? –rugió el sumo sacerdote–. ¿Qué significan estas denuncias en tu contra?"

Jesús todavía guardaba silencio, y toda la turba cruel se preguntaba qué acontecería. No habiendo más testigos, el sumo sacerdote

decidió que debía tratar de conseguir que Jesús se condenara a sí mismo. Poniéndose de pie, exclamó:

–"Te ordeno en el nombre del Dios viviente que nos digas si eres el Cristo, el Hijo de Dios".

Jesús no tenía sino una respuesta que dar ahora, porque no podía negar la divinidad de su misión, aun a costa de la vida.

–"Tú lo has dicho" –respondió con calma.

Eso equivalía a decir: "Sí". Y entonces agregó:

–"Pero yo les digo a todos: De ahora en adelante verán ustedes al Hijo del hombre sentado a la derecha del Todopoderoso, y viniendo en las nubes del cielo".

En este instante, el sumo sacerdote rasgó su manto con furia.

–"¡Ha blasfemado! –exclamó el sumo sacerdote, rasgándose las vestiduras–. ¿Para qué necesitamos más testigos? ¡Miren, ustedes mismos han oído la blasfemia! ¿Qué piensan de esto?"

–"Merece la muerte –le contestaron".

Lo habrían matado allí mismo, si se hubieran atrevido. Pero no podían quitar la vida a nadie sin permiso del gobernador romano. De manera que lo enviaron, atado, a Pilato.

Mientras Jesús esperaba, los hombres lo escupieron y lo hirieron. Alguien le cubrió la cabeza con un manto, mientras la

multitud se burlaba, diciendo:

–"A ver, Cristo, ¡adivina quién te pegó!"

Entretanto, Pedro había pasado por un tiempo difícil en el atrio de los criados. Mientras se calentaba las manos en el fuego, una de las criadas le dijo:

–"¿No eres tú también uno de sus discípulos? Tú también estabas con ese nazareno, con Jesús".

–"No lo conozco –dijo Pedro–. Ni siquiera sé de qué estás hablando".

Cuando salió la sirvienta, un gallo cantó, pero Pedro estaba demasiado afligido para notarlo. Poco después, otro criado vino a él, y después de mirarlo de cerca dijo a los otros que estaban alrededor:

–"Éste estaba con Jesús de Nazaret". ¡Él es el que le cortó la oreja a Malco!

–¡No sé lo que dices! –gritó Pedro con un juramento.

Pero los otros no estaban satisfechos. Ellos dijeron:

–"Seguro que éste estaba con él; miren que es galileo". Su mismo hablar lo delata. Es uno de los suyos.

En ese instante, Pedro comenzó a maldecir y a jurar:

–"¡No, hombre, no lo soy! –contestó Pedro".

En el preciso momento en que el gallo cantaba por segunda vez, Pedro recordó lo que Jesús le había dicho: "Antes de que el gallo cante por segunda vez, me negarás tres veces".

Repentinamente, al mirar hacia arriba, se encontró con la mirada de Jesús, sus manos atadas, y las marcas del sufrimiento en su rostro. "El Señor se volvió y miró directamente a Pedro". Los ojos de ambos se encontraron. Pedro estaba todo quebrantado. Levantándose con vergüenza y con dolor, se apresuró a salir y "lloró amargamente".

← ILUSTRACIÓN DE MANNING DE V. LEE

Cuando Pedro, que se hallaba en el patio de la mansión del sumo sacerdote, negó conocer a su Maestro por tercera vez, Jesús le dirigió una compasiva mirada que quebrantó su corazón.

Condenado por enemigos

(Mateo 27:3-14; Lucas 23:1-22; Juan18:28-40)

NI bien Jesús fue condenado a muerte, Judas se arrepintió súbitamente por lo que había hecho. Deseaba nunca haber tomado esas 30 monedas de plata. Pensó en devolverlas. Quizá si les devolvía el dinero a los sacerdotes, ellos liberaran a Jesús.

Fue apresuradamente hasta su presencia, y habló:

–"He pecado –les dijo– porque he entregado sangre inocente.

–"¿Y eso a nosotros qué nos importa? –respondieron–. ¡Allá tú!"

Judas no significaba nada para ellos ahora. Él había hecho el trabajo que querían que hiciera. Y ahora estaban listos para hacerlo a un lado.

–¡Aquí está su dinero! –gritó Judas, lanzando las monedas delante de ellos.

Mientras las monedas de plata todavía rodaban por el piso de mármol, salió corriendo del palacio, por las calles desiertas y oscuras, hasta la puerta de la ciudad, tal vez la misma puerta por la que Jesús había de pasar ese mismo día. En algún lugar más allá de esa puerta, solo, avergonzado y aterrorizado, buscó un árbol y se colgó de él para ahorcarse.

Vale la pena recordar que Judas y Jesús murieron el mismo día.

Uno murió quitándose su propia vida, y otro a manos de sus enemigos. Uno murió como traidor, y otro como un héroe. Uno no ayudó a nadie con su muerte. Otro salvó a un mundo.

Mientras tanto, en el palacio, los sacerdotes miraron las 30 piezas de plata esparcidas en el piso y decidieron juntarlas. Pero estaban intrigados con respecto a lo que debían hacer con ellas. "La ley no permite echar esto al tesoro –dijeron–, porque es precio de sangre". De manera que llamaron a una reunión y decidieron usar ese dinero para comprar el campo de un alfarero, "para sepultar allí a los extranjeros". Todavía se llamaba "Campo de Sangre" cuando, años más tarde Mateo escribió su evangelio.

Mientras tanto, Jesús era empujado y arrastrado en medio de una muchedumbre vociferante, hasta la sede del gobernador romano. Todavía era temprano por la mañana cuando llegaron allí, y estoy seguro de que Pilato no estaba nada contento con ser molestado a esa hora. Debe haberse preguntado, además, por qué los sacerdotes no podían esperar a que su preso fuera juzgado a una hora adecuada.

En cuanto a Jesús, debe haber estado sumamente cansado. No había dormido desde el miércoles de noche, y ahora era viernes de

mañana. Hora tras hora había estado delante de sus atormentadores, siendo abofeteado, golpeado y escupido. Desde su arresto en el Getsemaní, no había comido ni descansado, ni recibido siquiera una palabra de consuelo de una sola persona amiga.

Sin embargo, no había pronunciado ninguna palabra de queja, ni contestado con ira a los que lo habían tratado en forma tan vergonzosa. "Como cordero, fue llevado al matadero; como oveja, enmudeció ante su trasquilador; y ni siquiera abrió su boca".*

A menudo, durante esa terrible noche, debe haber pensado en cuán desgraciada era esa gente. Él había tratado con tanta insistencia de ser amigo de ellos y de ayudarlos. A algunos los había sanado de varias enfermedades. ¡Y así era como le pagaban!

Debido a que era el día de la Pascua, los judíos no querían entrar en la sala de juicio de Pilato. Pensaron que se mancillarían, ¡como si no se hubieran manchado ya poniendo las manos sobre la sagrada persona del Hijo de Dios! De manera que estuvieron afuera, y Jesús entró solo con su guarda romano.

Pilato miró al preso y quedó sumamente sorprendido. Había esperado ver a un criminal violento, y no a un hombre tranquilo y digno como este. Debe haber algún error, pensó él, y salió para hablar con el jefe de los sacerdotes.

–"¿De qué delito acusan a este hombre?

–"Si no fuera un malhechor –respondieron–, no te lo habríamos entregado.

–"Pues llévenselo ustedes y júzguenlo según su propia ley –les dijo Pilato.

–"Nosotros no tenemos ninguna autoridad para ejecutar a nadie –objetaron los judíos".

¡Dar muerte! ¿Por qué querían ellos dar muerte a este hombre?

Alguien gritó:

–"Hemos descubierto a este hombre agitando a nuestra nación".

Otro gritó:

–"Se opone al pago de impuestos al emperador y afirma que él es el Cristo, un rey".

Pronto, muchos estaban gritando toda clase de acusaciones. Pilato regresó para hablar con Jesús.

–"¿No oyes lo que declaran contra ti? –le dijo Pilato.

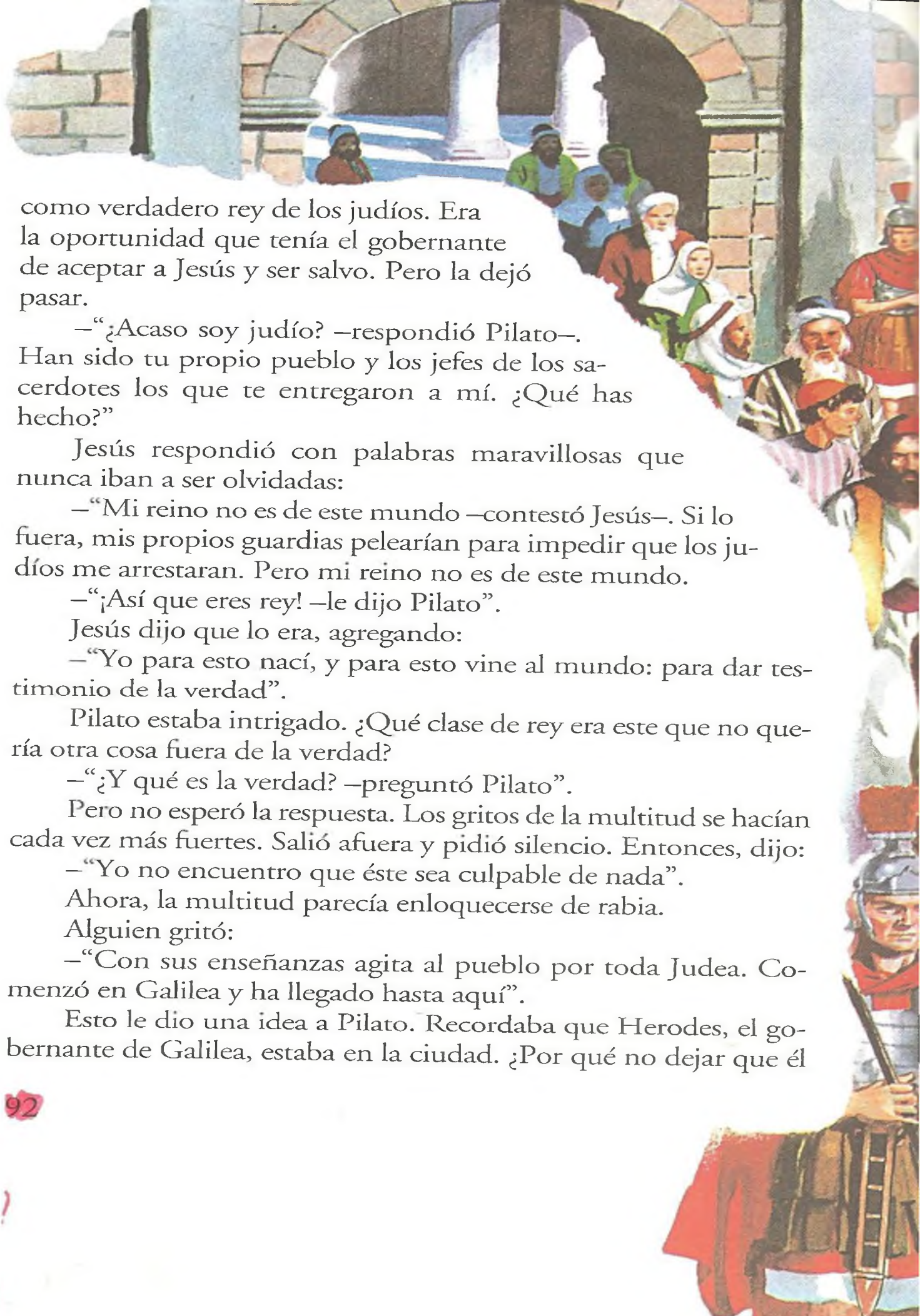
"Pero Jesús no respondió ni a una sola acusación, por lo que el gobernador se llenó de asombro".

Pilato nunca había visto a alguien comportarse como él. La mayor parte de los presos negaba todos los cargos con enojo. Pero este se negó a defenderse. ¿Era culpable o inocente?

–"¿Eres tú el rey de los judíos? –le preguntó.

–"¿Eso lo dices tú –le respondió Jesús–, o es que otros te han hablado de mí?"

Jesús quería descubrir si Pilato estaba realmente interesado en él



como verdadero rey de los judíos. Era la oportunidad que tenía el gobernante de aceptar a Jesús y ser salvo. Pero la dejó pasar.

—"¿Acaso soy judío? —respondió Pilato—. Han sido tu propio pueblo y los jefes de los sacerdotes los que te entregaron a mí. ¿Qué has hecho?"

Jesús respondió con palabras maravillosas que nunca iban a ser olvidadas:

—"Mi reino no es de este mundo —contestó Jesús—. Si lo fuera, mis propios guardias pelearían para impedir que los judíos me arrestaran. Pero mi reino no es de este mundo.

—"¡Así que eres rey! —le dijo Pilato".

Jesús dijo que lo era, agregando:

—"Yo para esto nací, y para esto vine al mundo: para dar testimonio de la verdad".

Pilato estaba intrigado. ¿Qué clase de rey era este que no quería otra cosa fuera de la verdad?

—"¿Y qué es la verdad? —preguntó Pilato".

Pero no esperó la respuesta. Los gritos de la multitud se hacían cada vez más fuertes. Salió afuera y pidió silencio. Entonces, dijo:

—"Yo no encuentro que éste sea culpable de nada".

Ahora, la multitud parecía enloquecerse de rabia.

Alguien gritó:

—"Con sus enseñanzas agita al pueblo por toda Judea. Comenzó en Galilea y ha llegado hasta aquí".

Esto le dio una idea a Pilato. Recordaba que Herodes, el gobernante de Galilea, estaba en la ciudad. ¿Por qué no dejar que él

decidiera este caso?

De manera que envió a Jesús, bajo el cuidado de un guarda romano, a la casa donde paraba Herodes. La muchedumbre lo siguió, vociferando insultos.

Herodes estaba contento de ver a Jesús, después de haber oído muchas historias con respecto a él. Una vez, estuvo afligido, pensando que Jesús podía ser Juan el Bautista, resucitado de los muertos; pero hacía tiempo ya que había dejado de preocuparse por esto. Tenía la esperanza de que el famoso sanador realizara un milagro delante de él. Pero Jesús no lo hizo. Él no era un mago común; ni estaba él allí simplemente para divertir al hombre que había asesinado a su primo.

Mientras tanto "allí estaban también los jefes de los sacerdotes y los maestros de la ley, acusándolo con vehemencia".

Todavía Jesús guardaba silencio. Por falsos y malvados que fueran las acusaciones, no iban a lograr enojarlo. Herodes no supo qué hacer con el extraño preso que estaba allí con calma, mirándolo con ojos tristes y acusadores. De repente, en un arranque de locura, hizo que sus soldados se burlaran de Jesús y lo castigaran físicamente. Como última burla cruel, hizo poner un manto

costoso sobre él. Y lo mandó de regreso a Pilato.

Ahora había otra procesión por las calles, con más burlas y gritos de odio. Jesús debió haberse preguntado por cuánto más tiempo podía soportar todo aquello. Entonces, recordó que la hora del sacrificio del cordero pascual estaba cerca.

Ya no faltaba mucho.

A Pilato no le agradó cuando Jesús fue traído de regreso. Él mismo debía ahora decidir este asunto.

Saliendo a ver a la multitud vociferante que estaba ante la sala de juicio, les dijo que había interrogado al preso, pero que no había encontrado en él culpa alguna. Lo mismo le había ocurrido a Herodes.

–"Como pueden ver, no ha cometido ningún delito que merezca la muerte –dijo él–, así que le daré una paliza y después lo soltaré".

–¡No! –gritaron con más furia–. "¡Llévate a ése! ¡Suéltanos a Barrabás!"

–"¿Y qué voy a hacer con Jesús, al que llaman Cristo?" –preguntó Pilato.

–"¡Crucifícalo! –respondieron todos.

–"¿Por qué? ¿Qué crimen ha cometido?"

–"¡Crucifícalo! ¡Crucifícalo!" –era su única respuesta.

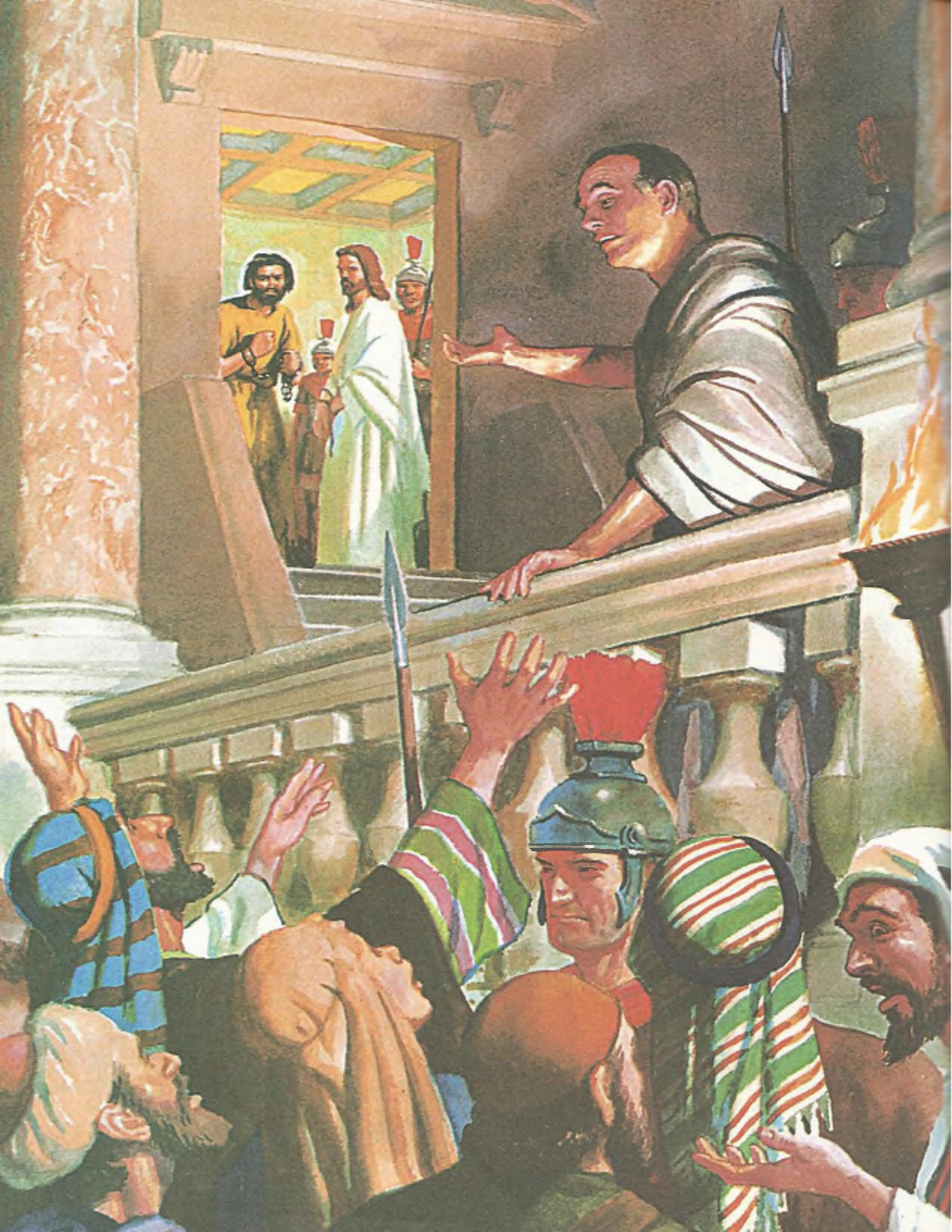
* Isaías 53:7.

TERCERA PARTE

Historias del

Rey del Sufrimiento

(Mateo 27:20-66; Marcos 15:21-47;
Lucas 23:18-56; Juan 19:1-42)



Rechazado por un ladrón

(Mateo 27:15-26)

¿QUIÉN era este Barrabás a quien la multitud le pidió a Pilato que liberara?

La Biblia dice que era un asesino, y que había estado involucrado en "una insurrección en la ciudad". Tenía malos antecedentes, pero un nombre interesante.

No era un nombre común, a diferencia de David o Pedro, Juan o Esteban. Quería decir "hijo de padre", pues *Bar* significa "hijo" y *abba* significa "padre". Era extraño que una madre pusiera este nombre a su hijo, y sin embargo tenía un gran significado, tal como se dieron las cosas.

Me imagino que, como muchacho, Barrabás siempre estaba en problemas de una clase o de otra. Bien puede haber sido el dirigente de la pandilla de todos los muchachos malos de la aldea donde vivía.

Debe haber nacido más o menos al mismo tiempo que Juan el Bautista, pero no sabemos si se encontró alguna vez con el gran predicador. Puede haberse mezclado con las multitudes a orillas del Jordán y haber oído a Juan decir: "Produzcan frutos que de-

← ILUSTRACIÓN DE MANNING DE V. LEE

Luego de haber perdido toda noción de justicia, la enloquecida multitud exigió que Pilato liberara a Barrabás, el asesino, y entregara a Jesucristo, que era claramente inocente, para crucificarlo.

muestren arrepentimiento". Alguna vez en Palestina, además, puede haber escuchado la bondadosa invitación de Jesús cuando dijo: "Vengan a mí todos ustedes que están cansados y agobiados, y yo les daré descanso".

Pero si Barrabás oyó alguna vez estas palabras, no les prestó atención. Se apartó de Dios y de toda religión. Su corazón llegó a ser duro y cruel. Con un grupo de hombres mundanos como él, dirigió un asalto y cometió asesinato. Por esta razón, fue echado en la cárcel.

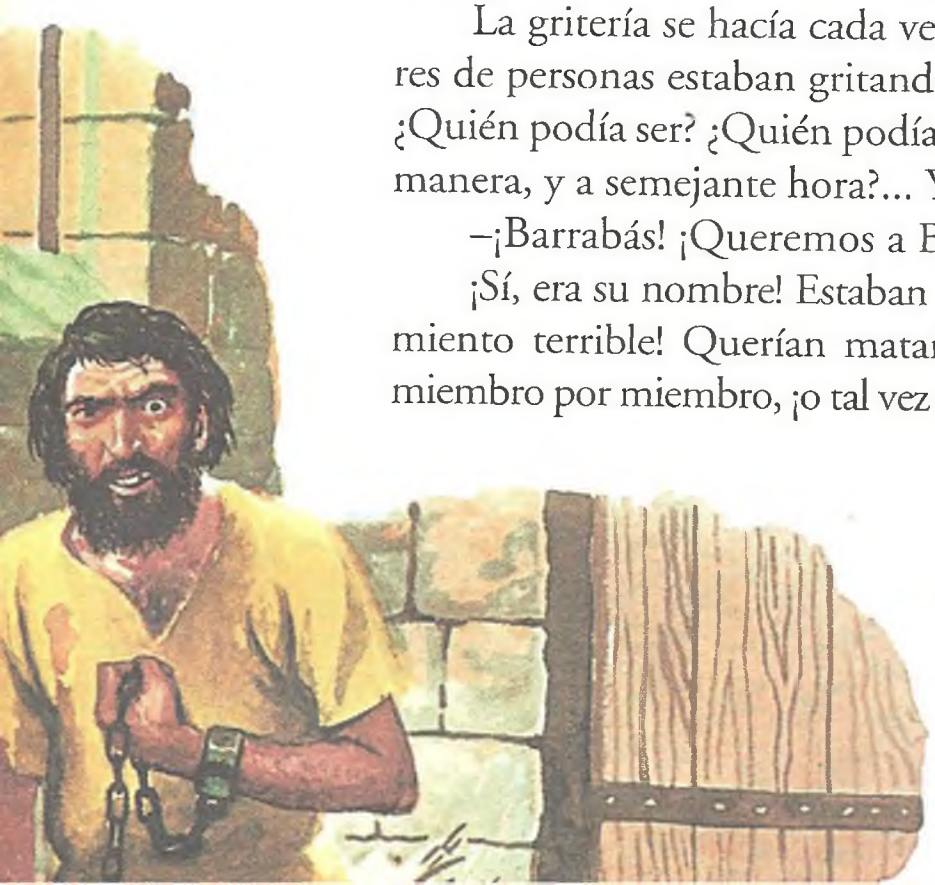
¡Cuán entristecida debe haber estado su madre cuando supo lo que había acontecido! ¡Y cuán afligido estaba Barrabás, mientras permanecía en la cárcel, esperando su castigo! Condenado a muerte por crucifixión, como estaba, difícilmente podía dormir por el terror que el pensamiento despertaba en él. Pasaban los días –muy largos– y las noches, aún más largas. Al fin, oyó a los carpinteros trabajar en el patio para preparar la cruz, y supo que el momento terrible estaba muy cercano.

Una mañana –muy temprano– fue despertado por una gran conmoción que ocurría fuera de la cárcel. Por la ventana de su celda, llegaban los ecos de voces agudas y airadas.

La gritería se hacía cada vez mayor. Parecía como que millares de personas estaban gritando para exigir venganza de alguien. ¿Quién podía ser? ¿Quién podía conmover a toda la ciudad de esta manera, y a semejante hora?... Y ahora, ¿qué era eso?

–¡Barrabás! ¡Queremos a Barrabás!

¡Sí, era su nombre! Estaban gritando su nombre. ¡Qué pensamiento terrible! Querían matarlo, tal vez descuartizarlo, miembro por miembro, ¡o tal vez querían crucificarlo!



Repentinamente, oyó el ruido de llaves. ¡El carcelero! Tal vez él había venido para tomarlo y entregarlo a la enardecida multitud. La puerta de la celda crujió mientras la abrían. Los soldados entraron y lo obligaron a levantarse para acompañarlos. Obedeció temblando. Por la húmeda escalera, por los corredores de piedra, marchaban el guardia y su preso. ¿Adónde podrían estar llevándolo? En realidad, estaban entrando en el palacio del gobernador, ¡y Barrabás se vio frente a frente nada menos que con Poncio Pilato mismo! ¡Y allí, al otro lado, estaba la turba enojada todavía vociferando:

–¡Barrabás, libera a Barrabás!

En ese momento, sus ojos descansaron sobre Alguien que también estaba allí: una figura triste y solitaria, de pie junto a Pilato.

"Me parece haber visto antes a este hombre –pensó–. ¡Oh, si es Jesús de Nazaret! Es el famoso Maestro a quien todo el pueblo ama. ¿Qué está haciendo aquí? Con seguridad que no ha cometido ningún crimen".

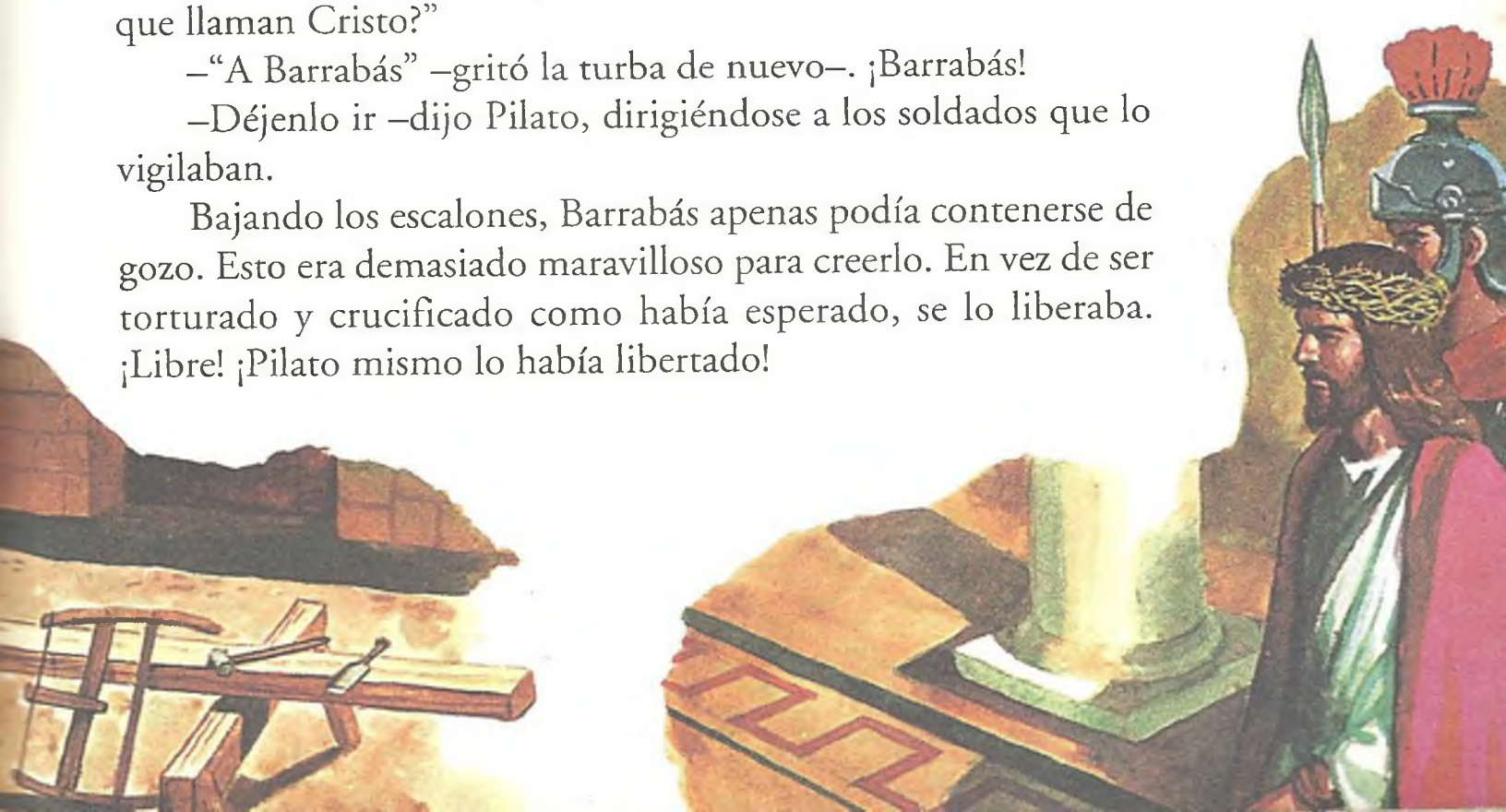
Entonces, Pilato habló a la turba.

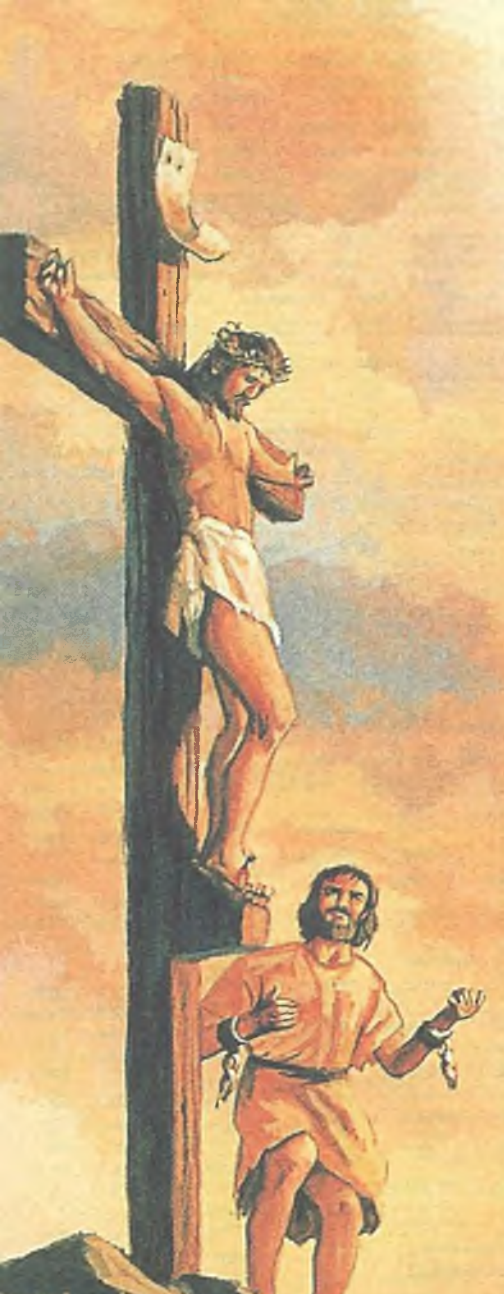
–"¿A quién quieren que les suelte: a Barrabás o a Jesús, al que llaman Cristo?"

–"A Barrabás" –gritó la turba de nuevo–. ¡Barrabás!

–Déjenlo ir –dijo Pilato, dirigiéndose a los soldados que lo vigilaban.

Bajando los escalones, Barrabás apenas podía contenerse de gozo. Esto era demasiado maravilloso para creerlo. En vez de ser torturado y crucificado como había esperado, se lo liberaba. ¡Libre! ¡Pilato mismo lo había libertado!

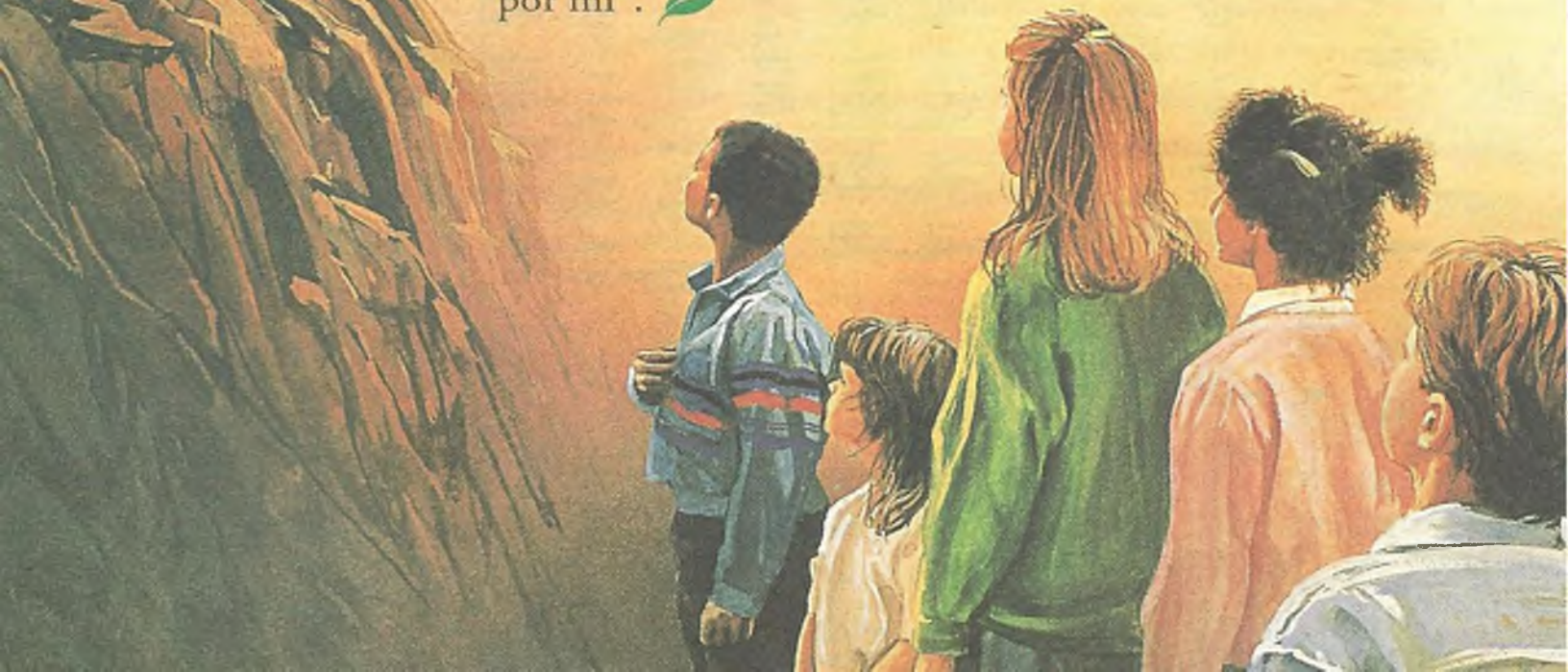




No tenemos idea de lo que pasó después con Barrabás. En lo que a la historia bíblica atañe, se perdió entre la multitud de aquel día terrible. Tal vez –¿quién lo sabe?– su malvado corazón fue tocado al darse cuenta de que Jesús ocupaba su lugar y llevaba su cruz.

¿Alguna vez te has detenido a pensar que Jesús llevó la cruz de un hombre llamado Barrabás? Tratándose solamente de un "hijo de padre", representa a cada muchacho y a cada niña que haya vivido alguna vez, no importa cuán malo haya sido. Si el nombre de ese hombre hubiera sido Juan o Pedro, Esteban o David, alguien podría pensar que Jesús llevó la cruz por una persona en particular. Entonces, hubiera sido posible que algunas personas necesitadas se hubieran sentido abandonadas. Pero en la providencia de Dios, la persona cuyo lugar tomó Jesús, cuya cruz llevó el día de su crucifixión, era precisamente Barrabás, un "hijo de padre".

Desde ese momento en adelante, todos podían sentirse incluidos en el glorioso plan de salvación que Jesús consumaba. Hoy, casi 2.000 años más tarde, cada hijo e hija de Adán, cada muchacho y cada niña de todas las naciones bajo el cielo, pueden decir con confianza: "Él murió por mí".



Ayudado por un africano

(Mateo 27:19-32; Marcos 15:15-22; Lucas 23:20-26; Juan 19:1-16)

MIENTRAS Pilato estaba juzgando en su sillón oficial, se le acercó un sirviente, que se inclinó y le entregó un mensaje. Al abrir la nota, Pilato se sorprendió al saber que era su propia esposa quien se lo mandaba. Decía: "No te metas con ese justo, pues por causa de él, hoy he sufrido mucho en un sueño".

Es probable que esta mujer haya sido una discípula que seguía en secreto a Jesús, de los muchos que había en Jerusalén. Por lo menos ella estaba segura de que Cristo era un buen hombre que no merecía ser castigado.

La Biblia no nos dice exactamente cuál fue su sueño, pero pudo haber sido la historia de un hombre crucificado que volvía de la tumba para convertirse en el rey del mundo entero. Cualquiera que haya sido el sueño, quedó tan horrorizada, que no pudo descansar hasta que no hubo urgido a su esposo a dejar ir al Señor.

Pilato tendría que haberle prestado atención a esa advertencia, pero no lo hizo. Temía la ira de los sacerdotes y los gober-

nantes judíos, y el informe que ellos podrían mandar al emperador romano.

Por entonces, él estaba seguro de que Jesús era inocente, y debió haberlo puesto en libertad allí mismo. En cambio, lo entregó a los soldados para que lo azotaran. Tal vez pensó que esto calmaría a la multitud y haría que desistieran de su exigencia de muerte.

Los azotes eran un castigo terrible. Se los administraba con un látigo que era descargado con gran fuerza sobre la espalda desnuda del preso. ¡Pobre Jesús! ¡Cómo debe haber sufrido mientras un latigazo tras otro caía sobre él! Pero no eran solamente los azotes los que le dolían tanto, sino el pensamiento de que los hombres podían llegar a ser tan crueles e injustos.

Pronto, su piel estaba hecha tiras y la sangre fluía y corría por sus piernas. Pero ni siquiera esto satisfizo a las bestias que lo estaban torturando. Algunos tejieron una corona de trozos de ramas espinosas y la clavaron en la cabeza de Jesús. Las agudas espinas abrieron más heridas, y pronto brotaba sangre que le corría por el cuello y las mejillas.

Después de haber hecho lo peor que podían, los soldados echaron encima del preso sangrante un manto de púrpura. En la

sala del tribunal, Pilato se volvió a la multitud y gritó:

–"¡Aquí tienen al hombre!"

–"¡Crucifícalo! ¡Crucifícalo!" –gritaron en respuesta.

–"¿Acaso voy a crucificar a su rey? –replicó Pilato.

–"No tenemos más rey que el emperador romano –contestaron los jefes de los sacerdotes. Si dejas en libertad a este hombre, no eres amigo del emperador".

Con esto, Pilato cedió. Pidiendo una vasija de agua, se lavó las manos, diciendo:

–"Soy inocente de la sangre de este hombre –dijo–. ¡Allá ustedes!"

Pero él no era inocente, y ninguna clase de agua podía lavar su culpa. Él podía haber salvado a Jesús, pero no lo hizo. Ahora, dio la orden de que Jesús fuera crucificado, y "los soldados llevaron a Jesús".

–"¡Salve, rey de los judíos!" –le gritaban en forma burlona, mientras le quitaban el manto de púrpura y le colocaban sus propias ropas.

Pero él no hizo caso de ello. Medio muerto de cansancio, dolor y pérdida de sangre, a Jesús se le ordenó ahora que cargara la gran cruz. Pero era demasiado para él. Tambaleó bajo su peso.

Seguros de que el preso nunca podría llevar una carga semejante hasta el lugar de la crucifixión, los soldados romanos no supieron qué hacer. Mirando alrededor a la gente que se había reunido para ver la procesión, escogieron a un hombre que parecía fuerte y lo obligaron a llevarla. Resultó ser Simón de Cirene, una ciudad de la costa norte del África. Acababa de llegar a Jerusalén para hacer una visita, y ahora descubría que le ordenaban llevar la cruz de un criminal.

Al comienzo, probablemente se sintió muy fastidiado de que se le pidiera que hiciera un trabajo tan servil; pero años después, ¡cuán contento debe haberse sentido de que él, un africano, hubiera sido escogido para un honor tan alto!

Algún día, a ti y a mí se nos pedirá que llevemos una cruz en favor de Jesús. Puede ser pesada o liviana. Pero lo importante es que la llevemos con alegría. Cuando nos encontremos con Jesús en su reino, estaremos muy contentos de todo lo que hayamos hecho por él, aun por los trabajos o actos más sencillos.

Clavado en la cruz

(Lucas 23:27-34)

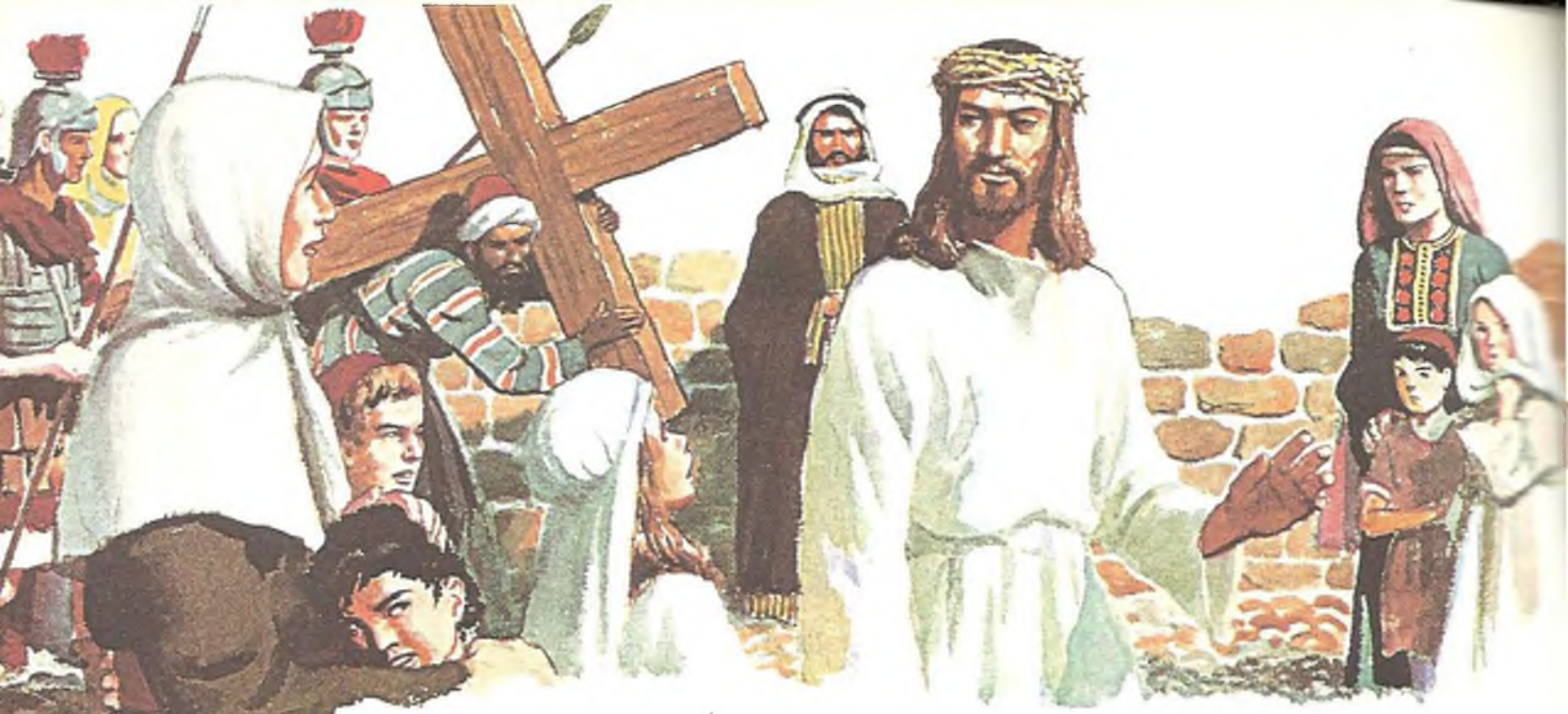
LA procesión nuevamente se puso en movimiento. Jesús camina apenas adelante de Simón de Cirene, que está cargando la cruz. El Rey del sufrimiento se ve pálido y agotado, pero muy valiente. Su cabeza sangra por la gran cantidad de heridas, pero no se inclina de autocompasión ni luce desanimado.

Los soldados romanos, con sus brillantes armaduras y lanzas en sus manos, marchan a cada lado. Lo siguen cientos de amigos y enemigos, "mucha gente del pueblo, incluso mujeres", de los que muchos lloraban piadosamente y sollozaban en voz alta.

A esta altura, ya se había corrido la voz por toda Jerusalén de que Jesús de Nazaret, el amado Maestro de Galilea, había sido arrestado y condenado a muerte.

La ciudad entera fue conmovida. La gente apenas podía creer lo que oía. "¡Qué vergüenza –alguien exclamaba–. ¡Cómo pueden hacer semejante cosa con un hombre tan bueno!"

Más y más personas comenzaron a dirigirse hacia el camino que sabían que debía recorrer Jesús. Las miles de personas que se



han reunido para la Pascua comienzan a moverse en la misma dirección. Pronto, las calles están atestadas de hombres, mujeres y niños, todos ávidos de mirar por última vez a este Personaje extraño y maravilloso, ahora condenado a morir.

¡Y ahí está él! Dijo que era un rey y tiene todo el aspecto de rey, aunque su corona está hecha de espinas. ¡Mírenlo! Está tratando de esbozar una sonrisa por entre las heridas y contusiones de su rostro. Ahora está agitando la mano a algunos niños y niñas que están al costado del camino, mientras ellos hacen un esfuerzo por no llorar. Estaban con él en el templo hace solo un día o dos cantando: "¡Hosanna al Hijo de David!"

Él sabe cuán difícil es para ellos comprender por qué permite que lo crucifiquen. Todo lo que él puede hacer ahora es dejar que ellos vean que el Hijo de David no es un cobarde. Él puede aceptar lo peor que sus enemigos quieran hacer con él sin vacilar.

¿No dijo, el último jueves de noche: "En este mundo afrontarán aflicciones, pero ¡anímense! Yo he vencido al mundo"? Ahora está demostrando que esto es cierto. Puedes verlo en su rostro. Marcha a la muerte como conquistador.

Ahora, la procesión se ha detenido; y también los soldados. Jesús está hablando con calma a un grupo de mujeres que lloraban.

–"Hijas de Jerusalén –les está diciendo–, no lloren por mí; lloren más bien por ustedes y por sus hijos".

Bondadosamente, les advierte acerca de las cosas terribles que han de sobrevenir a su ciudad como castigo por todos sus pecados. Habla solo unas pocas palabras, ¡pero cuán alentadoras son! Ellas reflejan el valor que hay en su corazón, y la seguridad de que su causa finalmente triunfaría. ¡Qué hombre era Jesús! ¡Qué Dios!

La procesión pasa por las puertas de la ciudad y comienza a ascender el sendero áspero y pedregoso hacia el Calvario, "lugar de la Calavera", donde durante siglos habían sido sacrificados los peores criminales por medio de la terrible tortura de la crucifixión.

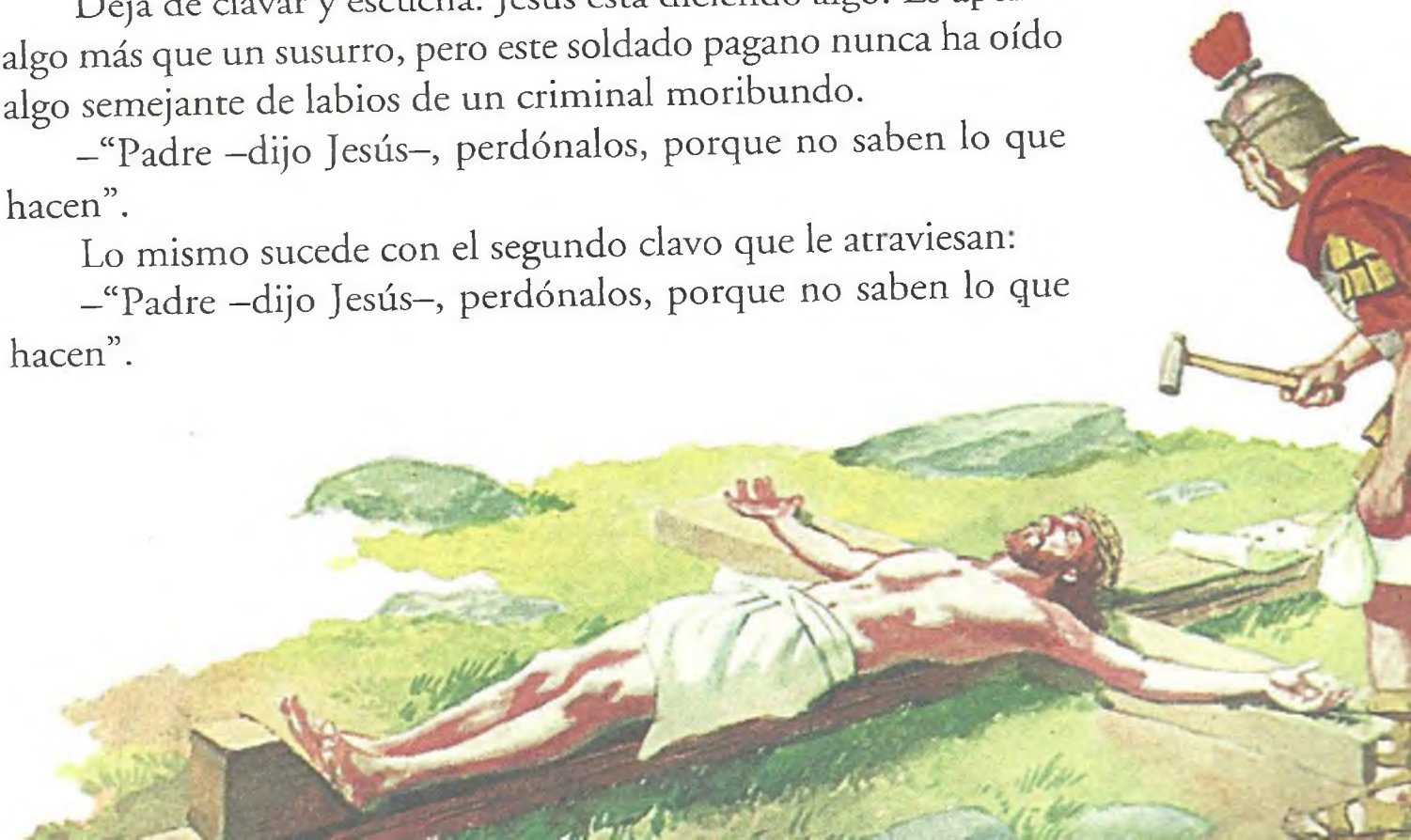
Los soldados están ahora desvistiendo a Jesús, y despojándolo de su manto para ponerlo a un lado. Con mansedumbre, se acuesta sobre la cruz y extiende sus brazos. Un soldado viene con un martillo y un paquete de clavos. Toma una de las manos que tan a menudo se habían extendido sobre los enfermos para sanar. Al comenzar a clavarla sobre la cruz, mira a Jesús, preguntándose por que no lanza ningún grito de dolor.

Deja de clavar y escucha. Jesús está diciendo algo. Es apenas algo más que un susurro, pero este soldado pagano nunca ha oído algo semejante de labios de un criminal moribundo.

–"Padre –dijo Jesús–, perdónalos, porque no saben lo que hacen".

Lo mismo sucede con el segundo clavo que le atraviesan:

–"Padre –dijo Jesús–, perdónalos, porque no saben lo que hacen".



Incluso cuando los soldados le están atravesando los pies con los clavos, no se oye una palabra de queja. No pronuncia ninguna maldición ni queja, ningún grito de venganza. Nada, sino el mismo tierno susurro:

–"Padre –dijo Jesús–, perdónalos, porque no saben lo que hacen".

Las palabras griegas originales sugieran que Jesús no solamente dijo esto una sola vez, sino que continuó diciéndolo, repetidamente, de manera que llegó a ser uno de los grandes mensajes de la cruz: "¡Perdona!" "¡Perdona!" "¡Perdona!"

¡Cuán maravilloso sería si tú y yo tuviéramos este mismo hermoso espíritu en nuestros corazones cuando las cosas van mal y cuando la gente nos critica y nos perjudica! La próxima vez que pienses que alguien en el hogar o en la escuela ha sido duro contigo, trata de decir, como dijo Jesús: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen". Al perdonar conseguirás dos cosas: mantendrás en paz tu corazón y ganarás la amistad de tu enemigo.

Ahora, los soldados están levantando la cruz con su preciosa carga. Debe haber cuatro o cinco hombres realizando la tarea. La acercan a un foso cavado en la tierra y la introducen en él. El sacudón que sienten los brazos extendidos del Salvador debe ser terrible. Todavía Jesús no dice otra cosa que: "Padre, perdónalos".

Nota el letrero que hay sobre su cabeza. Pilato ordenó que se lo colocara. Reza, en hebreo, griego y latín: "Jesús de Nazaret, Rey de los judíos". Los sacerdotes le pidieron que cambiara el texto colocando: "Era él quien decía ser rey de los judíos", pero Pilato no lo quiso hacer.

–"Lo que he escrito, escrito queda" –dijo él.

Así, aconteció que el mismo gobernador romano que envió a Jesús a la muerte expresó ante todo el mundo que él era en realidad el Salvador.

Lentamente, con gran agonía, Jesús se está muriendo. La multitud se acerca para presenciar el fin. "La gente, por su parte, se quedó allí observando". Los soldados vigilan mientras echan suerte sobre sus vestidos. Los sacerdotes observan mientras se regocijan sobre la victoria que creen haber ganado. Las mujeres que lo seguían lo observan, llorosas. Las personas a quienes una vez sanó de diversas enfermedades están allí con las cabezas gachas y los corazones doloridos.

Los niños también se hallan en la escena. Hay un par de ellos al lado de sus padres que miran la cruz. Lágrimas corren por sus mejillas. Mezclados en la multitud, hay otros muchachos y niñas que anhelan con todo su corazón poder hacer algo para ayudarlo.

–¡Pobre Jesús –puedo oírlos decir–. ¡Era tan bueno con nosotros! Nos contaba historias tan hermosas. ¿Por qué, oh, por qué tuvo él que morir de esta manera?

Nadie contesta. Nadie parece saber.

Pero hay una respuesta.

"Murió para que pudiéramos tener perdón,
murió para hacernos buenos,
para que podamos ir por fin al cielo,
salvados pro su sangre preciosa".

ILUSTRACIÓN DE HARRY ANDERSON

La promesa hecha a un ladrón

(Lucas 23:39-43)

TRES cruces en total fueron levantadas en el Calvario ese día horrible. Dos ladrones fueron crucificados junto a Jesús, uno a su derecha y otro a su izquierda. No sabemos muy bien quiénes eran, de dónde venían o dónde habían nacido. La Biblia ni siquiera menciona sus nombres. Solo eran dos pobres y miserables hombres que sufrían e iban a morir junto al Hijo de Dios

¿Qué edad tenían? Tampoco lo sabemos. Es probable que no fueran mayores que Jesús, y él tenía solo 33 años. Pueden haber sido mucho más jóvenes.

En aquellos días, estos delincuentes fueron crucificados. Muy diferentes son los tiempos en que vivimos, gracias al Hombre de la cruz del centro.

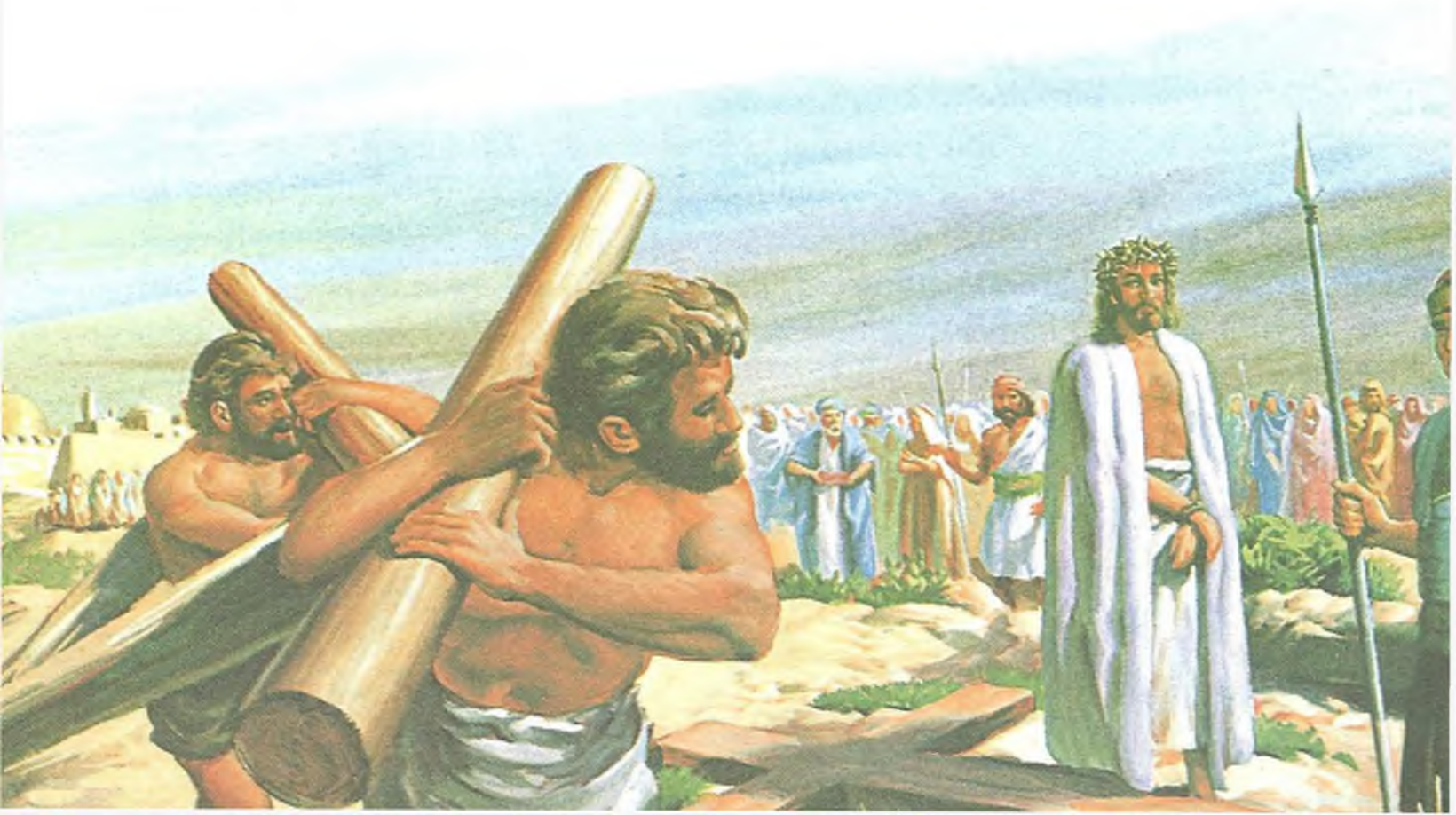
Me gusta pensar en esos dos ladrones como dos muchachos que se descarriaron, muchachos cuyas madres los amaban y tenían grandes esperanzas para ellos, y estaban sumamente afligidas cuando los hijos comenzaron a mentir y robar.

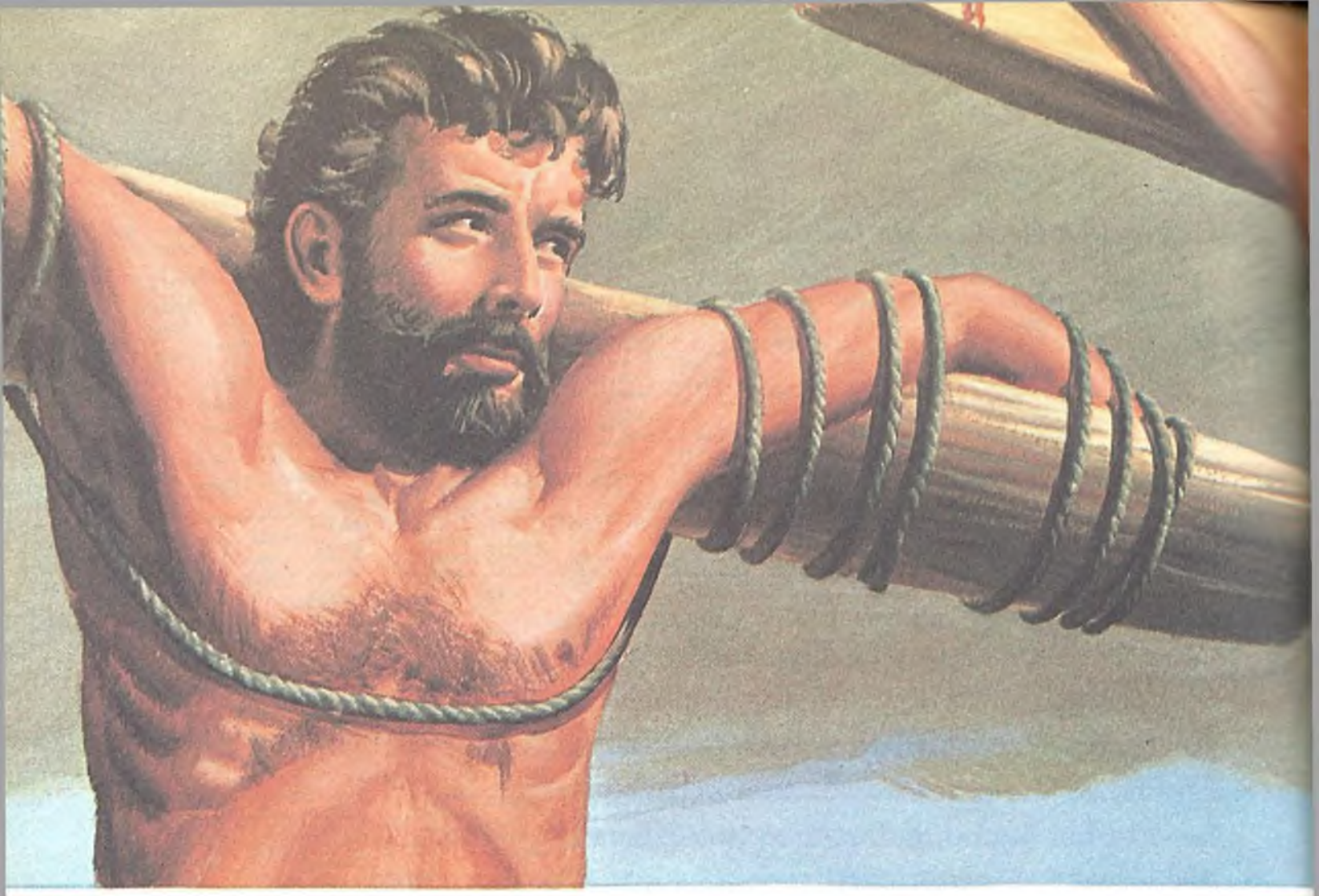
Debe haber habido un momento en la vida de ambos en que

abandonaron el sendero de la bondad y comenzaron a deslizarse por el camino que los condujo a la deshonra y a la muerte. Eso puede haber ocurrido cuando se juntaron con malos amigos, o cuando fueron tentados por primera vez a robar. Pero sea como fuere, esa palabra, ese hecho, ese mal pensamiento, fue el comienzo de su mala conducta y de todos sus dolores. Paso a paso –tal vez en forma muy lenta al comienzo– fueron metiéndose más y más en el pecado.

Aunque criados indudablemente como creyentes en los Diez Mandamientos, los olvidaron por completo. Sabían muy bien lo que Dios había dicho: "No robes"; pero robaban cuando podían. Entonces, vino el arresto y la sentencia de muerte.

Por fin, llego el momento terrible. Llevando sus propias cruces, los presos fueron conducidos al lugar de la ejecución. Tal vez se sorprendieron de ver otra cruz levantada entre las de ellos. Y con seguridad que se asombraron cuando vieron quién era el crucificado que estaba allí. Conocían bien a Jesús. Habían oído hablar mucho de él. Ahora, en su tremenda agonía, lo miraban, haciéndose preguntas.





Desnudo, con sus manos y sus pies clavados a las vigas de madera, con su rostro demacrado, mientras la sangre todavía le corría por la frente desde la corona de espinas, Jesús no parecía alguien que pudiera ayudarlos. Sin embargo, había majestad en su porte, aun en la cruz.

Entonces, "uno de los criminales allí colgados empezó a insultarlo:

–"¿No eres tú el Cristo? ¡Sálvate a ti mismo y a nosotros!"

Ese no era ningún pedido de ayuda. Era una burla, y muy dura en un momento semejante. Este ladrón no tenía fe en que el Hombre de la cruz del centro fuera el Hijo de Dios. Estaba solamente burlándose de él, repitiendo las palabras de los sacerdotes burlones que había abajo.

Pero entonces, algo hermoso ocurrió. Un hecho alentador, que iluminó la terrible oscuridad y miseria de esa escena de la crucifixión. Volviéndose al primer ladrón, el segundo lo reprendió, diciendo:

–"¿Ni siquiera temor de Dios tienes, aunque sufres la misma condena? En nuestro caso, el castigo es justo, pues sufrimos lo que merecen nuestros delitos; éste, en cambio, no ha hecho nada malo".

Jesús debe haberse emocionado mucho al oír estas palabras y saber que todavía tenía un defensor. La mayor parte de los discípulos lo habían abandonado y habían huido. A pesar de todo lo que había hecho por las multitudes, sanando enfermos y levantando muertos, parecía entonces no tener ya un solo amigo.

Día tras día, noche tras noche, había volcado su amor por los necesitados y los dolientes, pero ahora todas sus labores parecían haber sido en vano. Nadie lo amaba. Nadie, excepto, ¡oh maravilla de maravillas!, este ladrón moribundo. Aunque agobiado por el dolor, este pobre pecador no quería permitir que se dijera acerca de Jesús una palabra injusta y dura. Estaba dispuesto a admitir sus propios pecados, pero no permitiría que alguien acusara al inocente Maestro de Galilea.

Entonces fue cuando el ladrón arrepentido le dijo a Jesús:

–"Jesús, acuérdate de mí cuando vengas en tu reino".

De nuevo, el corazón de Jesús fue profundamente conmovido. Este pobre malhechor no solamente creía que Cristo era inocente; creía que era un rey, y que después de esta terrible muerte en la cruz tendría un reino y una vida eterna. En su manera sencilla, el ladrón tenía más fe verdadera en Jesús y su misión que todos sus discípulos juntos.

Si alguna vez hubo un hombre verdaderamente entristecido por sus pecados, y que anhelaba con sinceridad ser un hijo de Dios, fue este pobre malhechor moribundo. Con seguridad nadie fue alguna vez más merecedor de un lugar en el reino del Señor. No es de admirar que Jesús le dijera:

–"Te aseguro que... estarás conmigo en el paraíso".

Esta promesa hecha al malhechor arrepentido es una de las más preciosas de toda la Biblia. En otras palabras, Jesús dijo: "Hoy, este día, el más oscuro de todos, cuando mi causa parece perdida, cuando la mayor parte de mis amigos me han abandonado y mis enemigos me han crucificado, hoy te digo: La victoria es mía, y tú participarás de ella. El futuro es mío, y tú tendrás

parte en él conmigo".

Jesús no le dijo al pobre malhechor, como algunos piensan, que él estaría en el paraíso ese mismo día. No podía haber querido decir semejante cosa, porque él no fue al paraíso ese mismo día. Tres días más tarde, después de su resurrección, le dijo a María: "Todavía no he vuelto al Padre". No, cuando Jesús expresó aquella preciosa promesa al ladrón moribundo, estaba mirando al futuro, al día de su triunfo final, cuando todos los que lo aman y son fieles a él se verán reunidos en su reino.

"Jesús, acuérdate de mí", dijo el malhechor moribundo. Pero ¿se acordará Jesús? ¡claro que sí! Aunque pasen mil millones de años, Jesús no querrá ni podrá olvidar a este hombre que estaba a su lado aquel día oscuro y amargo. Si hay una persona que está absolutamente segura de un lugar en el paraíso, es el ladrón convertido que, en su momento de agonía, se volvió a Jesús con todo su corazón, llegando por medio de la fe hasta la cruz del Maestro, y ganando el cielo.

"¡Adiós, mamá!"

(Juan 19:25-27)

ES poco más de mediodía. Una extraña oscuridad se está apoderando del paisaje, volviéndose más y más negro, como si la luz del mundo se estuviera apagando.

La gente queda aterrorizada. Algunos se van a su casa. Los que se quedan, se amontonan entre sí, forzando la mirada para ver las cruces del monte. Gran parte de los ruidos han cesado, y hay un silencio abrumador.

Al comienzo, inmediatamente después que la cruz de Jesús fue levantada, los sacerdotes y gobernantes habían mirado al Señor y se habían burlado diciendo:

–"Salvó a otros; que se salve a sí mismo, si es el Cristo de Dios, el Escogido".

Otros, habían pasado meneando la cabeza y diciendo:

–"¡Eh! Tú que destruyes el templo y en tres días lo reconstruyes –decían–, ¡baja de la cruz y sálvate a ti mismo!"

Sarcásticamente, los jefes de los sacerdotes habían dicho:

–"Que baje ahora de la cruz ese Cristo, el rey de Israel, para que veamos y creamos".

Jesús no había contestado. Ni había descendido de la cruz.

Aunque lo hubiera hecho, no habrían creído en él. Todavía habrían encontrado excusas para no aceptarlo, y con toda seguridad lo hubieran crucificado de nuevo.

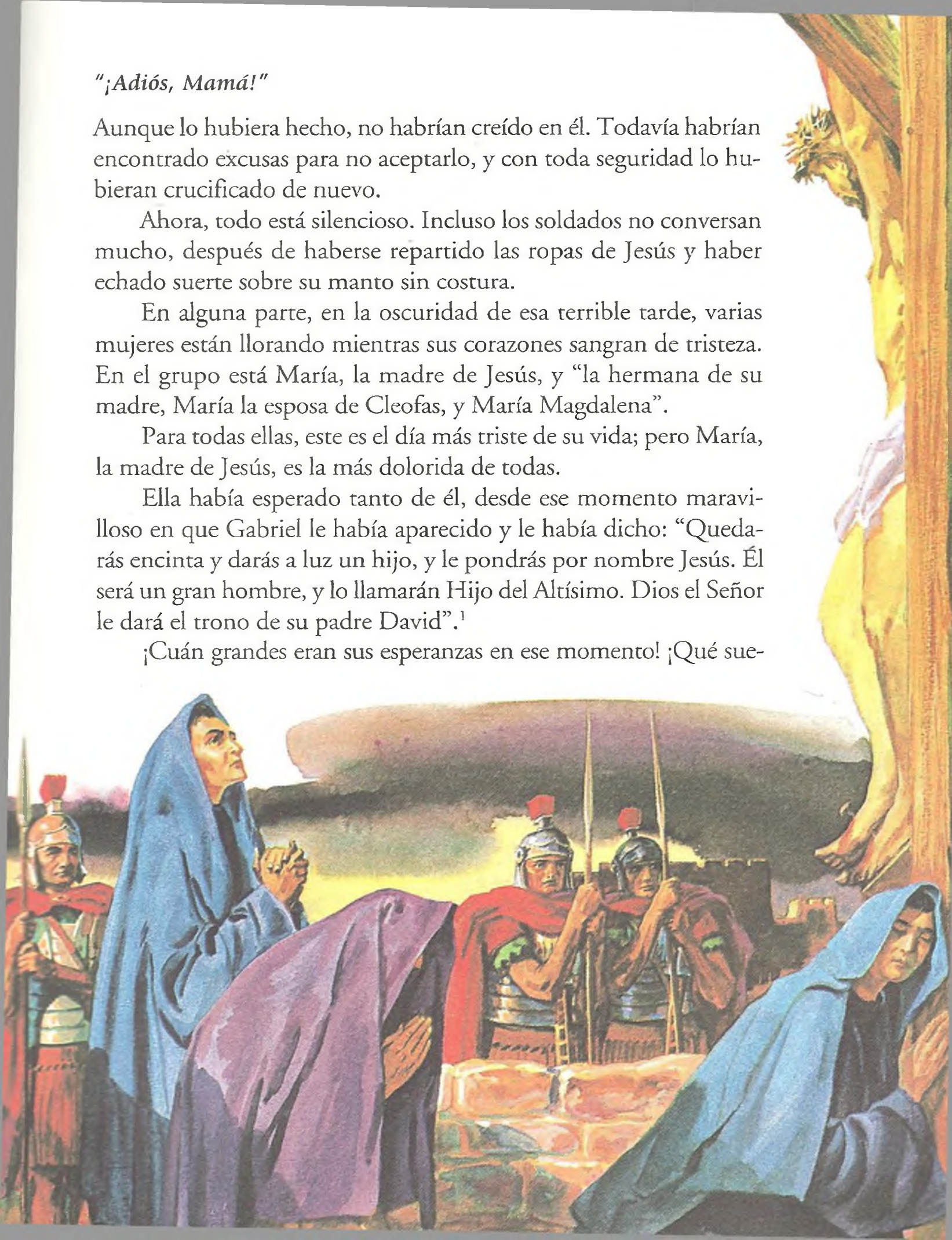
Ahora, todo está silencioso. Incluso los soldados no conversan mucho, después de haberse repartido las ropas de Jesús y haber echado suerte sobre su manto sin costura.

En alguna parte, en la oscuridad de esa terrible tarde, varias mujeres están llorando mientras sus corazones sangran de tristeza. En el grupo está María, la madre de Jesús, y "la hermana de su madre, María la esposa de Cleofas, y María Magdalena".

Para todas ellas, este es el día más triste de su vida; pero María, la madre de Jesús, es la más dolorida de todas.

Ella había esperado tanto de él, desde ese momento maravilloso en que Gabriel le había aparecido y le había dicho: "Quedarás encinta y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. Él será un gran hombre, y lo llamarán Hijo del Altísimo. Dios el Señor le dará el trono de su padre David".[1]

¡Cuán grandes eran sus esperanzas en ese momento! ¡Qué sue-



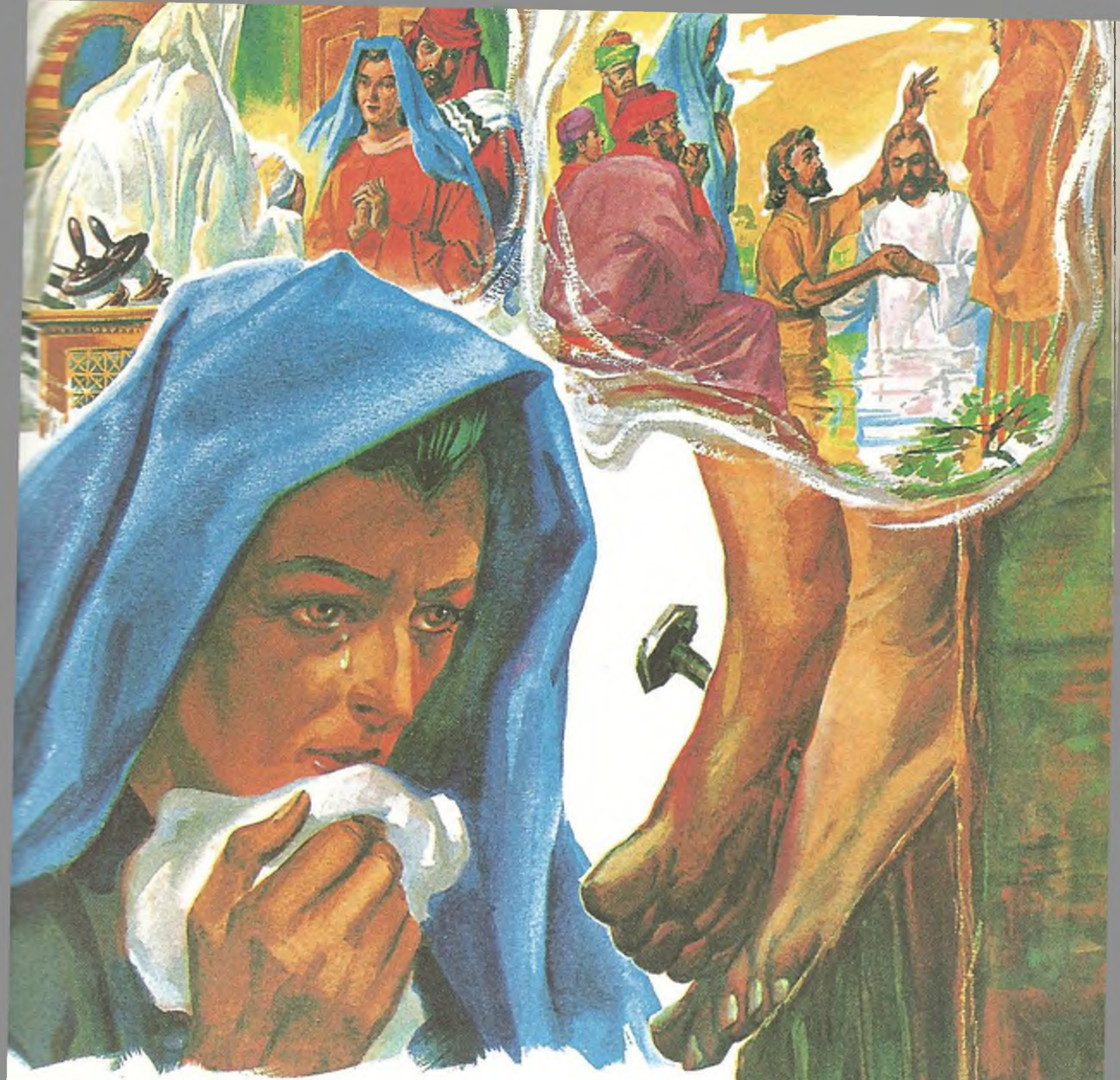
ños de gloria habían pasado por su mente! ¡Y ahora esto! ¿Es esta cruz su trono prometido? ¿Es esto todo lo que Dios va a hacer por él?

Ella recuerda Belén, y la historia que los pastores le habían contado de los ángeles que les habían aparecido en una ráfaga de luz, cantando: "¡Gloria a Dios en las alturas!",[2] y de aquel que les había dicho: "Hoy les ha nacido en la ciudad de David un Salvador, que es Cristo el Señor".[3] ¡Qué emoción de felicidad le habían traído estas palabras mientras yacía con su bebé en el establo! Pero ahora, ¿podía él salvar a alguien, pendiendo de una cruz, muriendo como si fuera un criminal?

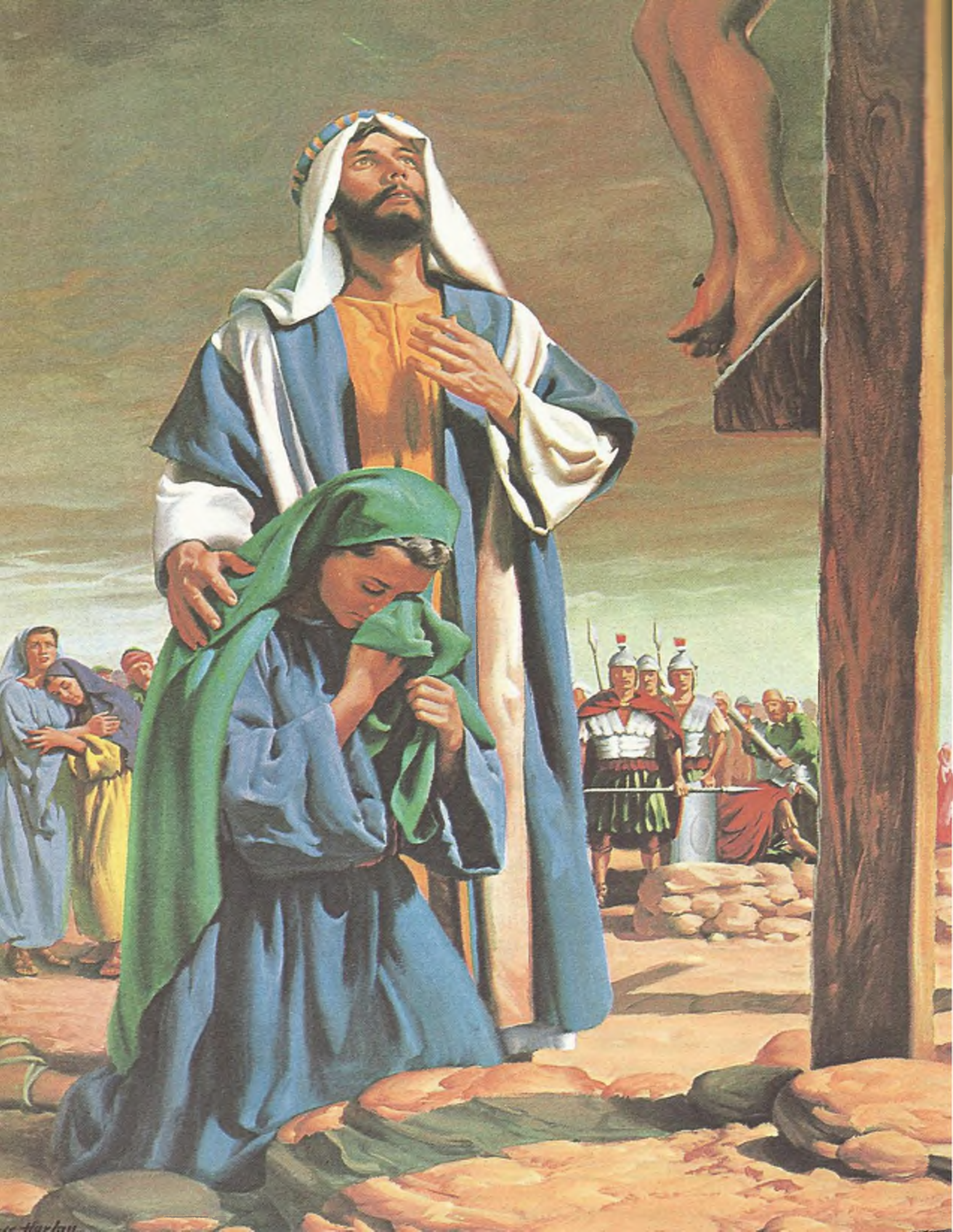
María recuerda lo que el anciano Simeón le había dicho en el templo al tomar a Jesús en sus brazos: "Este niño está destinado a causar la caída y el levantamiento de muchos en Israel... En cuanto a ti, una espada te atravesará el alma".[4] ¿Podría esta cruz ser su espada?

Luego, mientras inclina su cabeza en medio del dolor, piensa en aquellos días hermosos, sin preocupaciones en la querida y vieja Nazaret. ¡Qué muchacho bueno había sido! ¡Qué ayuda en la casa! ¡Qué bondadosa su naturaleza! ¡Qué amable y lleno de amor cada pensamiento y cada hecho! ¡Seguramente que él no merecía esto!

Piensa ella en sus años de ministerio, cómo trató él de hacer tanto por los pobres, los enfermos, los necesitados. Día y noche se había gastado en servicio por ellos. Siempre había pensado en los



demás. ¡Y ahora le habían hecho esto! ¡No era justo! ¡No estaba bien! ¡Pobre Jesús! ¡Cómo debe estar sufriendo allí arriba! ¡Oh, si ella pudiera hacer algo, alguna cosa, aunque sea pequeña, para aliviar su terrible dolor por un breve momento! ¡Pero no hay nada, nada, que ella pueda hacer!



Mira hacia arriba para contemplar su pobre rostro herido. Por un momento parece que él está sonriéndole. ¡Sí! Está tratando de hablarle. Ávidamente capta las palabras que le susurra:

–"Mujer –le dice–, ahí tienes a tu hijo".

Es como si le hubiera dicho: "Adiós, mamá. Juan cuidará de ti". Ella llora de nuevo ante el pensamiento del tierno amor de su hijo.

Entonces, los ojos del Maestro se vuelven a Juan, el fiel y amado discípulo que está en pie al lado de él.

–Juan –le dice–, "ahí tienes a tu madre".

¿Salieron alguna vez palabras más hermosas de labios moribundos? ¡Oh, maravilloso Jesús! ¡En sus últimos momentos de agonía, piensa en su madre!

Demasiado cansado, demasiado agobiado de dolor, como para pronunciar más que estas pocas palabras, dice lo suficiente como para que ambos entiendan.

"Y desde aquel momento ese discípulo la recibió en su casa", una bondad que Jesús seguramente pagará multiplicada por diez mil cuando recompense a los suyos.

¿Amas tú tanto a tu madre? Si ella se encontrara en grandes problemas, ¿dedicarías tu último pensamiento a ella y a su bienestar? Espero que así sea. Puede ser que nunca te toque dejar a tu madre a cargo de alguna otra persona como lo hizo Jesús; pero nadie sabe.

Quizá alguna vez tendrás que decirle: "Adiós, mamá", para no volver a verla. Ámala y cuida de ella lo mejor que puedas hoy.

---

[1] Lucas 1:31, 32.
[2] Lucas 2:14.
[3] Lucas 2:11.
[4] Lucas 2:34, 35.

ILUSTRACIÓN DE RUSSELL HARLAN

María, la madre de Jesús, fue la última en alejarse de la cruz. Y mientras estaba junto a Juan, con el corazón quebrantado, oyó cómo el Salvador le pedía al discípulo que la cuidara.

La historia se parte en dos

(Mateo 27:45-54)

AHORA, casi son las 3 de la tarde –"la hora novena"–, el momento de realizar el sacrificio de la tarde en el templo. En el monte Calvario, el Cordero de Dios está por ofrecerse como sacrificio por los pecados de este mundo.

La oscuridad sobre el monte ahora es tan densa, que apenas si se puede ver al Hombre moribundo sobre la cruz. La naturaleza parece estar tratando de esconder el sufrimiento de su Creador.

Repentinamente, una voz resuena, clamando en la oscuridad:

–"Eloi, Eloi, ¿lama sabactani? (que significa: 'Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?')".

Las personas que están junto a la cruz se miran unas a otras y preguntan:

–¿Lo oíste? ¿Qué es lo que quiere?

Algunos piensan que está llamando a Elías.

–"Déjalo, a ver si viene Elías a salvarlo" –dicen.

Pero por supuesto Jesús no está llamando a Elías. Está expresando la agonía de su corazón quebrantado.

Este es el momento de mayor sufrimiento para Jesús. No so-

lamente está afligido por la tortura de la crucifixión en su peor instante, sino que todo el terrible peso del pecado de todo el género humano agobia su alma. Piensa que Dios debe haberlo abandonado. Se siente separado de la presencia de su Padre.

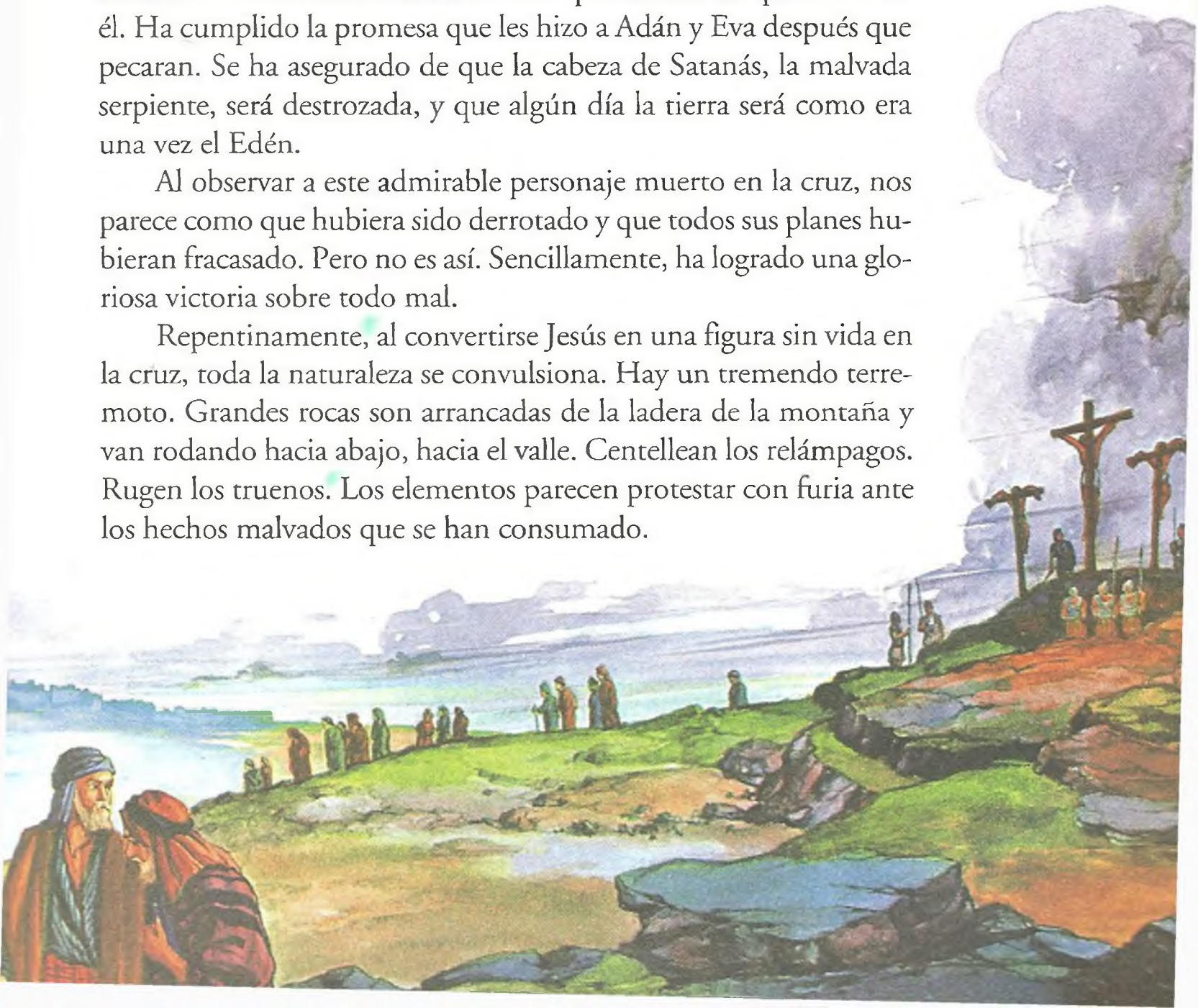
Ahora, habla de nuevo. En alta voz, exclama:

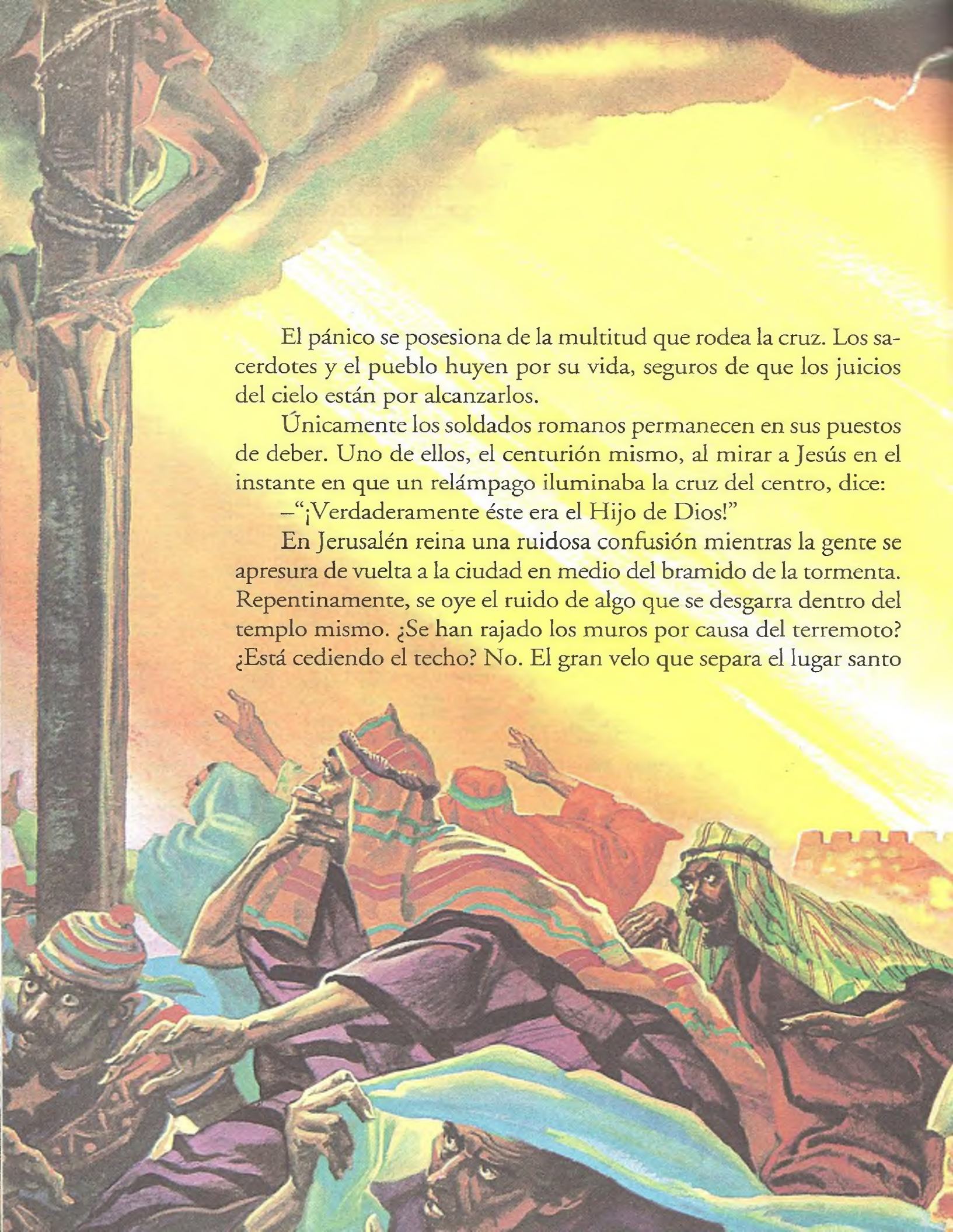
–"Todo se ha cumplido. ¡Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu!"

Su cabeza cae hacia adelante sobre su pecho. Ha muerto. La lucha ha terminado; la victoria está ganada; el precio de la redención del hombre ha sido pagado. Jesús ha hecho lo que vino a hacer. Ha abierto el camino al reino de Dios para todos los que crean en él. Ha cumplido la promesa que les hizo a Adán y Eva después que pecaran. Se ha asegurado de que la cabeza de Satanás, la malvada serpiente, será destrozada, y que algún día la tierra será como era una vez el Edén.

Al observar a este admirable personaje muerto en la cruz, nos parece como que hubiera sido derrotado y que todos sus planes hubieran fracasado. Pero no es así. Sencillamente, ha logrado una gloriosa victoria sobre todo mal.

Repentinamente, al convertirse Jesús en una figura sin vida en la cruz, toda la naturaleza se convulsiona. Hay un tremendo terremoto. Grandes rocas son arrancadas de la ladera de la montaña y van rodando hacia abajo, hacia el valle. Centellean los relámpagos. Rugen los truenos. Los elementos parecen protestar con furia ante los hechos malvados que se han consumado.





El pánico se posesiona de la multitud que rodea la cruz. Los sacerdotes y el pueblo huyen por su vida, seguros de que los juicios del cielo están por alcanzarlos.

Únicamente los soldados romanos permanecen en sus puestos de deber. Uno de ellos, el centurión mismo, al mirar a Jesús en el instante en que un relámpago iluminaba la cruz del centro, dice:

–"¡Verdaderamente éste era el Hijo de Dios!"

En Jerusalén reina una ruidosa confusión mientras la gente se apresura de vuelta a la ciudad en medio del bramido de la tormenta. Repentinamente, se oye el ruido de algo que se desgarra dentro del templo mismo. ¿Se han rajado los muros por causa del terremoto? ¿Está cediendo el techo? No. El gran velo que separa el lugar santo

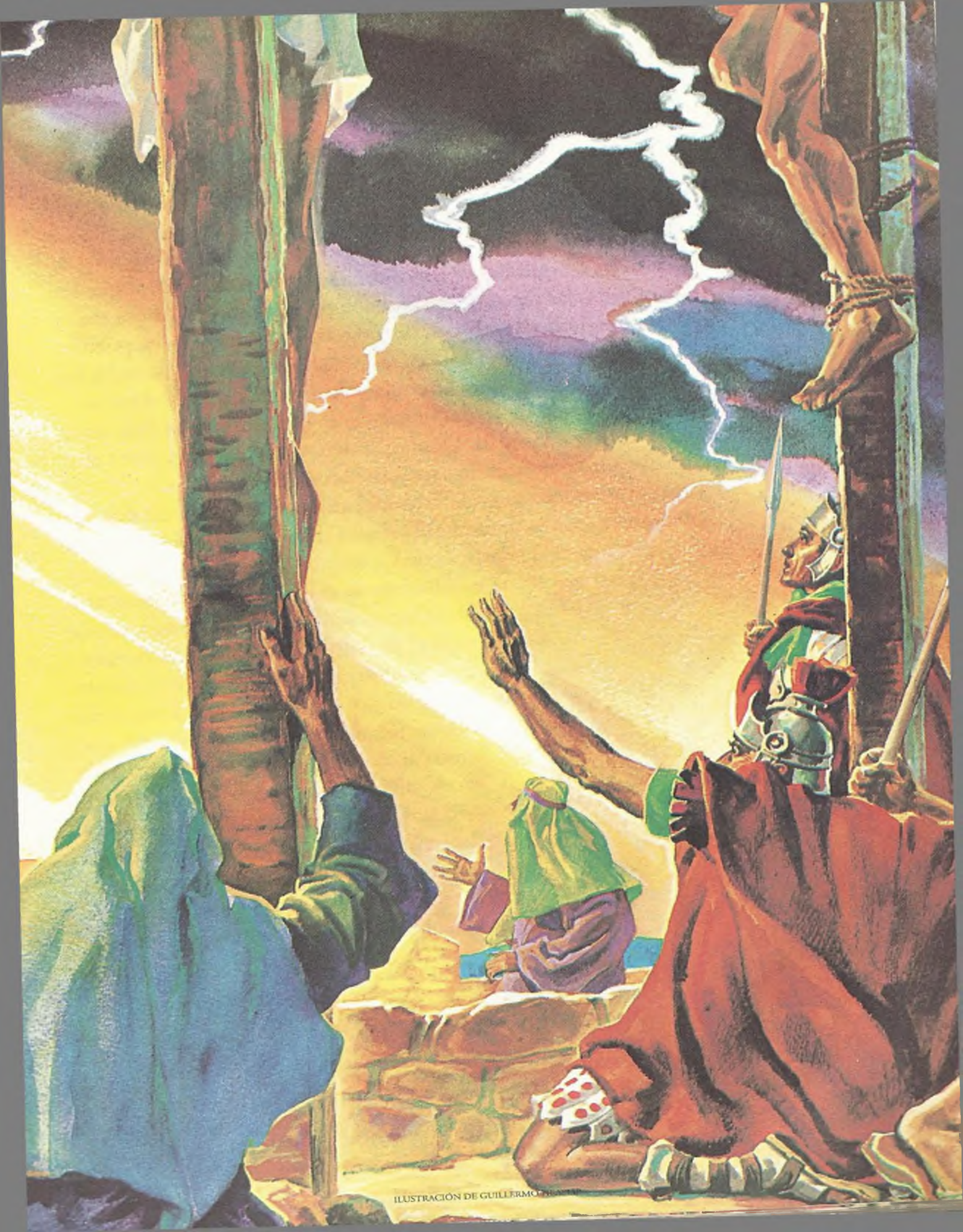


ILUSTRACIÓN DE GUILLERMO

del lugar santísimo se está rasgando por el centro, de arriba abajo, destrozado sin duda por la mano de un ángel.

Ya no se lo necesita más. El templo, los servicios, los sacrificios, todo esto ha cumplido su propósito. El sacrificio de Jesús, al que señalaban todas las ceremonias, acababa de consumarse. Ahora todos los hombres, judíos y gentiles, de todas las naciones, linajes, pueblos y lenguas, pueden venir a Dios por medio de Jesús, en cualquier tiempo, en cualquier lugar. Un nuevo día ha alboreado en el mundo.

La crucifixión de Jesús constituye el gran punto divisorio en la historia de la humanidad. Desde el Edén, todo se mueve hacia ella; después, todo se mueve hacia su regreso en gloria.

Su gran sacrificio en el Calvario divide la historia en dos, de manera que la gente habla de a.C., la era antes de Cristo, y d.C., después de Cristo.

Incluso la propia cruz parece señalar en ambas direcciones –un brazo señala hacia el pasado, el otro hacia el futuro– como para decirnos que el amor de Cristo se extiende en amorosa invitación a todo muchacho, niña, hombre y mujer que haya nacido alguna vez en la tierra. Colgando allí como el maravilloso Cordero de Dios, el Rey del sufrimiento parece decir: "Vuelvan a mí y sean salvos, todos los confines de la tierra". Esa salvación significa felicidad aquí y vida con él en la eternidad.

El hombre que quitó los clavos

(Juan 19:32-39)

EL Rey de la vida había muerto. El Hombre que solo unos pocos días antes había llamado a Lázaro de la tumba, ahora colgaba muerto de la cruz. El hombre que había traído salud, fuerza y felicidad a miles, ahora parecía incapaz de ayudar a nadie.

Los soldados reunidos al pie de la cruz no podían creer que Jesús ya estuviera muerto. Generalmente, el crucificado demoraba mucho más en morir. Uno de ellos elevó su lanza y lo hirió en su costado. Sangre y agua fluyeron de la herida abierta; una prueba clara de muerte.

Juan estaba allí y lo observó, y esto le recordó las palabras del profeta Zacarías: "Pondrán sus ojos en mí. Harán lamentación por el que traspasaron".

El discípulo vio algo más que le hizo correr un escalofrío por la espalda. Algunos judíos de buena presencia estaban hablando con los soldados y señalando las tres cruces.

–Ustedes tienen que bajar estos tres hombres antes de la puesta del sol –les dijeron–. No podemos tenerlos colgando así durante el sábado, y es el sábado de la Pascua.

–¿Tienen ustedes órdenes de Pilato?

–Sí, las tenemos. Acabamos de estar con él. Él dice que deben bajarse de inmediato. Quiébrenles las piernas.

–Cumpliremos las órdenes –dijeron los soldados.

A ellos no les importaba lo que ocurriera. Esta era solo una de las tareas desagradables que tenían que hacer.

Yendo a uno de los malhechores, que todavía gemía de agonía, un soldado le quebró las piernas con un garrote. Fue luego al otro malhechor –tal vez a aquel a quien Jesús había prometido el paraíso– e hizo lo mismo. ¡Pobres hombres moribundos! ¡Cómo deben haber sufrido!

Mirando a Jesús, el soldado vio que él ya había muerto, y dejó caer el garrote. ¿Para qué tenía que quebrarle las piernas a un cadáver? Este hombre nunca escaparía ya. ¡Cuán poco sabía él del futuro!

Juan suspiró de alivio. El solo pensamiento de que el cuerpo de su amado Maestro fuera quebrantado por un soldado común lo había enfermado. Entonces, recordó otra profecía que dice: "No le quebrarán ningún hueso". Allá en los días de Moisés, Dios había dicho que ningún hueso del cordero pascual debía ser quebrado.

Y ahora Juan vio algo que le sorprendió mucho e inspiró nuevo ánimo en su corazón. Un hombre bien vestido se había unido al grupo que estaba al pie de la cruz. Su noble aspecto y costosa indumentaria indicaban que era un hombre importante y con mucho dinero. Detrás de él estaban sus siervos que traían escaleras y un sudario blanco de lino.

El hombre era José de Arimatea, miembro del Sanedrín. Hombre bueno y justo, era uno de los pocos que no había votado en favor de que Jesús fuera muerto. Era, en realidad, un discípulo se-

creto del Maestro, y "esperaba el reino de Dios". Los soldados lo escuchaban con respeto.

–He venido para tener el cuerpo de Jesús Nazareno –dijo al centurión–. Pilato me ha dado permiso para enterrarlo.

–El gobernador así me ha informado –contestó el centurión–. Él acaba de cerciorarse de que el galileo está muerto.

Mientras los criados apoyaban la escalera contra la cruz, otro hombre de aspecto bondadoso se acercó. Él también estaba bien vestido y era de apariencia noble, y sus siervos traían un pesado jarro de especies, "unos treinta y cuatro kilos de una mezcla de mirra y áloe".

Era Nicodemo, otro miembro del Sanedrín, el mismo que una vez había venido a Jesús de noche y a quien el Maestro le había dicho: "Porque tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que cree en él no se pierda, sino que tenga vida eterna". Desde entonces hasta ahora, él también había sido un discípulo secreto, y había creído en las enseñanzas de Jesús, pero se había mostrado temeroso de hacer que alguien se enterara de ello.

A Juan, que todavía estaba mirando, le habrá parecido maravilloso que estos dos hombres famosos se adelantaran en esta hora sombría para tributar sus últimos respetos al querido Maestro de

Galilea. ¿Por qué lo habían hecho? ¿Habrá sido porque conocían a los discípulos y sabían que no tenían dinero suficiente para comprar una tumba para él, o incluso para embalsamarlo debidamente? Si era así, ¡cuán bondadosos y considerados eran!

Ahora, José de Arimatea asciende por la escalera. (Sabemos que subió él mismo, porque la Biblia dice: "Después de bajarlo, lo envolvió".) Él no quería dejar esta preciosa tarea a cargo de nin-

guna otra persona. Llega, por lo tanto, hasta los pies taladrados de Jesús.

Inclinándose sobre ellos, toma uno de los clavos con las grandes pinzas que los soldados pueden haberle prestado. Tira de él y lo saca. Lo arroja y comienza a sacar el otro. Este también cede y es arrojado al suelo.

Entonces, mueve la escalera y sube de nuevo, esta vez para alcanzar uno de los brazos extendidos. Pero José necesita ayuda. Llama entonces a Nicodemo, que sube en una segunda escalera para sostener el cuerpo y evitar que caiga. Ahora, José toma el clavo que sostiene la mano en la madera y tira de él con toda su fuerza. El brazo cae.

Un tirón final y el último clavo está afuera. La otra mano está libre.

Y ahora, muy lentamente, escalón tras escalón, con todo cuidado, estos grandes y ancianos hombres, bajan bondadosamente el cuerpo de Jesús de la cruz, tal vez colocando uno de los flácidos brazos en torno al cuello de ellos, como si Cristo les estuviera diciendo: "Gracias, amigos, por haber venido; gracias porque me ayudan".

Podían haber sido discípulos secretos antes. ¡Pero nunca más en el futuro! Desde ese momento en adelante, los nombres de Nicodemo y José de Arimatea no solo serían conocidos, sino también amados y honrados por todo el mundo.

¡Y qué pensamiento dulce el de que aun cuando alguien que odiaba a Jesús introdujo aquellos clavos, alguien que lo amaba los quitó!

← ILUSTRACIÓN DE HERIBERTO RUDEEN

Fueron manos crueles las que clavaron a Jesús en la cruz del Calvario; pero las que quitaron su cuerpo de ella y lo prepararon para la sepultura eran manos llenas de amor y bondad.

El Creador descansa nuevamente

(Mateo 27:55-61)

MIENTRAS ocurría todo esto, se deben haber escuchado los sollozos de un gran grupo de personas, mayormente mujeres, que estaban paradas a cierta distancia de la cruz. Eran los amigos especiales de Jesús, muchos de ellos galileos, que estaban totalmente descorazonados.

La Biblia dice que "todos los conocidos de Jesús, incluso las mujeres que lo habían seguido desde Galilea, se quedaron mirando desde lejos". Entre los que más sufrían estaban "María Magdalena, María la madre de Jacobo y de José, y la madre de los hijos de Zebedeo". Habían estado muy cerca de Jesús los tres años anteriores, y puedes imaginarte cómo se sentirían ahora.

Habían esperado, quizá hasta el último minuto, que Jesús revelara su poder y sorprendiera a todos al bajar indemne de la cruz.

Hora tras hora lo habían esperado con agonizante dolor. Habían visto el mediodía tornarse oscuro como la medianoche. Habían tratado de forzar la mirada por entre las densas tinieblas para observar las tres cruces que se levantaban en la colina. Ha-

bían oído el último fuerte clamor de su amado Maestro. Habían sentido el terremoto y se habían estremecido ante los terribles relámpagos y el ruido ensordecedor de los truenos.

Se habían preguntado si estas cosas podrían ser los heraldos de su reino. Pero no. La tormenta había pasado. La tierra había cesado de sacudirse. Todo estaba terminado. Jesús estaba muerto. No había otra cosa que hacer sino regresar a Jerusalén y tratar de olvidar.

Era casi la puesta del sol ahora, y las mujeres sabían que debían volver con rapidez, pero ¡cuán duro era el pensamiento de tener que abandonar el lugar del hecho! ¿Qué podría acontecer con su cuerpo después que ellas se fueran?, se preguntaban. Estaban seguras de que ese cuerpo sería bajado de la cruz antes de la puesta del sol, pero ¿qué harían los romanos con él? ¿Lo arrojarían en una tumba para delincuentes o lo dejarían tendido sobre la cuesta de la colina para que los cuervos y las ratas lo devoraran?

Entonces, alguien vio las escaleras.

–¡Miren! ¡Están por bajarlo! –exclamó una mujer.

En ese instante, todo el grupo empezó a acercarse para poder ver mejor.

–¿Quién es ese que está sacando los clavos? –preguntó otra persona.

–Parece ser José de Arimatea.

–¡No puede ser! Es uno de los hombres más ricos de Israel.

–Pero es José. Estoy seguro de eso. Y el hombre que está en la otra escalera es Nicodemo.

Se acercaron aún más para observar esta escena que los asombraba.

–¡Dios los bendiga! –puedo oír decir a las mujeres–. ¡Dios los bendiga por ser tan valientes y buenos como para ayudar a nuestro Maestro ahora!

Observaron mientras los dos hombres bajaban con ternura el cuerpo hacia el suelo, mientras lo cubrían con la mirra y el aloe que Nicodemo había traído, y lo envolvían con un sudario blanco proporcionado por José. Les resultaba claro ahora que estos dos hombres estaban haciendo planes para enterrar a Jesús; pero ¿dónde?

Una pequeña procesión comenzó a descender la colina. Las mujeres observaban y se hacían preguntas. José y Nicodemo no

fueron muy lejos con su preciosa carga, porque cerca del lugar donde Jesús fue crucificado "había un huerto, y en el huerto un sepulcro nuevo en el que todavía no se había sepultado a nadie".

Era el propio sepulcro de José, que él había edificado a gran costo, para él y su familia. Si alguna vez vas a Palestina, tendrás ocasión de verlo, o de ver uno similar. Yo entré en él y observé cómo había sido trabajado dentro de la roca viva exactamente como lo indica la Biblia, y cómo estaba todavía sin terminar cuando José se lo asignó a Jesús.

Al llegar a la tumba, José y Nicodemo metieron a Jesús en ella, acostaron tiernamente su cuerpo sobre el piso y salieron. Para cerrar la entrada, hicieron rodar una gran piedra. Luego, fueron a casa a guardar el santo sábado.

Por lo que sepamos, no se realizó servicio fúnebre de ninguna clase. No había tiempo. Desde que murió, como dice la Biblia, "a las tres de la tarde", había solamente tres horas hasta la puesta del sol, cuando comenzaba el sábado. Durante este tiempo, José de Arimatea fue a ver a Pilato, Pilato mandó traer al centurión para cerciorarse de que Jesús ya había muerto, y más tarde le dijo a José que podía tener el cuerpo. Entonces, José caminó o cabalgó en su burro hasta el Calvario. Él y Nicodemo bajaron el cuerpo, lo envolvieron con el sudario, y lo llevaron lentamente hasta el sepulcro.

Aquellas fueron tres horas muy ocupadas, y debe haber sido muy cerca del comienzo del sábado cuando los dos hombres regresaron a su casa.

En cuanto a las mujeres galileas, también ellas se fueron, dis-

tribuyéndose en las tiendas que habían preparado como refugio durante la Pascua. La Biblia dice: "Luego volvieron a casa y prepararon especias aromáticas y perfumes. Entonces descansaron el sábado, conforme al mandamiento"; es decir, cumplieron con el reposo religioso.

Cuando todo el mundo se fue, las tinieblas y el silencio cayeron sobre el sepulcro y las tres cruces de la colina del Calvario. Las multitudes que se habían agolpado en ese lugar durante todo el día también desaparecieron.

Mientras tanto, en Jerusalén y en los alrededores de la ciudad, miles de sacerdotes, líderes, escribas, fariseos, saduceos y gente común observaban piadosamente el sábado, mientras el Señor del sábado, a quien acababan de matar, descansaba en un sepulcro solitario fuera de los muros de la ciudad.

En el Edén, Jesús había descansado el séptimo día después de terminar su grandiosa obra de creación. Ahora, estaba descansando de nuevo el séptimo día a la terminación de su aún más magnífica y gloriosa obra de redención.

El día más sagrado

(Mateo 27:63-66)

¿POR qué las mujeres galileas fueron a sus hogares a preparar "especias aromáticas y perfumes", siendo que Nicodemo ya había derramado mirra y aloe sobre el cuerpo de Jesús? Es probable que hayan sentido que el sepelio se había realizado de manera demasiado apresurada, y que se necesitaba, por lo tanto, un ensalzamiento más adecuado.

No obstante, la parte más interesante de la historia es que, si bien amaban tanto a Jesús, estas mujeres no intentaron trabajar en su cuerpo durante el día sábado.

Si hubieran querido, habrían ido a la tumba inmediatamente después que José y Nicodemo se fueron. Pero no lo hicieron.

Tenían toda clase de buenas excusas para hacer la tarea entonces y allí mismo. Podrían haber razonado que no había nada más importante en el mundo en ese momento que darle a su Maestro la sepultura que se merecía. ¿No les había dicho Jesús que está "permitido hacer el bien en sábado"? ¿No había sanado él mismo a los enfermos y hecho obras maravillosas en sábado? ¿No había dicho él que "el sábado se hizo para el hombre, y no

el hombre para el sábado"? Es cierto. Con todo, no lo hicieron.

¿Por qué? Porque Jesús nunca les había dicho a sus discípulos que hicieran algo innecesario durante las sagradas horas del sábado. Después de vivir con Jesús durante tres años y medio, los discípulos sabían exactamente cómo pensaba él acerca del cuarto mandamiento y de la observancia del sábado. No había duda alguna en su mente en cuanto a qué día debía observarse, o a cómo debía ser observado. De esta manera, dado que el embalsamamiento del cuerpo de Cristo no era absolutamente necesario en ese instante, postergaron la tarea inconclusa, regresaron a Jerusalén, y esperaron que pasaran las horas sagradas del sábado.

¡Y qué sábado triste fue aquel! Los discípulos estaban desesperados. Algunos habían comenzado su regreso a Galilea. Los otros estaban escondidos en Jerusalén, en los alrededores de la ciudad, temerosos de que, ahora que Jesús estaba muerto, los sacerdotes y los gobernantes trataran de matarlos también a ellos.

Era difícil creer que esa misma semana Jesús había cabalgado hacia Jerusalén a la cabeza de una gran procesión de gente feliz. Sus admiradores habían colocado ramas de palmas delante de él, mientras los niños gritaban:

–"¡Hosanna al Hijo de David!

–"¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!"

El jueves por la mañana, muchos aún tenían la esperanza de que él se hiciera cargo del gobierno de Israel y permitiera que se lo coronara rey. Ávidamente habían esperado que revelara su poder de alguna manera admirable, de modo que todos le dieran la bienvenida como el Mesías largamente esperado.

En cambio, ¡en solo 24 horas, Jesús había sido arrestado, so-

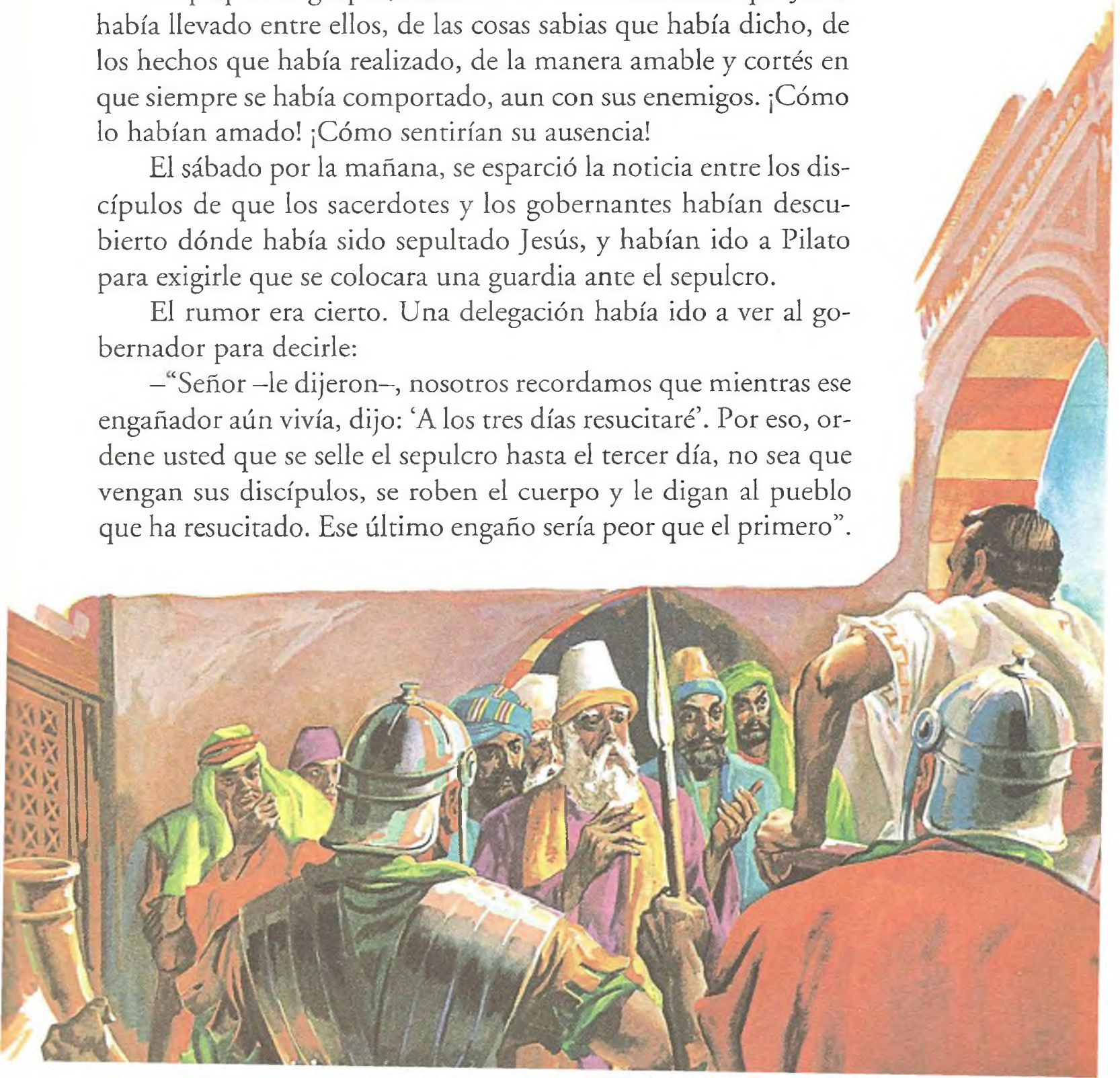
metido a juicio, condenado y crucificado! Tan rápido había ocurrido todo, que difícilmente alguien podría creer que eso habría acontecido. Es como si la tierra se hubiera abierto delante de los discípulos y tragado todas sus esperanzas. Al haber desaparecido Jesús, no había nada más por lo que vivir. ¿Qué podrían ellos hacer sin él? ¿Qué podrían hacer?

En pequeños grupos, hablaban de la vida hermosa que Jesús había llevado entre ellos, de las cosas sabias que había dicho, de los hechos que había realizado, de la manera amable y cortés en que siempre se había comportado, aun con sus enemigos. ¡Cómo lo habían amado! ¡Cómo sentirían su ausencia!

El sábado por la mañana, se esparció la noticia entre los discípulos de que los sacerdotes y los gobernantes habían descubierto dónde había sido sepultado Jesús, y habían ido a Pilato para exigirle que se colocara una guardia ante el sepulcro.

El rumor era cierto. Una delegación había ido a ver al gobernador para decirle:

–"Señor –le dijeron–, nosotros recordamos que mientras ese engañador aún vivía, dijo: 'A los tres días resucitaré'. Por eso, ordene usted que se selle el sepulcro hasta el tercer día, no sea que vengan sus discípulos, se roben el cuerpo y le digan al pueblo que ha resucitado. Ese último engaño sería peor que el primero".



Pilato les había otorgado el pedido, diciendo:

–"Llévense una guardia de soldados, y vayan a asegurar el sepulcro lo mejor que puedan.

"Así que ellos fueron, cerraron el sepulcro con una piedra, y lo sellaron; y dejaron puesta la guardia".

Cuando estas noticias llegaron a oídos de las mujeres de Galilea, estas se vieron sumidas en un dolor todavía más profundo. ¿Qué harían ahora? Habían planeado ir a la tumba después del sábado para embalsamar el cuerpo del Señor. Ahora esto podría serles negado. ¿Se lo permitirían?

Lentamente, fueron pasando las horas del más triste de todos los sábados. Cuando por fin llegó de nuevo la puesta del sol, los discípulos todavía estaban lamentándose por su Maestro. No podían pensar en ninguna otra cosa, sino en el hecho de que su amado Jesús había muerto y había sido sepultado. Y para empeorar las cosas, soldados romanos estaban guardando ahora su cuerpo, y el sello romano estaba sobre el sepulcro.

La noche más terrible

(Mateo 28:2-4, 11-15)

SI habrías estado en Jerusalén ese sábado de noche después de la crucifixión de Jesús, no hubieras podido dormir mucho. Estoy seguro de que los discípulos no pudieron pegar un ojo. Estaban demasiado tristes, desanimados, afligidos y atemorizados.

Inmediatamente después de la puesta de sol, al finalizar el sábado, muchos de ellos deben haber comenzado a empacar sus cosas para estar listos a la mañana siguiente. Ahora que su Maestro había sido muerto, temían por sus propias vidas. Estaban seguros de que los sacerdotes y los dirigentes no se detendrían hasta hacer que todos sus seguidores abandonaran Jerusalén.

Otros pasaron la noche sencillamente conversando acerca de todo lo que había acontecido durante la semana anterior. Una y otra vez, se preguntaban, sin la menor esperanza de respuesta: "¿Por qué de repente todas las cosas han ido mal? ¿Por qué Jesús marchó hacia Jerusalén como rey y entonces permitió que lo crucificaran? ¿Por qué resucitó a Lázaro de la tumba y con todo permitió que él mismo fuera sepultado? Si él fuera en realidad el Hijo de Dios, ¿por qué no obró un milagro bajando de la cruz a la vista de todo el mundo?"

La noche fue pasando lentamente. Empezó a amanecer. Los que se habían ido a dormir, apenas si pudieron hacerlo. Los que habían decidido quedarse sentados comenzaron a dormitar. Repentinamente, comenzó a sentirse un sordo retumbar mientras la tierra temblaba otra vez. Se balancearon los edificios. Las tiendas perdieron el equilibrio. La gente gritaba. Los perros ladraban con furia. Hombres, mujeres y niños, vestidos a medias, corrían hacia los lugares abiertos, con sus rostros pálidos de terror a la luz de las estrellas.

–¡Un terremoto! ¡Otro terremoto! –gritaban.

En la tumba donde Jesús estaba enterrado, el temblor pareció sacudir la montaña entera sobre la que fueron elevadas las cruces. Los soldados romanos saltaron alarmados. Algunos habían estado sentados sobre peñascos, mientras que otros se habían echado sobre el suelo, medio dormidos, esperando la madrugada. Ahora, repentinamente estaban bien despiertos, fijando sus ojos en la tumba que se les había encargado custodiar.

Un momento más tarde, se produjo una enceguecedora explosión de luz que parecía derramarse desde el cielo sobre la tierra, envolviendo la tumba. Un ser hermoso y deslumbrante apareció de la nada y rompió el sello romano, haciendo rodar la piedra grande y pesada, como si hubiera sido un guijarro.

–¡Un espíritu! –gritaron los soldados, cayendo sobre sus rostros poseídos de terror.

"Quedaron como muertos". Tan espantados estaban.

En ese preciso instante Jesús, el Rey de la vida, salió de su tumba con el poder y la gloria de la resurrección, y se desvaneció en la penumbra del amanecer.

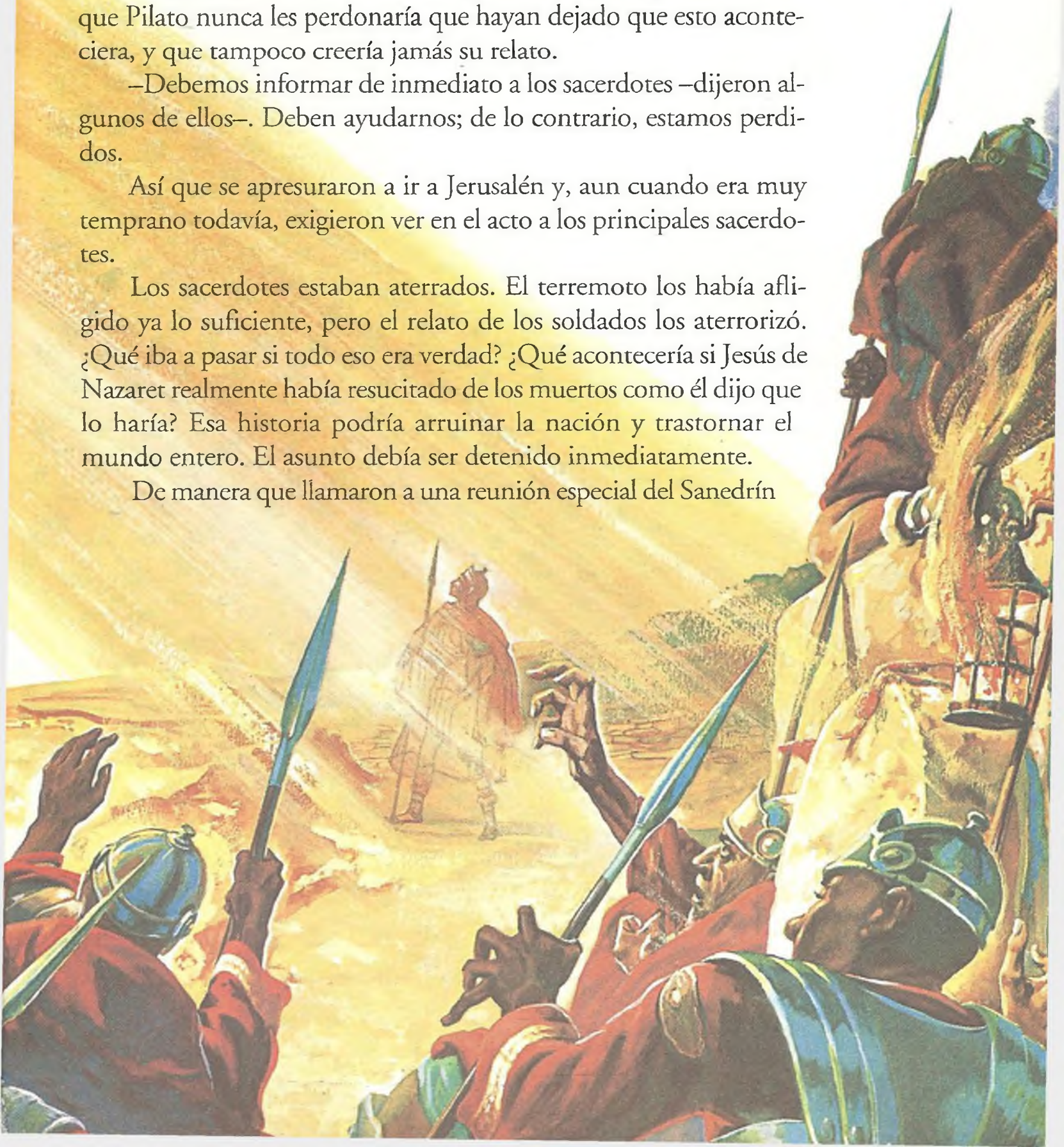
Cuando la luz se disipó y la tierra dejó de temblar, los soldados miraron otra vez hacia arriba, solo para encontrar la tumba abierta y vacía. Ahora, un nuevo temor se apoderó de ellos, porque sabían que Pilato nunca les perdonaría que hayan dejado que esto aconteciera, y que tampoco creería jamás su relato.

–Debemos informar de inmediato a los sacerdotes –dijeron algunos de ellos–. Deben ayudarnos; de lo contrario, estamos perdidos.

Así que se apresuraron a ir a Jerusalén y, aun cuando era muy temprano todavía, exigieron ver en el acto a los principales sacerdotes.

Los sacerdotes estaban aterrados. El terremoto los había afligido ya lo suficiente, pero el relato de los soldados los aterrorizó. ¿Qué iba a pasar si todo eso era verdad? ¿Qué acontecería si Jesús de Nazaret realmente había resucitado de los muertos como él dijo que lo haría? Esa historia podría arruinar la nación y trastornar el mundo entero. El asunto debía ser detenido inmediatamente.

De manera que llamaron a una reunión especial del Sanedrín



Schlaikjer

y repitieron lo que los soldados les habían contado.

¡Todos los rostros palidecieron! ¡Esto era terrible! ¡Tendrían más problemas con este predicador galileo ahora que antes de crucificarlo! Todos estuvieron de acuerdo en que debían ocultarle la historia al pueblo a toda costa. Si la noticia alcanzaba a salir y era captada por los miles que asistían a la Pascua, podría haber un levantamiento general.

Pero ¿cómo podían ellos cerrar las bocas de todos los soldados que habían estado de guardia ante la tumba? Había una sola manera: ¡sobornarlos! De modo que agregaron este pecado al del asesinato.

–Miren –dijeron a los soldados–, aquí hay una gran suma de dinero. Es para ustedes si aceptan esparcir el rumor de que sus discípulos lo robaron mientras ustedes dormían.

–¿Y qué haremos con Pilato? –preguntaron los soldados–. Supongamos que llegue a sus oídos la noticia de que estábamos durmiendo en nuestro puesto de deber.

–No se preocupen –dijeron los sacerdotes–; dejen esto a nuestro cargo. Si esto llega a oídos del gobernador, nosotros lo convenceremos y ustedes estarán a salvo.

Y eso es lo que ocurrió. Los soldados aceptaron el dinero y contaron la mentira. A todo el que les preguntó qué aconteció esa noche, le explicaron que los discípulos vinieron y robaron el cuerpo de Jesús mientras dormían.

No sabremos nunca cuántas personas lo creyeron, pero la historia todavía se seguía contando muchos años después, cuando Mateo escribió su evangelio.

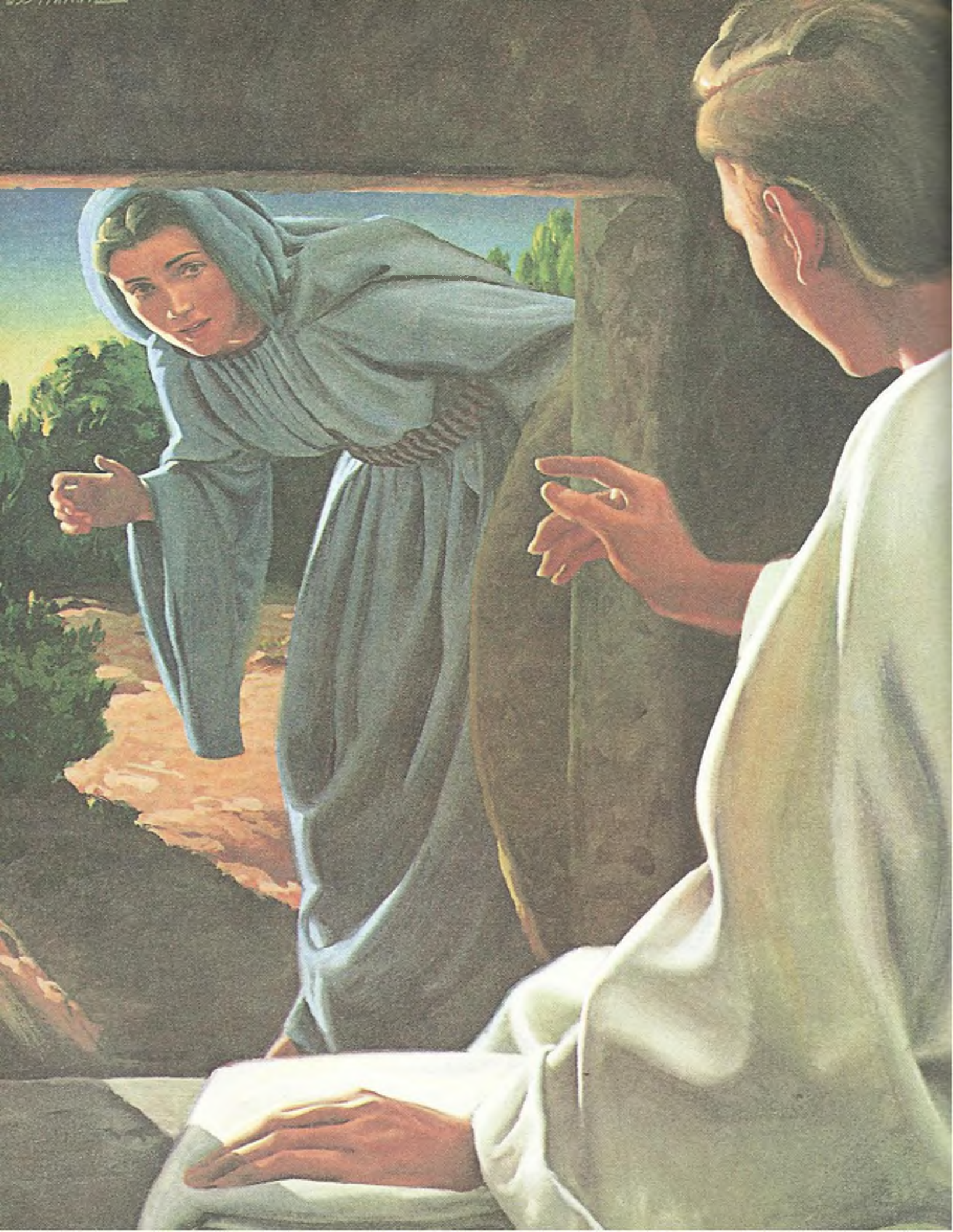
¡Y cuán falso y necio era ese relato!

CUARTA PARTE

Historias del

Rey de la Vida

(Mateo 28:1-20; Marcos 16:1-20; Lucas 24:1-53; Juan 20:1 a 21:25; Hechos 1:1-11)



La mañana más gloriosa

(Mateo 28:1-10; Marcos 16:1-13; Lucas 24:1-11; Juan 20:1-18)

PUEDES tener la certeza de que María, la madre de Jesús, y María Magdalena, y la madre de los hijos de Zebedeo, y todo el resto de las mujeres galileas, no pegaron un ojo en toda la noche. Tenía un solo propósito en mente: volver cuanto antes a la tumba y terminar la tarea de embalsamar el cuerpo de su Maestro.

Nadie sabe con exactitud cuán temprano se pusieron en marcha hacia la tumba. Lucas nos dice que era muy temprano; Juan informa que llegaron cuando "todavía estaba oscuro"; y Mateo relata que fue "al amanecer del primer día de la semana". Evidentemente, fue un poco antes de la salida del sol.

Las mujeres llevaban en sus manos temblorosas las especies que habían comenzado a preparar antes del sábado. Esperaban poder persuadir a la guardia a que las dejara ir a la tumba para embalsamar el cuerpo. Sin embargo, ahora, mientras recorrían el oscuro camino, una nueva preocupación las perturbó. Se acordaron de que la piedra que José y Nicodemo habían colocado frente al sepulcro "era muy grande" y demasiado pesada para que ellas la movieran. "Quién nos quitará la piedra de la entrada del sepulcro?", se preguntaban. A

← ILUSTRACIÓN DE RUSSELL HARLAN

Al llegar a la tumba para terminar de embalsamar el cuerpo de Jesús, María se sorprendió al oír que el ángel que había quitado la piedra le anunciaba: "No está aquí; ¡ha resucitado!"

esa hora temprana, ¿a quién podían pedir que las ayudara?

Ahora están buscando el camino en la áspera región cercana al lugar del sepelio. De repente se detienen. Algo ha acontecido. ¡La tumba está vacía! ¡La gran roca ya no cubre su entrada! ¡Alguien la ha quitado de allí!

No pueden creer lo que ven sus ojos. ¿Qué puede significar esto? ¿Ha estado aquí alguien y ha robado de la tumba el precioso cuerpo? ¿Y qué pasó con los guardias? ¿Y el sello romano?

No pueden ver soldados. En cuanto al sello, está roto. ¿Quién se ha atrevido a romper este sello sin permiso de Pilato?

Bajo la tenue luz del amanecer, ven a un ángel, que no está parado junto a la tumba, sino sentado sobre la piedra, como para decirle a Pilato y a todo el Imperio Romano quién es el que en realidad gobierna el mundo. El resplandor de su rostro es "como el de un relámpago, y su ropa era blanca como la nieve".

Aterrorizadas, las mujeres se dan vuelta para huir del lugar, pero son detenidas por la voz bondadosa del ángel.

–"No tengan miedo; sé que ustedes buscan a Jesús, el que fue crucificado. No está aquí, pues ha resucitado, tal como dijo. Vengan a ver el lugar donde lo pusieron".

La amable invitación tranquiliza sus temores. Entran en el se-

pulcro y lo encuentran vacío, salvo la presencia de otro hermoso ángel que está sentado adentro. El cuerpo de Jesús no puede verse en ninguna parte. Al mirar alrededor, buscándolo, el ángel dice:

–"¿Por qué buscan ustedes entre los muertos al que vive? No está aquí; ¡ha resucitado! Recuerden lo que les dijo cuando todavía estaba con ustedes en Galilea: 'El Hijo del hombre tiene que ser entregado en manos de hombres pecadores, y ser crucificado, pero al tercer día resucitará' ".

–"Pero vayan a decirles a los discípulos y a Pedro: 'Él va delante de ustedes a Galilea. Allí lo verán, tal como les dijo'".

Ante estas palabras, las mujeres se apresuran a regresar a Jerusalén "asustadas pero muy alegres". ¡Nunca han corrido tan velozmente en toda su vida! ¡Qué historia tenían!

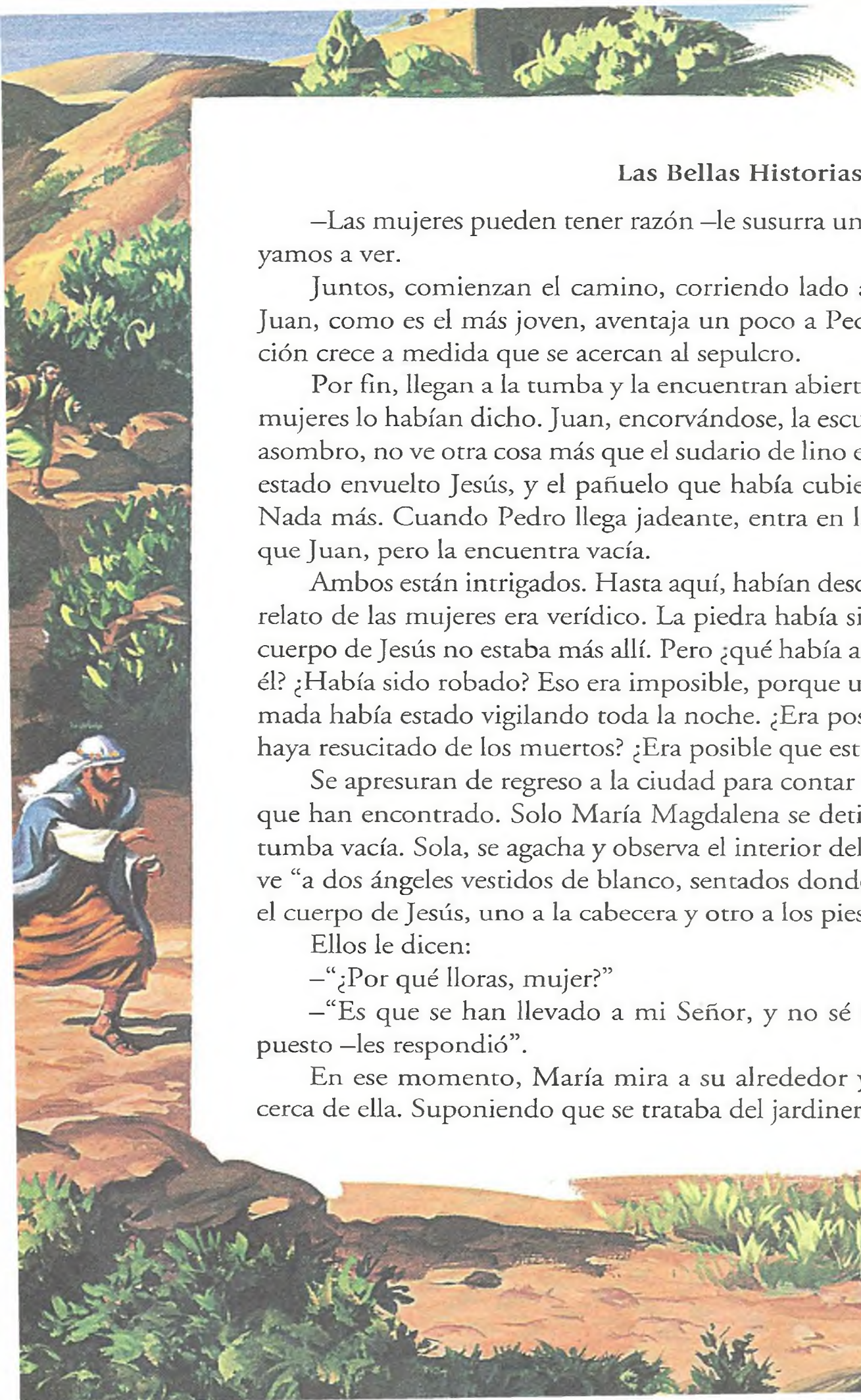
Por fin, jadeantes y desaliñadas, llegan al lugar donde los principales discípulos han estado sentados toda la noche.

–¡Acabamos de regresar de la tumba! –exclaman–. ¡Está vacía! ¡El cuerpo no está allí! ¡Y vimos a ángeles que dijeron que él está vivo!

Los discípulos no querían creerles. Tienen la impresión de que estas pobres mujeres están cansadas y alteradas y que han visto visiones. Sus palabras parecen fábulas.

–¡Pero es cierto, es cierto! –exclaman ellas–. ¡Nosotras mismas vimos ángeles! ¡Hablaron con nosotras! ¡Los oímos! ¡Uno de ellos nos dijo que le dijéramos a Pedro que se encontrara con Jesús en Galilea!

Pedro salta de su silla y sale corriendo de la habitación, seguido por Juan.



–Las mujeres pueden tener razón –le susurra uno a otro–. Vayamos a ver.

Juntos, comienzan el camino, corriendo lado a lado, si bien Juan, como es el más joven, aventaja un poco a Pedro. Su excitación crece a medida que se acercan al sepulcro.

Por fin, llegan a la tumba y la encuentran abierta, tal como las mujeres lo habían dicho. Juan, encorvándose, la escudriña. Para su asombro, no ve otra cosa más que el sudario de lino en la que había estado envuelto Jesús, y el pañuelo que había cubierto su cabeza. Nada más. Cuando Pedro llega jadeante, entra en la tumba antes que Juan, pero la encuentra vacía.

Ambos están intrigados. Hasta aquí, habían descubierto que el relato de las mujeres era verídico. La piedra había sido quitada; el cuerpo de Jesús no estaba más allí. Pero ¿qué había acontecido con él? ¿Había sido robado? Eso era imposible, porque una guardia armada había estado vigilando toda la noche. ¿Era posible que Jesús haya resucitado de los muertos? ¿Era posible que estuviera vivo?

Se apresuran de regreso a la ciudad para contar a los demás lo que han encontrado. Solo María Magdalena se detiene junto a la tumba vacía. Sola, se agacha y observa el interior del sepulcro. Allí ve "a dos ángeles vestidos de blanco, sentados donde había estado el cuerpo de Jesús, uno a la cabecera y otro a los pies".

Ellos le dicen:

–"¿Por qué lloras, mujer?"

–"Es que se han llevado a mi Señor, y no sé dónde lo han puesto –les respondió".

En ese momento, María mira a su alrededor y va a alguien cerca de ella. Suponiendo que se trataba del jardinero, le dice:

–"Señor, si usted se lo ha llevado, dígame dónde lo ha puesto, y yo iré por él".

Entonces el jardinero habla. Es el Jardinero divino. Pronuncia solamente una palabra:

–"María".

Es suficiente. Al instante lo reconoce.

–¡Maestro! –exclama ella, volviéndose a él.

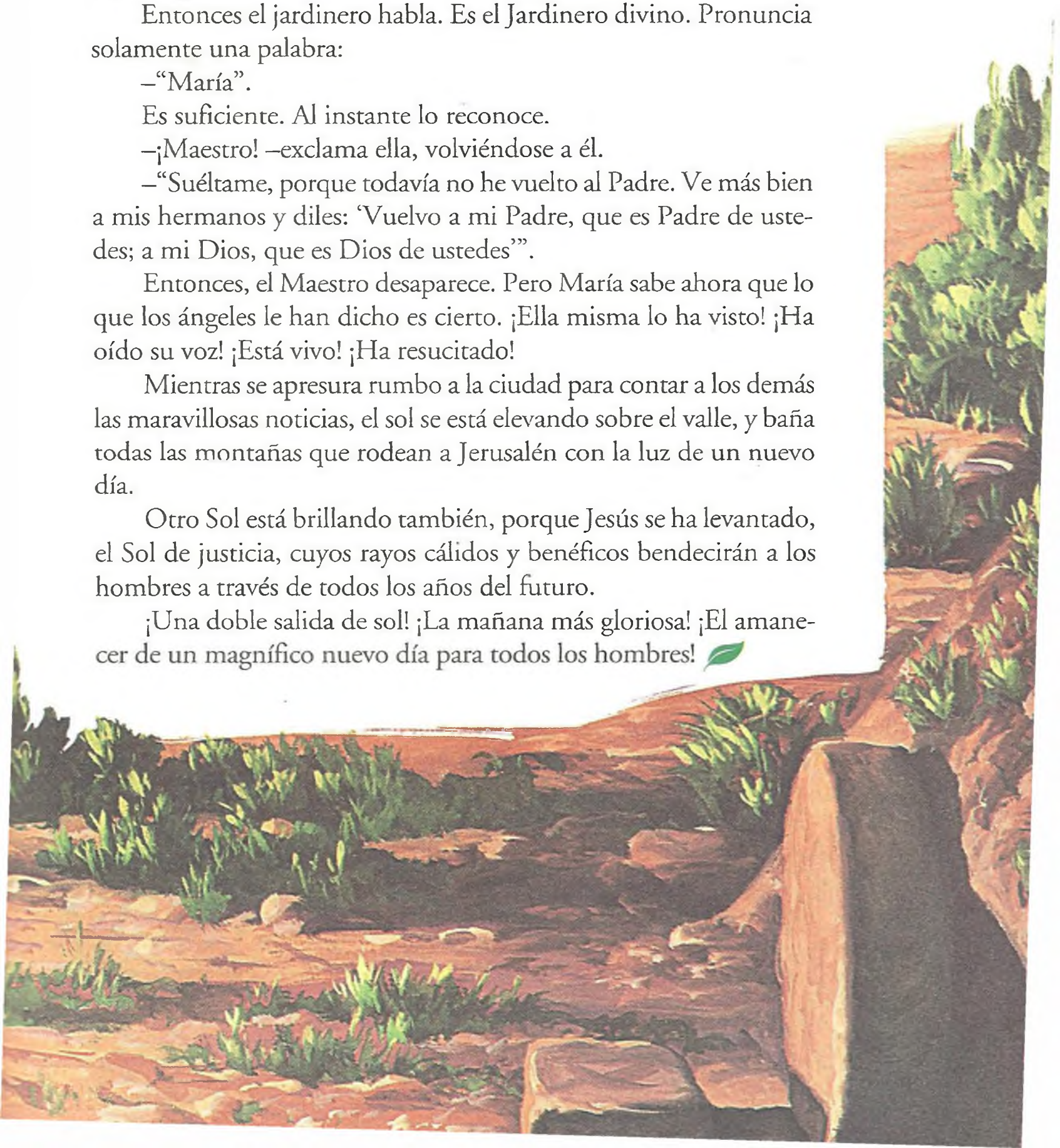
–"Suéltame, porque todavía no he vuelto al Padre. Ve más bien a mis hermanos y diles: 'Vuelvo a mi Padre, que es Padre de ustedes; a mi Dios, que es Dios de ustedes'".

Entonces, el Maestro desaparece. Pero María sabe ahora que lo que los ángeles le han dicho es cierto. ¡Ella misma lo ha visto! ¡Ha oído su voz! ¡Está vivo! ¡Ha resucitado!

Mientras se apresura rumbo a la ciudad para contar a los demás las maravillosas noticias, el sol se está elevando sobre el valle, y baña todas las montañas que rodean a Jerusalén con la luz de un nuevo día.

Otro Sol está brillando también, porque Jesús se ha levantado, el Sol de justicia, cuyos rayos cálidos y benéficos bendecirán a los hombres a través de todos los años del futuro.

¡Una doble salida de sol! ¡La mañana más gloriosa! ¡El amanecer de un magnífico nuevo día para todos los hombres!



Un misterioso extranjero

(Lucas 24:11-31)

CUANDO María Magdalena llegó jadeante y terriblemente excitada al lugar donde se habían reunido muchos de los discípulos, estaba segura de que ellos creerían su historia. Pero no lo hicieron.

–¡Bueno, está bien! –puedo oírlos decir–. ¡Cálmate! Debes habértelo imaginado. Estás muy cansada. No puedes haberlo visto. Es imposible.

–¡Pero es que yo lo vi! –exclamó María–. ¡Yo lo vi!

–¡Pobre María! –dijo alguien–. Ya te vas a recuperar.

–¡Pero él me habló a mí! ¡Me llamó "María"! Yo reconozco su voz en cualquier parte. Y me dijo que él regresaría al cielo a ver a su Padre. Por favor, ¡créanme!

Pero no le creyeron. No podían. Y sin embargo estaban alterados por todas las historias que recibían. No había duda de que la tumba estaba vacía. Pedro y Juan habían estado allí y no habían encontrado nada sino el sudario de lino. El cuerpo de su Maestro había desaparecido por la noche. Hasta allí era cierto. Alguien lo había tomado. Pero ¿quién? ¿Y por qué?

¿Lo habían sepultado secretamente los sacerdotes en algún otro lugar, de manera que los discípulos nunca lo encontraran? ¿Les habría dicho Pilato a los soldados que se deshicieran de él de alguna manera para ahorrarse mayores molestias?

Hablaron todo el día, tratando de pensar en una explicación tras otra. No había nada más que pudieran hacer. La mayor parte de ellos tenían miedo de salir, no fuera que se los arrestara. Así que esperaban adentro, aguardando que las cosas se aquietaran lo suficiente como para que pudieran deslizarse fuera de la ciudad y ponerse en camino a Galilea.

Finalmente, dos de ellos decidieron arriesgarse y volver a casa. Eran Cleofas y un amigo, que vivían en Emaús, ciudad que estaba a unos 11 kilómetros de Jerusalén. Se despidieron de los demás y salieron. Después de pasar por las calles de la ciudad sin dificultades, pronto se vieron fuera de ella, en el camino principal.

Sus corazones estaban tristes y sus rostros ansiosos. Todas las cosas habían ido mal. Los dos se sentían miserables. Todas sus esperanzas se habían edificado sobre Jesús, y ahora se habían derrumbado como un castillo de naipes.

Cuando habían visto a Jesús cabalgar hacia Jerusalén en aquel asno, estaban seguros de que estaba por proclamarse rey de Israel. En cambio, había permitido que se lo arrestara y crucificara como a un criminal común. ¡Qué pena!

¡Qué buen rey habría sido! Con su hermosa enseñanza de que todos debían amarse mutuamente, y con su maravilloso poder para sanar a los enfermos, su reino habría sido el más glorioso en la historia de Israel, mucho mayor que el de David o el de Salomón. Pero ahora estaba muerto y sepultado. En fin, había sido sepultado, pero nadie sabía dónde estaba su cuerpo. ¡Qué cosa extraña! No había otra cosa que hacer más que volver a trabajar y olvidarlo todo.

Mientras los dos caminaban con lentitud, profundamente concentrados, de repente descubrieron que un extranjero caminaba con ellos.

Sorprendidos, deben haber tenido la tentación de preguntarle: "¿De dónde vienes?" Pero eran demasiado corteses como para hacerles esa pregunta. Sencillamente, continuaron caminando. El personaje misterioso habló primero.

–"¿Qué vienen discutiendo por el camino? –les preguntó.

Cleofas lo miró.

–"¿Eres tú el único peregrino en Jerusalén que no se ha enterado de todo lo que ha pasado recientemente?

–"¿Qué es lo que ha pasado?" –les preguntó el extraño, inocentemente.

–"Lo de Jesús de Nazaret" –dijo Cleofas, contento de poder contar toda la historia a alguien que no la había conocido antes–. Este Jesús, "era un profeta, poderoso en obras y en palabras delante de Dios y de todo el pueblo. Los jefes de los sacerdotes y nuestros gobernantes lo entregaron para ser condenado a muerte, y lo crucificaron".

El extraño escuchaba con profundo interés.

–"Pero nosotros abrigábamos la esperanza –siguió diciendo Cleofas– de que era él quien redimiría a Israel. Es más, ya hace tres días que sucedió todo esto. También algunas mujeres de nuestro grupo nos dejaron asombrados. Esta mañana, muy temprano, fueron al sepulcro pero no hallaron su cuerpo. Cuando volvieron, nos contaron que se les habían aparecido unos ángeles quienes les dijeron que él está vivo. Algunos de nuestros compañeros fueron después al sepulcro y lo encontraron tal como habían dicho las mujeres, pero a él no lo vieron".

Así divagaba Cleofas, contando todo lo que podía recordar de lo que había acontecido aquel fin de semana.

Con todo respeto, el extranjero escuchó hasta el final. Entonces, para gran sorpresa de ambos, los reprendió con amabilidad por haber sido tan ignorantes.

–"¡Qué torpes son ustedes –les dijo–, y qué tardos de corazón para creer todo lo que han dicho los profetas! ¿Acaso no tenía que sufrir el Cristo estas cosas antes de entrar en su gloria? Entonces, comenzando por Moisés y por todos los profetas, les explicó lo que se refería a él en todas las Escrituras".

¡Qué estudio maravilloso de la Biblia debe haber sido aquel! Diez kilómetros de caminata, mientras los dos discípulos se admiraban del extraordinario conocimiento de su recién hallado amigo.

Al llegar cerca de Emaús, el extranjero "hizo como que iba más lejos", pero los otros, que tanto habían disfrutado de su compañía, no quisieron dejarlo.

–"Quédate con nosotros –insistieron–, que está atardeciendo; ya es casi de noche".

Así, el extranjero quedó para la cena, y Cleofas le pidió que diera las gracias, algo que hizo alegremente. Fue entonces, al tomar el pan y bendecirlo, cuando lo reconocieron como el Salvador.

–¡Jesús! ¡Maestro! –exclamaron. Pero ya se había ido.

"Él desapareció".

¡De manera que María Magdalena tenía razón! ¡Después de todo habían visto al Señor! ¡Por cierto que estaba vivo! ¡Qué noticia más maravillosa! ¡Debían comunicarla a los demás de inmediato!

Corazones inflamados

(Lucas 24:32-47)

CLEOFAS y su amigo se olvidaron del hambre y del cansancio, y saltaron de la mesa para correr de regreso hacia Jerusalén.

Ese era un viaje que normalmente no se realizaba de noche. Pero ¿qué les importaba la oscuridad o los posibles ladrones, con semejante historia para relatar?

Ahora sí que no andaban con lentitud. Corrían tan rápidamente como podían, tropezando con las piedras, cayendo, levantándose, y siempre apresurándose más. ¡Adelante, siempre adelante, rumbo a Jerusalén!

Corrían tan rápido, que les queda poco aliento para conversar. No obstante, alcanzan a reprocharse por no haber reconocido a Jesús más temprano.

–"¿No ardía nuestro corazón mientras conversaba con nosotros en el camino y nos explicaba las Escrituras?"

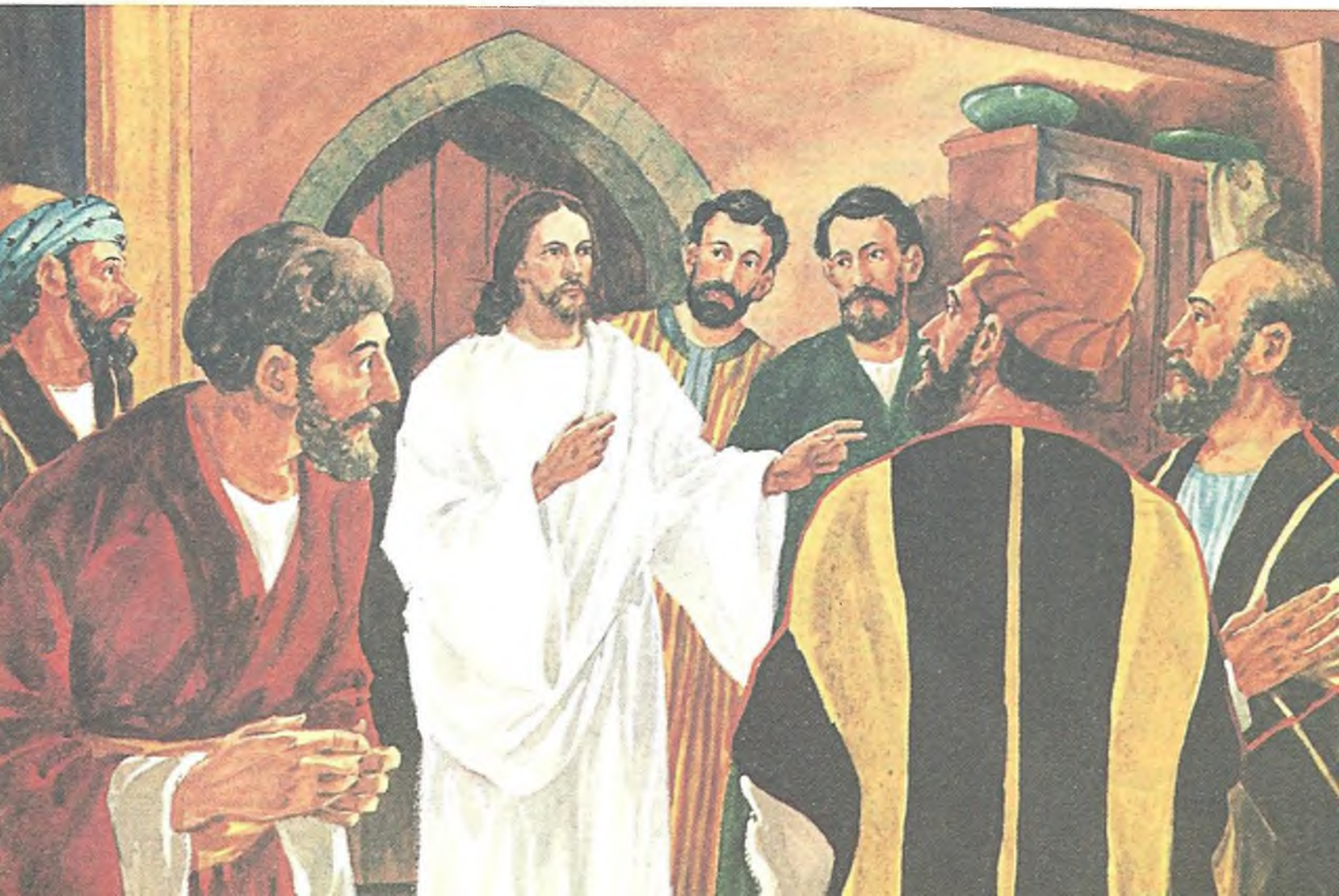
¡Cuán diferentes son ahora estos hombres de los que solo pocas horas antes habían emprendido el camino hacia Emaús! ¡De pobres individuos entristecidos y desesperados, que arrastraban los pies, habían sido transformados en hombres de fe y valor, con el co-

razón inflamado por un glorioso mensaje! En lugar de huir con desesperación de sus enemigos, se apresuran de nuevo para estar en su medio, ávidos de intentar valientemente cualquier cosa por su Señor resucitado.

Jadeantes y agitados, pasan por las puertas de la ciudad, y se apresuran ahora hacia donde han dejado a los discípulos más temprano aquel día. Llaman a la puerta. Alguien la abre con cuidado, esforzando la vista ansiosamente en la oscuridad para asegurarse de que ningún enemigo está allí. Por la puerta abierta, Cleofas y su amigo ven a un grupo de personas tensas, excitadas. Uno del grupo los reconoce y exclama:

–"¡Es cierto! El Señor ha resucitado y se le ha aparecido a Simón".

Pero los hombres de Emaús tienen también grandes noticias, y comienzan a decirles cómo Jesús los encontró en el camino, cómo marchó con ellos por dos horas o más, y cómo lo reconocieron



cuando partió el pan en la cena.

Todos los presentes en la pieza se sienten emocionados ante esta nueva prueba de que Jesús está vivo. Seguramente, dicen ellos, debe ser cierto que ha resucitado de los muertos.

Repentinamente, mientras todos hablan con agitación sobre las últimas noticias, alguien exclama:

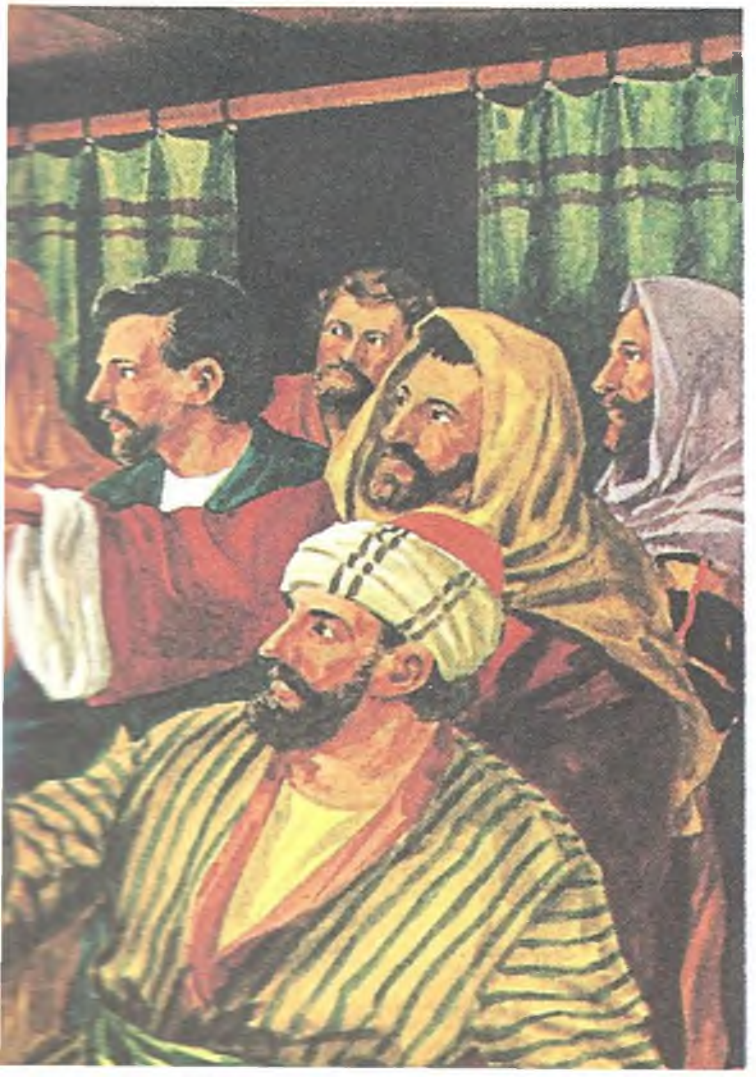
–¡Miren! ¡Ahí está él!

Todos los ojos se vuelen hacia el maravilloso personaje que sorpresivamente apareció en su medio. Lo oyen decir:

–"Paz a ustedes".

Pero no hay paz en sus corazones. Están llenos de temor, seguros de que este personaje brillante debe ser un espíritu. Pero no es un espíritu; es Jesús mismo.

–"¿Por qué se asustan tanto? –les preguntó–. ¿Por qué les vienen dudas? Miren mis manos y mis pies. ¡Soy yo mismo! Tóquenme y vean; un espíritu no tiene carne ni huesos, como ven que los tengo yo".



Entonces, para gran sorpresa de ellos les dice:

–"¿Tienen aquí algo de comer?"

¡Él debe ser real, entonces, si está hambriento, y quiere comer!

Se dispersan alrededor, buscando en las alacenas. No hay mucho. Solo un trozo de pez asado y parte de un panal de miel, pero le ofrecen los últimos trozos alegremente, felices de poder

hacer algo por él de nuevo. Aunque es el Rey de la vida y Señor de toda la creación, acepta el sencillo alimento con gratitud.

Mientras lo come, todo el mundo lo observa con grandes ojos. Terminada la breve comida, Jesús comienza a darles a estos discípulos el mismo estudio bíblico que les dio a Cleofas y a su amigo en el camino a Emaús. Les abre la inteligencia para que entiendan las Escrituras, diciendo:

–"Esto es lo que está escrito: que el Cristo padecerá y resucitará al tercer día, y en su nombre se predicarán el arrepentimiento y el perdón de pecados a todas las naciones, comenzando por Jerusalén".

Ellos atesoran con amor cada palabra que dice. Se desvanece la tristeza. Nueva esperanza llena sus corazones. ¡Jesús está vivo! ¡Se ha levantado de los muertos! ¡Ha cumplido su promesa! ¡Y las grandes profecías acerca de las que solía hablar se han hecho realidad!

Repentinamente, sus corazones empiezan a arder también. El pábilo agonizante de su fe y su valor se convierte de improviso en llama viva. De un grupo de hombres desanimados y derrotados son transformados en campeones ardorosos de su amado Señor, dispuestos a contar su admirable historia hasta los fines de la tierra.

Por qué dudó Tomás

(Juan 20:24-29)

POR una u otra razón, Tomás no estuvo presente cuando Jesús se les apareció a los discípulos ese domingo de noche. Es probable que haya ido a hacer algún mandado, o que haya estado muy ocupado con los preparativos para regresar a Galilea. De cualquier manera, estaba ausente y se perdió la oportunidad de estar entre los primeros en ver a Jesús después de su resurrección.

El momento exacto en que escuchó las noticias acerca de lo que había sucedido, no lo sabemos. Puede haber sido esa misma noche, o a la mañana siguiente. El hecho es que sus amigos estaban muy entusiasmados por lo que había sucedido, y ansiosos de contársela a él.

–¡Hemos visto al Señor! –le dicen–. Se nos apareció. Lo vimos y conversamos con él. Ahora sabemos con seguridad que se ha levantado de los muertos.

–¡Es absurdo! –dijo Tomás–. Ustedes son iguales que las mujeres. Ven cosas. No les creo.

Día tras día, se negó a creer el relato de ellos. Tal vez fue porque se sintió un poco desplazado. A esta altura, ya había oído que Jesús había aparecido a María Magdalena, a Pedro, a Cleofas y, finalmente, a todos los discípulos en el aposento alto. ¿Por qué se le habría apa-

recido a todo el mundo excepto a él mismo? Es probable que sintiera también un poco de celos, además de dudar.

De todos modos, decidió que no creería a menos que él mismo viera a Jesús.

–"Mientras no vea yo la marca de los clavos en sus manos, y meta mi dedo en las marcas y mi mano en su costado, no lo creeré –repuso Tomás".

Durante toda la semana, se aferró firmemente a esta idea. Nadie podía hacerlo cambiar de opinión.

Algunos han pensado que Tomás hacía muy mal en albergar sus dudas por tanto tiempo, pero olvidan que todos los discípulos dudaron al comienzo. Cuando oyeron los relatos que las mujeres les trajeron acerca de la tumba abierta, los llamaron "una tontería". Tomás dudó solo unos pocos días más que el resto. Y Tomás tenía muchos puntos buenos. Era un hombre valeroso, y completamente dedicado a Jesús durante su ministerio.

Ahora, al no haber visto a Jesús desde su crucifixión, estaba en duda. Debido a la lealtad hacia su amado Maestro, no quería cometer un error. ¿Podían ser ciertas las historias de su resurrección? No estaba seguro. "Creeré cuando lo vea –se dijo a sí mismo–, pero no antes".

Toda aquella semana se preocupó por ello. Mientras pasaban los días, sus dudas crecían. Si Jesús estaba vivo, como los otros habían dicho, ¿por qué no se le había aparecido a él?

Vino otro sábado, una semana después de aquel primero, el sábado más triste de la historia, y todavía no había señal de Jesús. La mayor parte de los discípulos estaban ahora seguros de que se hallaba vivo en alguna parte. Pero ¿dónde podrían encontrarlo? Solo uno de los doce parecía inclinarse a dudar.

Por Qué Dudó Tomás

"Yo no puedo creer que esté vivo –se dijo Tomás a sí mismo–; no lo creeré; no lo creeré a menos que vea las marcas de los clavos en sus manos".

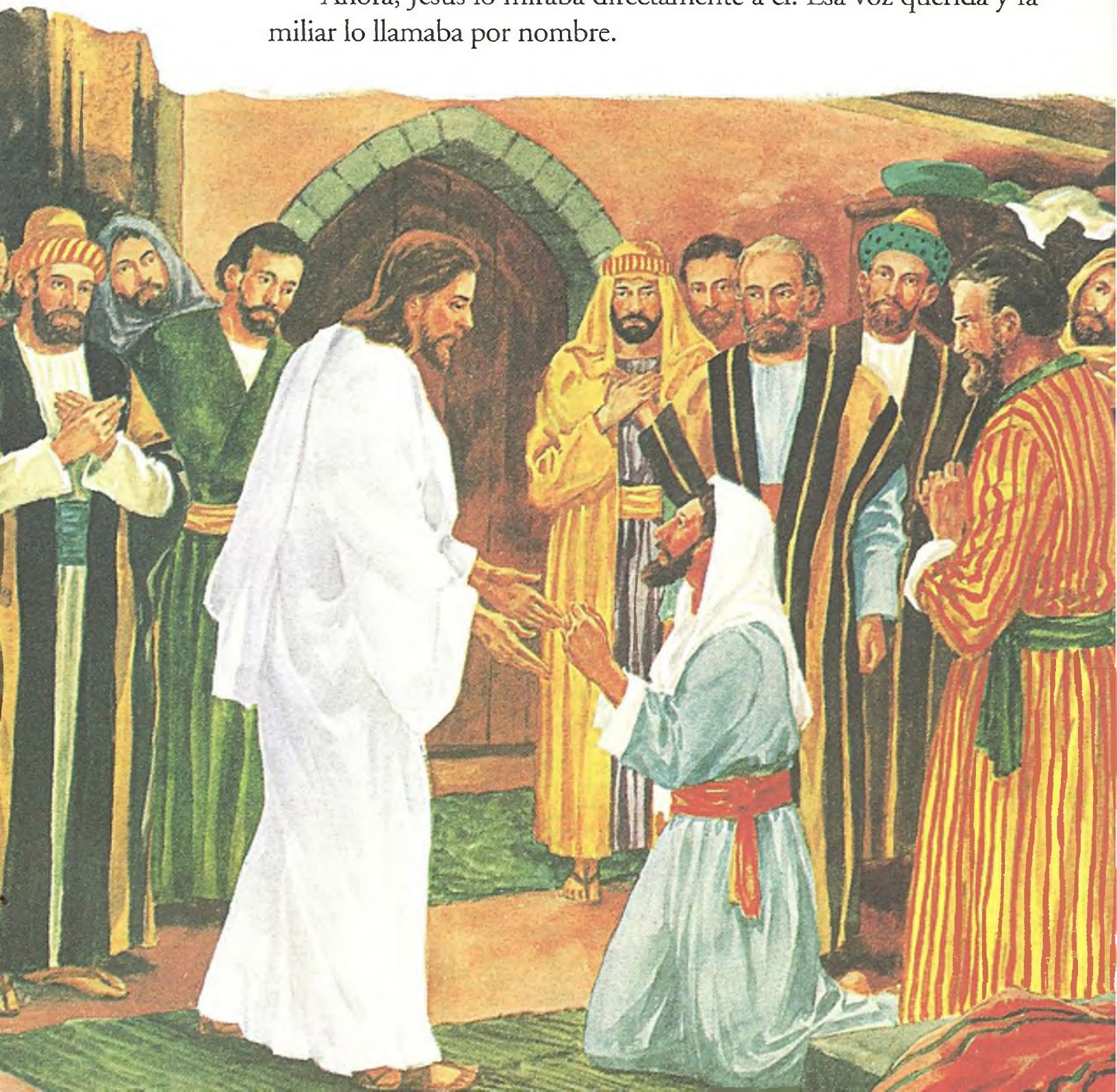
Pasó el sábado y llegó el domingo. Habían transcurrido ya diez días desde la crucifixión.

Entonces, por la tarde, mientras todos los discípulos estaban juntos en el aposento alto, "aunque las puertas estaban cerradas, Jesús entró y, poniéndose en medio de ellos, los saludó.

–"¡La paz sea con ustedes!"

Esta vez, Tomás estaba también con los otros, ¡y qué mirada de rotunda sorpresa había en su rostro! Bien puede haberse sentido avergonzado, también, después de todas sus dudas. Por cierto que este era Jesús. No podía haber ninguna duda ahora. Los otros habían tenido razón todo el tiempo. El Señor en verdad había resucitado de los muertos.

Ahora, Jesús lo miraba directamente a él. Esa voz querida y familiar lo llamaba por nombre.



"Le dijo a Tomás:

–"Pon tu dedo aquí y mira mis manos. Acerca tu mano y métela en mi costado. Y no seas incrédulo, sino hombre de fe".

¡Así que Jesús había leído sus pensamientos! ¡Jesús conocía todas sus dudas! ¡Había oído cada palabra pronunciada por él acerca de tocar las heridas en sus manos, en sus pies y en su costado!

Tomás no quería tocarlas ahora. No había gran necesidad. Fuera de toda duda, este era el querido Maestro en persona. Arrodillándose con humildad a sus pies, exclamó:

–"¡Señor mío y Dios mío!"

Entonces, Jesús le dijo en forma bondadosa y amable:

–"Porque me has visto, has creído –le dijo Jesús–; dichosos los que no han visto y sin embargo creen".

En ese momento, Jesús estaba pensando no solamente en Tomás, sino en muchas otras personas, en toda la gente que viviría desde ese día hasta hoy. Estaba pensando en todos los muchachos y las niñas que escucharían el relato del Maestro a través de los años del futuro, y que tendrían que creer en él sin verlo. Dichosos sean ellos, dijo él.

Esta bendición es para ti y para mí, pues ninguno de los que vivimos hoy ha visto jamás a Jesús. Nadie puede verlo ahora. Sin embargo, podemos creer en él. Los patriarcas, los profetas y los apóstoles nos han informado todo lo que necesitamos saber acerca de él. Lo han hecho tan real, que podemos sentirlo muy cerca de nosotros.

Pero lo mejor de todo es que tenemos la palabra de Tomás, el hombre que dudó tanto y luego creyó con todo su corazón. Su historia ha sido escrita en la Biblia para que tú y yo, sin verlo, pero creyendo, caigamos sobre nuestras rodillas ante el amado Jesús diciendo: "¡Señor mío y Dios mío!"

De regreso a las barcas

(Juan 21:1-7)

A ESTA altura, las ceremonias relacionadas con la Pascua habían terminado. Miles de personas atestaban las calles, alejándose de Jerusalén, ansiosos por volver a sus hogares, conversando con entusiasmo. Nunca habían tenido tanto de qué hablar.

Si bien los sacerdotes habían esperado deshacerse de Jesús de Nazaret al crucificarlo, su nombre ahora estaba en boca de todos. Algunos hablaban acerca de la manera en que había dado vuelta las mesas de los cambistas de monedas en el templo; otros, acerca de la oscuridad de la cruz y su último grito de agonía. Pero la historia preferida era la de la tumba vacía. Era un misterio de primer orden. ¿Quién se había llevado su cuerpo? ¿Los sacerdotes, los soldados o los discípulos? ¿Qué habían hecho con él, y con qué motivo?

Mientras todos comentaban de una y de otra manera el tema, comenzó a correr a lo largo de las carreteras que salen de Jerusalén el rumor de que Jesús no estaba muerto, después de todo. ¡Realmente había salido de su propia tumba en ocasión del gran terremoto!

De Regreso A Las Barcas

¿Era cierto el rumor? Nadie podía decirlo. Pero la noticia continuaba esparciéndose, y era la más excitante que había aparecido en mil años.

En cuanto a los discípulos, estaban contentos de poder regresar a Galilea, y no veían la hora de llegar allí. ¿No les había dicho Jesús que él se encontraría allí con ellos?

Siete de ellos anduvieron juntos todo el camino: Pedro, Santiago, Juan, Tomás, Natanael, y otros dos. Todos estaban contentos de poder dejar atrás los recuerdos de Jerusalén. Pero se sentían terriblemente solitarios sin Jesús. La última vez que habían recorrido este camino –no hacía muchos días– él había estado con ellos, como su Líder, su Maestro y su Amigo. Ahora estaban solos.

Por este tiempo, por supuesto, estaban perfectamente seguros de que él había resucitado de los muertos, pero hubieran querido que estuviera conversando con ellos como antes.

En su viaje, pasaron por más de un lugar que les recordó la compañía del Maestro. De vez en cuando, alguno de ellos decía: "Aquí es donde él sanó a un leproso". O "Aquí es donde devolvió la vista al hombre ciego". O "Fue aquí donde nos dijo que no había venido a destruir la vida de los hombres sino a salvarlos".

Cuando llegaron a Caná de Galilea, todo un torrente de recuerdos se volcó en su memoria, porque en esa aldea Jesús había realizado su primer milagro en ocasión de una boda.

Poco tiempo después, llegaron a la cumbre de una colina desde la que podían ver el lago, que era tan querido para ellos. Estaba tan hermoso como siempre, tan calmo, tan pacífico, y seguía siendo el mismo a pesar de todo lo que había ocurrido.

Ansiosamente, se apresuraron a ascender la última cuesta hacia Tiberíades, y entonces siguieron hasta Capernaúm. ¡Cuán maravilloso era estar de nuevo en casa! Sus mentes entonces se concentraron en la pregunta de "¿Qué haremos ahora?" Pedro la contestó para todos.

–"Me voy a pescar –dijo Simón Pedro.

–"Nos vamos contigo –contestaron ellos".

Así que se dirigieron al viejo muelle y allí, para su gozo, estaban sus antiguas y queridas barcas, tal como las habían dejado. ¡Qué emoción tuvieron de observarlas de nuevo, achicar el agua, acomodar los remos y alistar las redes!

Estos botes eran tan tentadores, que los siete discípulos difícilmente podían esperar para entrar en uno de ellos de nuevo. La Biblia dice: "Salieron, pues, de allí y se embarcaron". Estoy seguro que lo hicieron. No podían evitarlo.

Creo que sé cómo se sentían. Estuve una vez en un bote en el lago de Galilea y vi a los pescadores tirar de sus redes cargadas de pescado. ¡Era un sentimiento maravilloso!

Pero un triste chasco aguardaba a los discípulos esa noche. No pudieron pescar nada. Vez tras vez tiraron sus redes y las recogieron, solo para encontrarlas vacías. Era muy desanimador, espe-

cialmente debido a que necesitaban mucho el dinero que una buena pesca les hubiera proporcionado. No me sorprendería que se hubieran dicho el uno al otro: "Nos hemos olvidado de pescar. Hemos perdido nuestra habilidad en estos meses que hemos estado lejos de los botes".

Comenzaron a brillar las estrellas, y todavía no habían pescado nada. Pasó la medianoche, y sus redes continuaban vacías. Rompía la madrugada y no había nada que los recompensara por la noche de cansancio. Cuando la luz de la mañana se hizo más brillante, notaron a un hombre parado en la orilla.

–¿Quién será ese que está allí a esta hora de la mañana? –preguntó uno.

–Es difícil saberlo –dijeron los demás–. Parece ser un extraño en estos lugares.

Entonces, para su sorpresa, el extraño les habló, y su voz llegó con claridad a través de los cerca de 90 metros de agua que los separaban.

–"Muchachos, ¿no tienen algo de comer? –les preguntó Jesús.

–"No" –respondieron con tristeza.

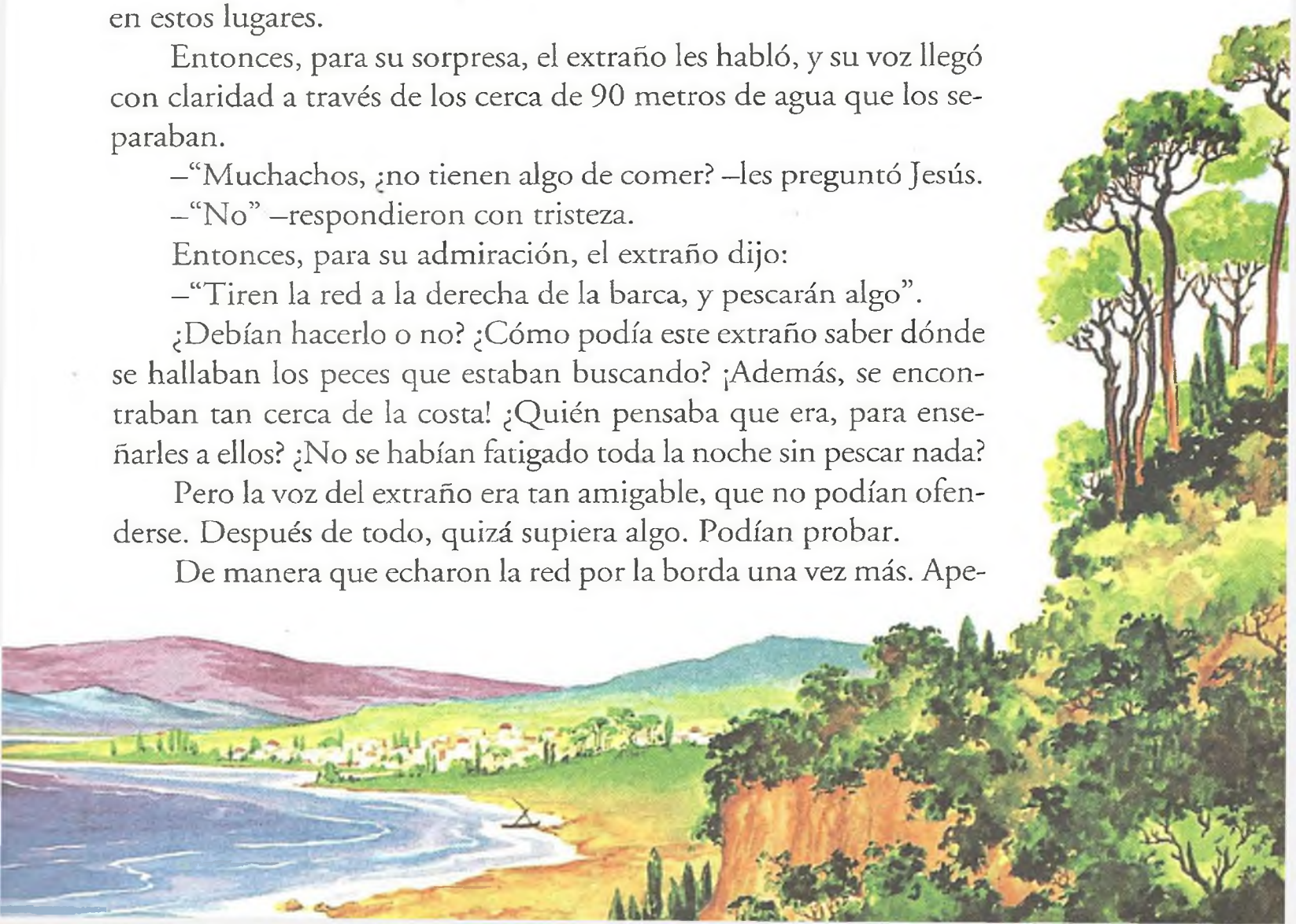
Entonces, para su admiración, el extraño dijo:

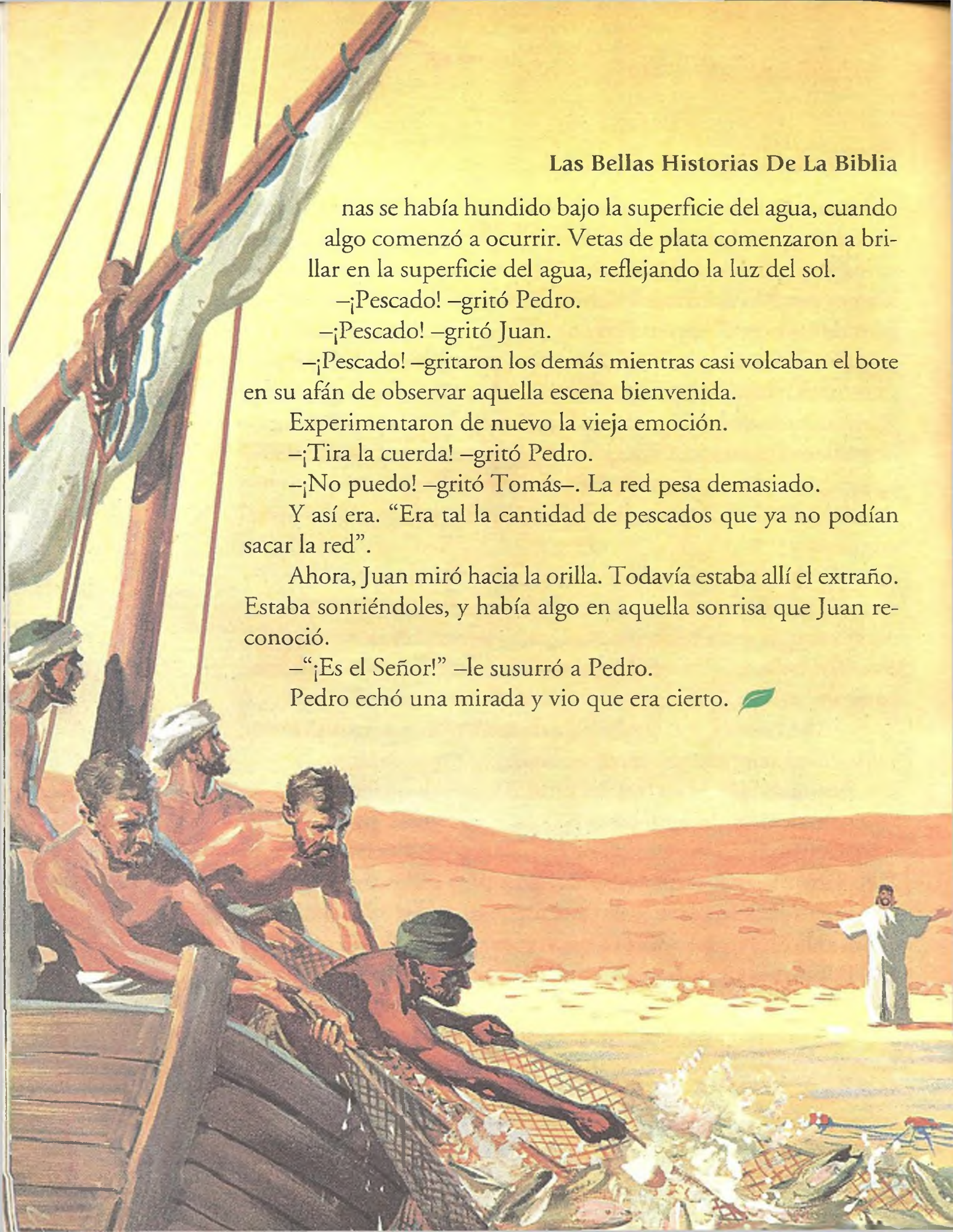
–"Tiren la red a la derecha de la barca, y pescarán algo".

¿Debían hacerlo o no? ¿Cómo podía este extraño saber dónde se hallaban los peces que estaban buscando? ¡Además, se encontraban tan cerca de la costa! ¿Quién pensaba que era, para enseñarles a ellos? ¿No se habían fatigado toda la noche sin pescar nada?

Pero la voz del extraño era tan amigable, que no podían ofenderse. Después de todo, quizá supiera algo. Podían probar.

De manera que echaron la red por la borda una vez más. Ape-





nas se había hundido bajo la superficie del agua, cuando algo comenzó a ocurrir. Vetas de plata comenzaron a brillar en la superficie del agua, reflejando la luz del sol.

–¡Pescado! –gritó Pedro.

–¡Pescado! –gritó Juan.

–¡Pescado! –gritaron los demás mientras casi volcaban el bote en su afán de observar aquella escena bienvenida.

Experimentaron de nuevo la vieja emoción.

–¡Tira la cuerda! –gritó Pedro.

–¡No puedo! –gritó Tomás–. La red pesa demasiado.

Y así era. "Era tal la cantidad de pescados que ya no podían sacar la red".

Ahora, Juan miró hacia la orilla. Todavía estaba allí el extraño. Estaba sonriéndoles, y había algo en aquella sonrisa que Juan reconoció.

–"¡Es el Señor!" –le susurró a Pedro.

Pedro echó una mirada y vio que era cierto.

Una comida en la playa

(Juan 21:7-14)

¡JESÚS había venido a ayudarles una vez más! ¡Se deben haber sentido muy contentos de verlo! Esto era más valioso que 10.000 barcos cargados de pescado.

Rápidamente, Pedro se colocó algunas prendas de vestir, "pues estaba semidesnudo", saltó al agua y caminó hasta la orilla. Los demás lo siguieron en el bote, tirando de la red cargada de pescado.

Ojalá Juan nos hubiera contado todo lo que ocurrió entonces. Tal vez estaba tan ocupado con el barco y los pescados, que no vio las lágrimas de gozo que corrían por las mejillas de Pedro, cuando cayó de rodillas y adoró al Maestro a quien tanto amaba. Tal vez no oyó a Pedro decir:

–Jesús, mi Señor, ¡cuán bueno es verte de nuevo! ¡Quédate con nosotros! ¡No nos dejes más!

Los otros discípulos estaban ahora agolpándose en torno a él y diciéndole cuán felices estaban de verlo. ¡Qué reunión maravillosa era aquella! ¡Verlo después de varios días de ausencia!

Entonces, olieron algo que los hizo sentirse bien de nuevo. Era el olor bienvenido de pescado asado y el pan tostado. Observaron

brasas en la playa junto a ellos, "con un pescado encima, y un pan".

De repente, entendieron la hermosa verdad. ¡Jesús les había preparado el desayuno! Sabiendo cuanta hambre tenían después de su larga noche de cansancio en el lago, él había planeado esta agradable sorpresa para ellos. Siendo el Hijo de Dios y el Cristo resucitado, había hecho provisión para darles de comer.

Jesús sabía, además, que no tenía suficiente pescado para tantos hombres hambrientos, y esta es la razón por la que les dijo dónde tirar la red. Por eso, les ordenó:

–"Traigan algunos de los pescados que acaban de sacar".

Así que Pedro y algunos de los otros fueron de regresada al bote y tiraron de la red, extrayéndola del agua. Esto había sido completamente olvidado, en su gozo y excitación de encontrar de nuevo a Jesús. La hallaron llena de pescados grandes, "ciento cincuenta y tres".

Ahora, teniendo abundante comida, Jesús les dijo a los siete:

–"Vengan a desayunar".

Él era el que los agasajaba. "Tomó el pan y se lo dio a ellos, e

hizo lo mismo con el pescado".

¡Qué escena hermosa e inolvidable! Jesús, el Rey de la vida, sirviendo a sus discípulos pobres y cansados, que habían estado trabajando toda la noche en la pesca. ¡No es de admirar que los amaran! ¡No sorprende que estuvieran dispuestos a hacer cualquier cosa que les pidiera, y a morir por él ,si fuera necesario!

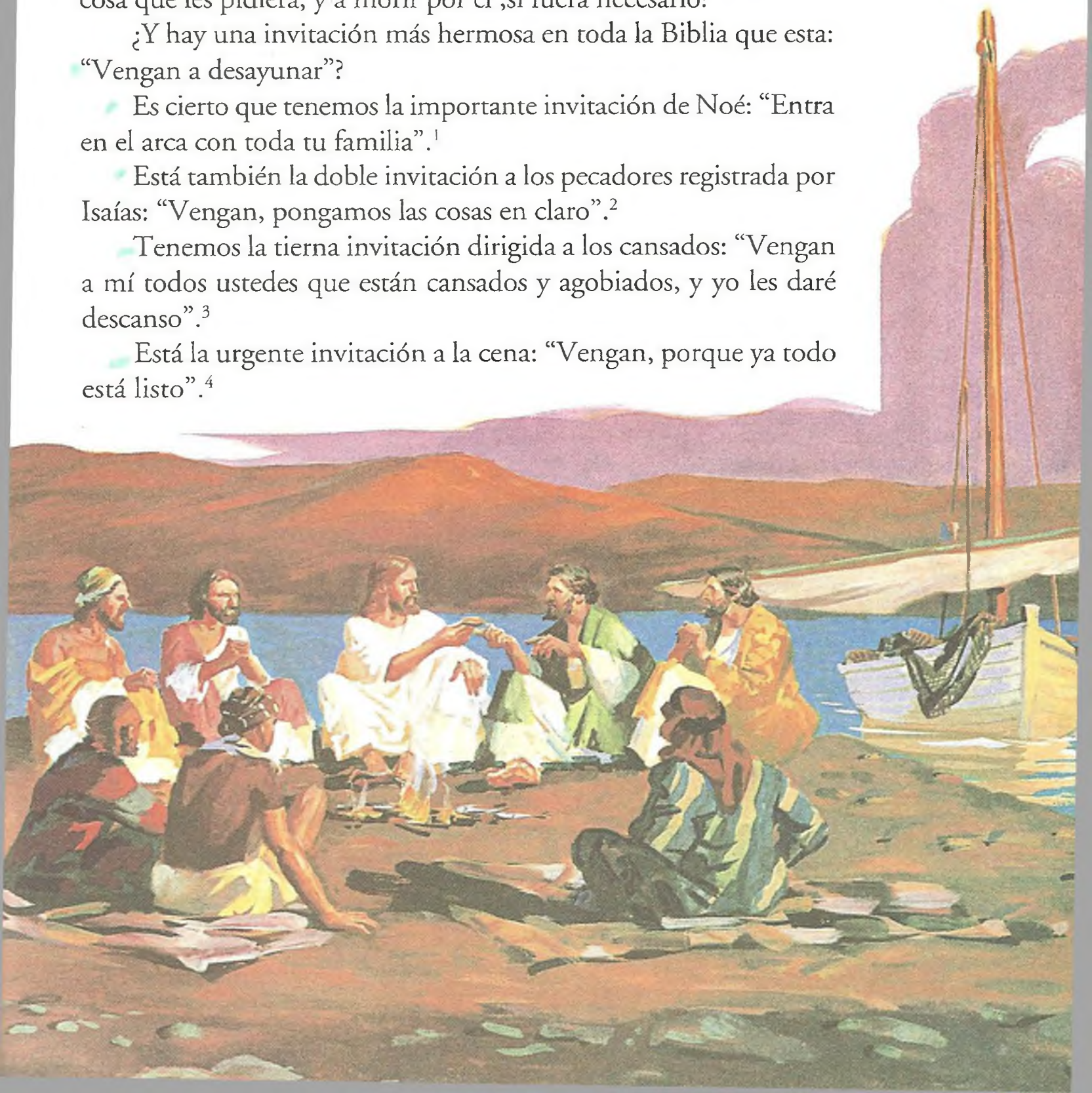
¿Y hay una invitación más hermosa en toda la Biblia que esta: "Vengan a desayunar"?

Es cierto que tenemos la importante invitación de Noé: "Entra en el arca con toda tu familia".[1]

Está también la doble invitación a los pecadores registrada por Isaías: "Vengan, pongamos las cosas en claro".[2]

Tenemos la tierna invitación dirigida a los cansados: "Vengan a mí todos ustedes que están cansados y agobiados, y yo les daré descanso".[3]

Está la urgente invitación a la cena: "Vengan, porque ya todo está listo".[4]



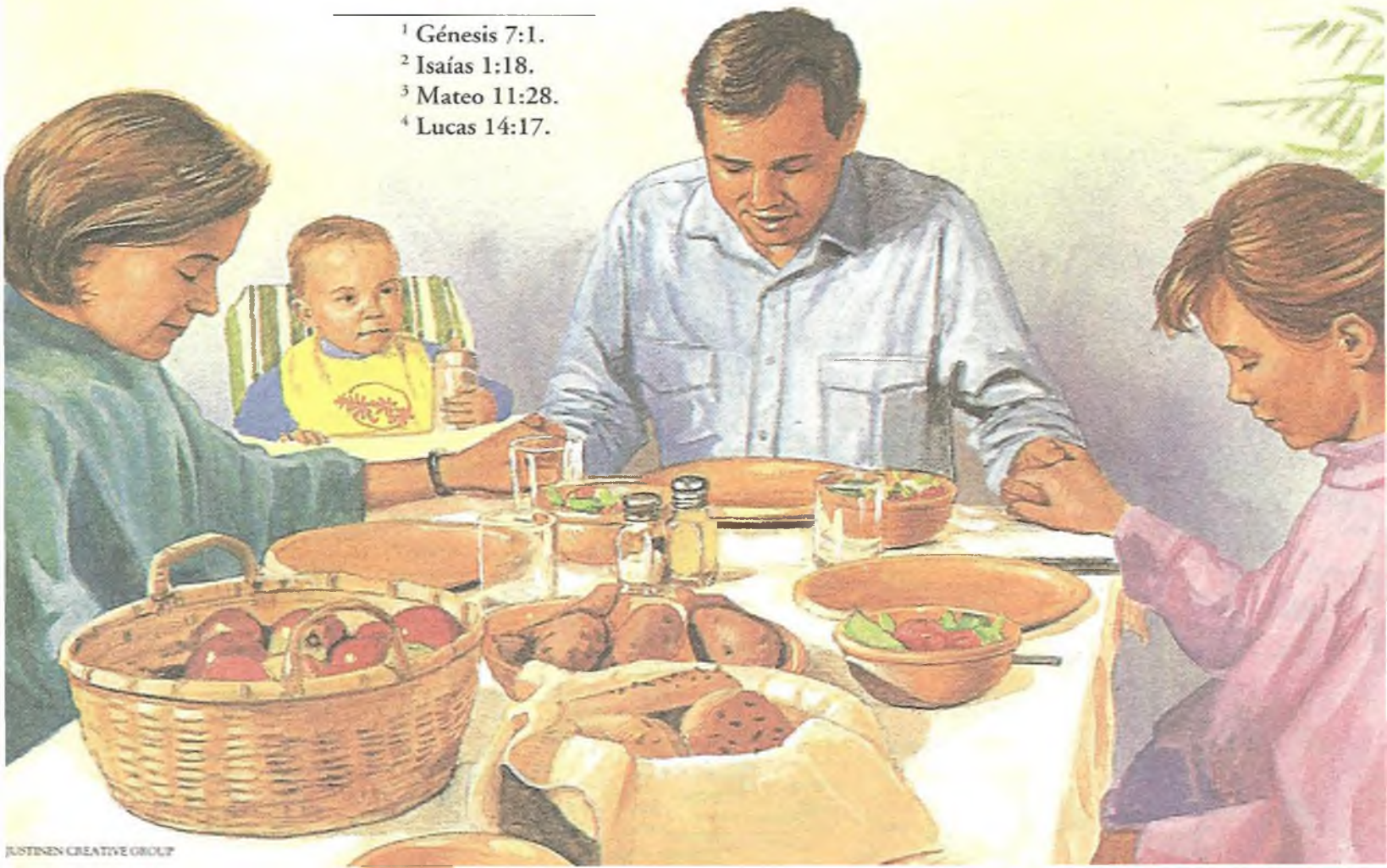
Pero con toda seguridad, la más dulce de todas es esta sencilla invitación a comer, una invitación que todo muchacho y niña puede entender. Pues a todos nosotros nos gusta comer, ¿no es cierto? ¿Qué haríamos nosotros sin la comida? Con la fuerza que ella nos da, nos dirigimos a hacer nuestro trabajo y a gozar de nuestros juegos.

Y así era entonces. Aquella comida fue el comienzo de una grande y nueva experiencia para aquellos discípulos. Sus días de pescadores en Galilea habían terminado para siempre. Desde ahora en adelante, debían comenzar la gran tarea para la que Jesús los había estado preparando por tanto tiempo. Esa comida señalaba el principio de una labor misionera de gran alcance, cuyos efectos seguirían sintiéndose a través del tiempo.

Esa invitación a comer fue el llamado a una nueva tarea y a una nueva vida dirigido a cada uno de ellos. Desde ese día, cada uno de ellos debía ser un "pescador de hombres" para el reino de Dios.

---

[1] Génesis 7:1.
[2] Isaías 1:18.
[3] Mateo 11:28.
[4] Lucas 14:17.



"Apacienta mis ovejas"

(Juan 21:15-18)

LUEGO de ese espléndido desayuno en la playa, mientras los demás discípulos estaban ocupados con la limpieza de las redes, Jesús tuvo una conversación a solas con Pedro.

–"Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que éstos?"

En el aposento alto, Pedro había afirmado que era quien más amaba a Jesús. Incluso se había jactado de que, si incluso los demás discípulos abandonaban a Jesús, ¡él ciertamente no lo haría!

Ahora, no se jactó. Simplemente, dijo:

–"Sí, Señor, tú sabes que te quiero.

–"Apacienta mis corderos –le dijo Jesús".

Había un profundo significado en estas palabras sencillas. Jesús sabía que pronto regresaría al cielo. El gran Pastor dejaría a su precioso rebaño en un mundo cruel, y él quería que Pedro ayudara a cuidarlo. Deseaba que este buen pescador llegara a ser un buen pastor, y cuidara a todos los nuevos discípulos, y especialmente a los niños y las niñas, corderos amados.

Debía tratarlos con bondad y amabilidad, alimentándolos con las verdades de la Palabra de Dios de una manera tan sencilla que

pudieran entenderlas fácilmente. No había de convertirse en un dictador que se atribuyera excesiva importancia dando órdenes a la gente como si fuera un oficial del ejército. En cambio, como buen pastor, había de conducirlos con toda bondad por el camino que debían seguir.

Jesús habló nuevamente.

–"Simón, hijo de Juan, ¿me amas?

–"Sí, Señor, tú sabes que te quiero.

–"Cuida de mis ovejas".

Él quería que Pedro viera que, si amaba en verdad a su Maestro, debía también amar a sus condiscípulos y a todos los demás que llegaran a creer en Jesús en el futuro. Debía ser siempre considerado hacia sus necesidades y protegerlos con su vida de todo daño y peligro.

Y por tercera vez, Jesús preguntó:

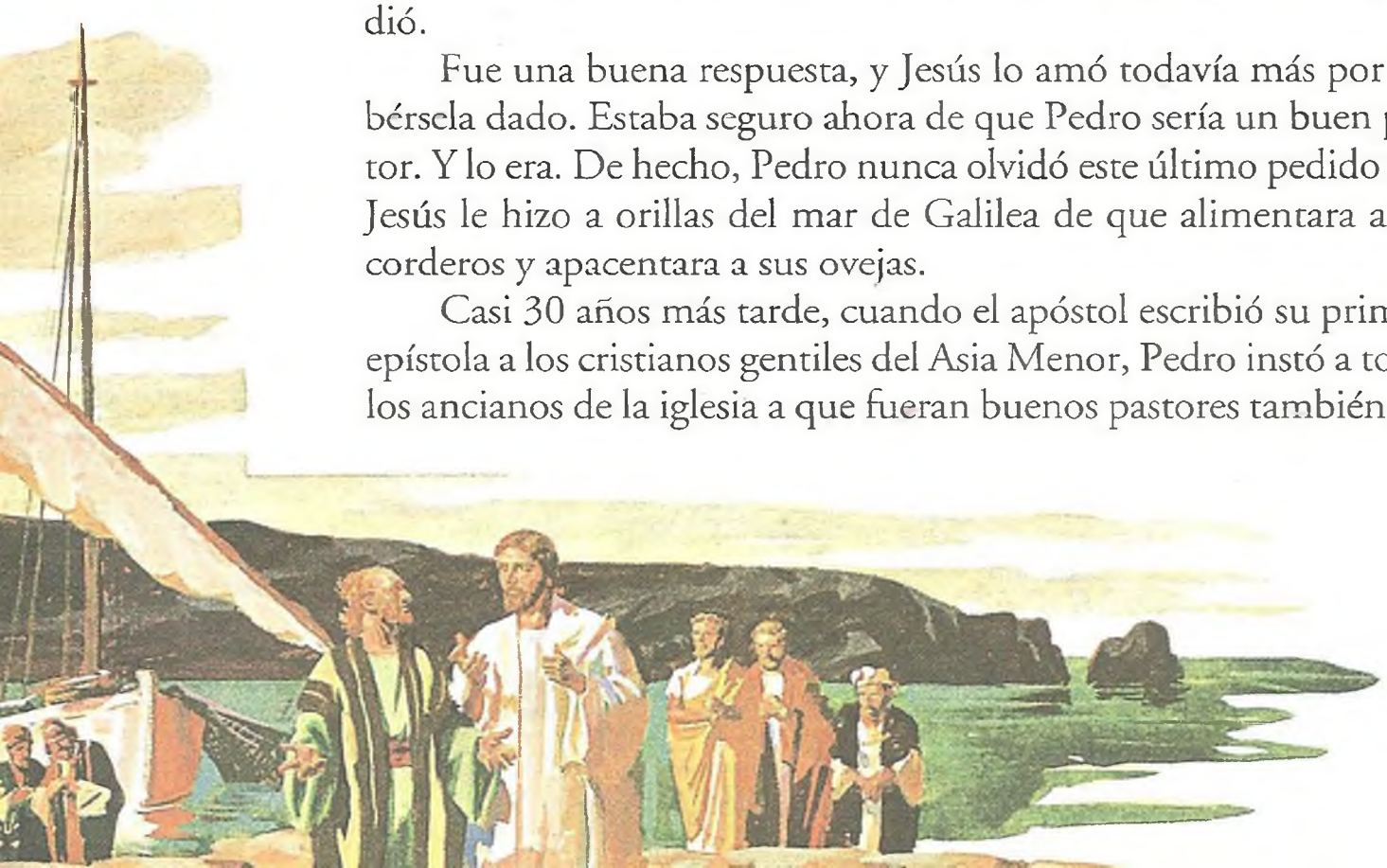
–"Simón, hijo de Juan, ¿me quieres?"

Esto entristeció a Pedro. Empezó a preguntarse si Jesús en realidad creía en él. ¿Por qué le había hecho la misma pregunta tres veces?

–"Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te quiero" –le respondió.

Fue una buena respuesta, y Jesús lo amó todavía más por habérsela dado. Estaba seguro ahora de que Pedro sería un buen pastor. Y lo era. De hecho, Pedro nunca olvidó este último pedido que Jesús le hizo a orillas del mar de Galilea de que alimentara a sus corderos y apacentara a sus ovejas.

Casi 30 años más tarde, cuando el apóstol escribió su primera epístola a los cristianos gentiles del Asia Menor, Pedro instó a todos los ancianos de la iglesia a que fueran buenos pastores también, un



ejemplo para sus rebaños.

"Cuiden como pastores el rebaño de Dios que está a su cargo, no por obligación ni por ambición de dinero, sino con afán de servir, como Dios quiere. No sean tiranos con los que están a su cuidado, sino sean ejemplos para el rebaño. Así, cuando aparezca el Pastor supremo, ustedes recibirán la inmarcesible corona de gloria".*

Pero antes de que Jesús se despidiera de Pedro aquella hermosa mañana, le dijo otra cosa de gran importancia. Descorriendo el velo del futuro por un momento, permitió que su fiel discípulo supiera qué significaría amarlo.

–"Cuando eras más joven te vestías tú mismo e ibas adonde querías; pero cuando seas viejo, extenderás las manos y otro te vestirá y te llevará adonde no quieras ir".

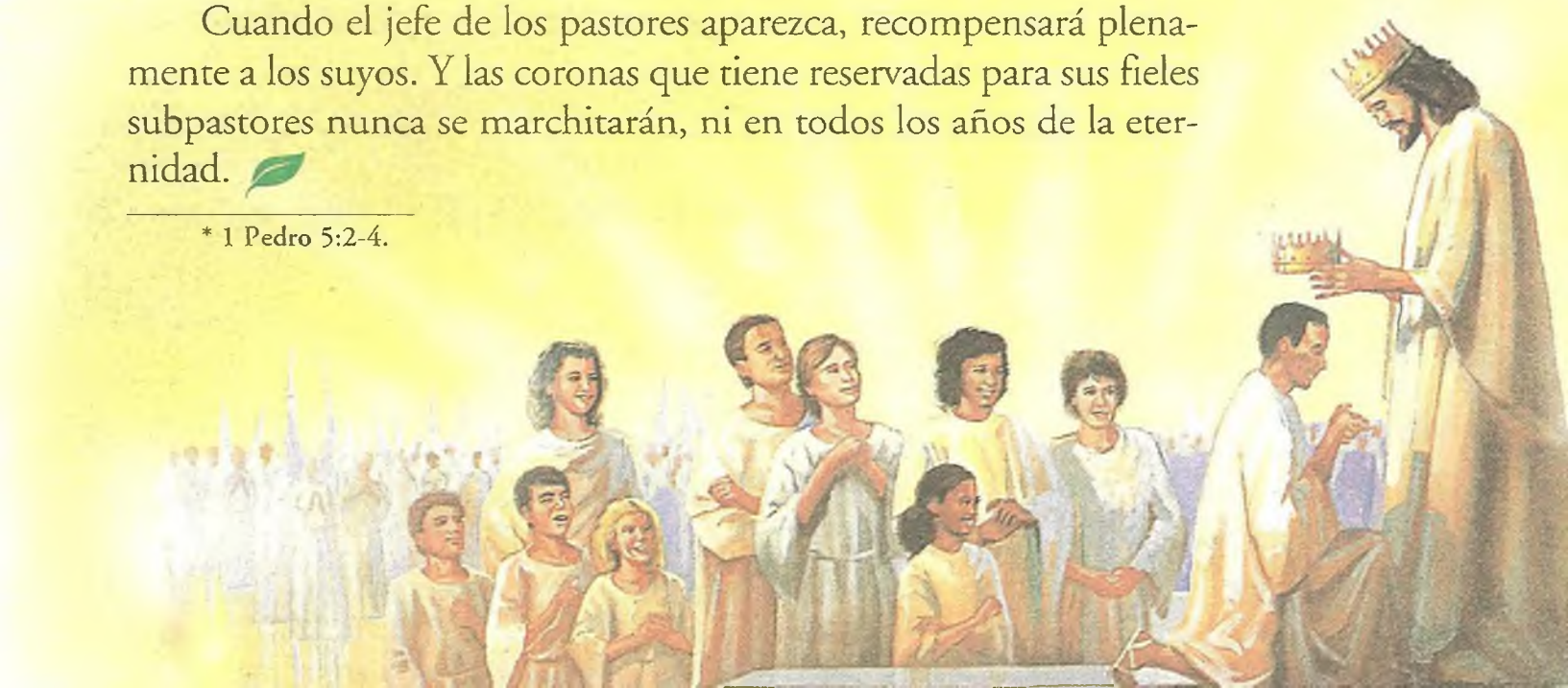
Así, el Señor le permitió a Pedro saber cuál sería su muerte. Algún día, también sería crucificado, igual que su Maestro.

Y eso es lo que ocurrió durante la terrible persecución de la iglesia bajo el emperador romano Nerón. Cuando llegó el momento, sin embargo, la tradición dice que Pedro rogó que se lo crucificara cabeza abajo, porque se sentía indigno de sufrir exactamente el mismo castigo que Jesús.

Es extraño ver adónde lleva a veces el amor por Jesús. A menudo, nos lleva a soportar durezas y sufrimientos. Pero aunque nos conduzca a la cruz en esta vida, con toda seguridad hará que seamos coronados en la vida venidera.

Cuando el jefe de los pastores aparezca, recompensará plenamente a los suyos. Y las coronas que tiene reservadas para sus fieles subpastores nunca se marchitarán, ni en todos los años de la eternidad.

* 1 Pedro 5:2-4.



Cuarenta días admirables

(Mateo 28:18-20; Marcos 16:15-18; Hechos 1:3)

ANTES que pasaran muchos días, todo Galilea sabía que Jesús se había aparecido a siete de sus discípulos en el lago. Las noticias se esparcieron como reguero de pólvora de aldea en aldea.

Sus muchos amigos de Caná, Capernaúm, Tiberíades, Nazaret y otros lugares, estaban abrumados por un profundo dolor, debido a su crucifixión, y puedes imaginarte cuán bien se sintieron al saber que no estaba muerto, después de todo. ¡Aunque sellado en una tumba, había salido de ella y regresado a Galilea!

Era demasiado maravilloso como para ser verdad, pero era cierto. Siete personas no podían estar equivocadas. ¿No habían comido con él? ¿Acaso Pedro –en quien todo el mundo confiaba– no había tenido una larga conversación con él acerca de su futura labor? ¿Puedes imaginarte a los muchachos y las niñas hablando acerca de todo esto?

–Debe haber sido Jesús –dijo uno–. Él estaba allí en la playa, tal como solía estar antes. Y él les dijo adónde debían echar la red, y entonces pescaron más de 150 peces grandes.

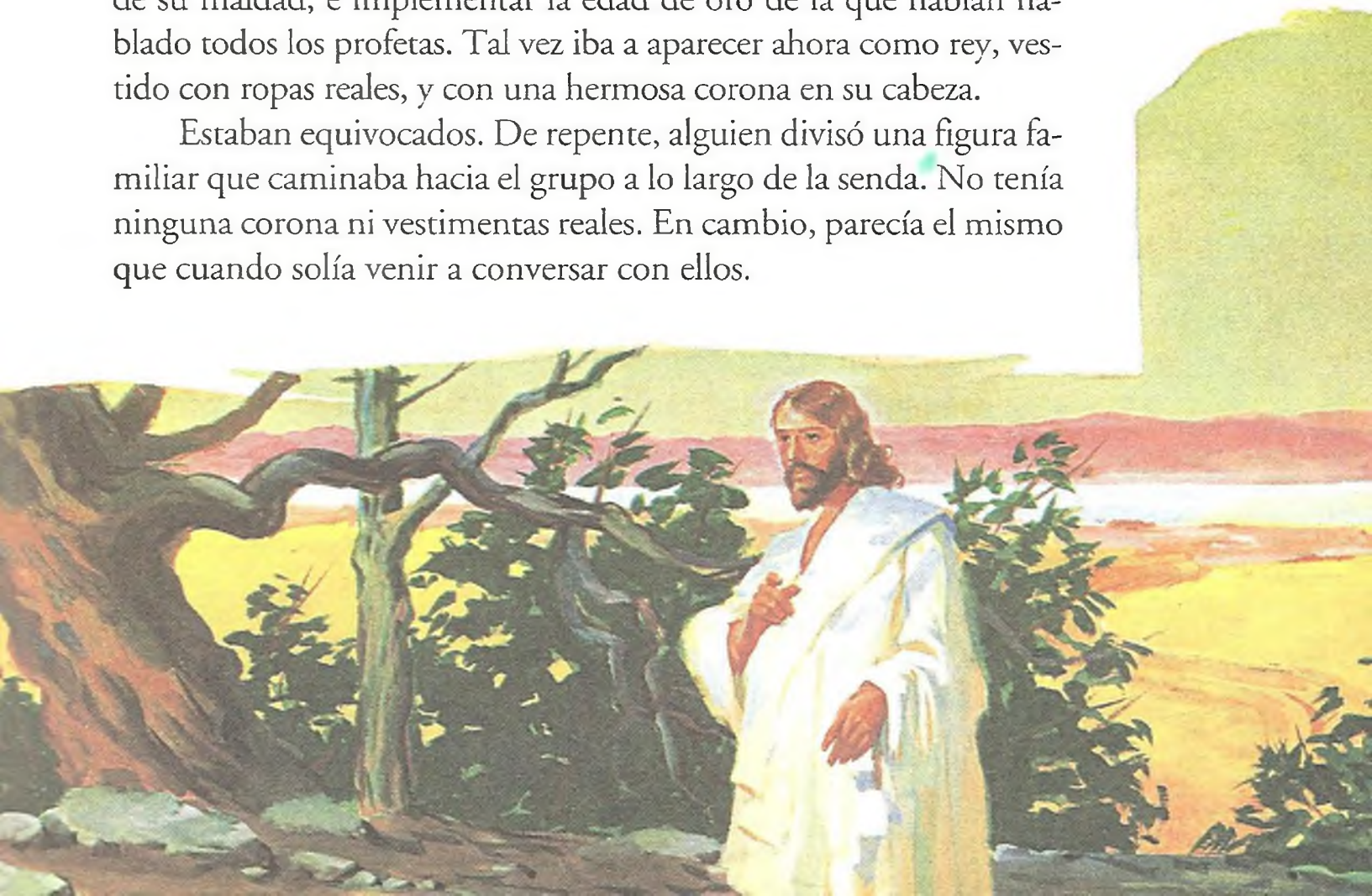
–Sí –dijo otro–. Y aun hizo fuego y empezó a cocinar antes que ellos llegaran a la orilla. Él habló y sonrió como solía hacerlo siempre antes de morir. Ojalá pudiéramos verlo también nosotros.

Poco tiempo después, se corrió el rumor de que Jesús se encontraría de nuevo con sus discípulos en la montaña donde había hablado con ellos tantas veces antes. Pronto, veintenas de hombres y mujeres, muchachos y niñas, se encaminaban a ese lugar, y todos esperaban verlo y oírlo una vez más.

Más y más gente iba llegando, hasta que hubo más de 500 personas reunidas en aquel viejo lugar familiar de reunión. Todos conversaban animosamente acerca de los sucesos de las semanas pasadas y trataban de imaginar cuándo y dónde aparecería Jesús entre ellos.

Algunos estaban seguros de que este era el momento que habían estado esperando por tanto tiempo cuando su amado Maestro se declararía Rey de Israel. Si él podía resucitar de entre los muertos, seguramente podría expulsar a los romanos del país, limpiar a Jerusalén de su maldad, e implementar la edad de oro de la que habían hablado todos los profetas. Tal vez iba a aparecer ahora como rey, vestido con ropas reales, y con una hermosa corona en su cabeza.

Estaban equivocados. De repente, alguien divisó una figura familiar que caminaba hacia el grupo a lo largo de la senda. No tenía ninguna corona ni vestimentas reales. En cambio, parecía el mismo que cuando solía venir a conversar con ellos.



–¡Es Jesús! –exclamaron todos–. ¡Es el Señor mismo!

Y el gozo de sus voces le dijo a él cuán bienvenido era en ese lugar.

Todos los 500 lo vieron al mismo tiempo. La Biblia lo dice en 1 Corintios 15:6. ¿Cómo podía alguien dudar ahora de que había resucitado de los muertos? Quinientas personas no podían estar equivocadas.

Entonces, Jesús habló con ellos. Desgraciadamente, sabemos poco de lo que él dijo. ¡Qué lástima que alguien no escribiera todas sus palabras!

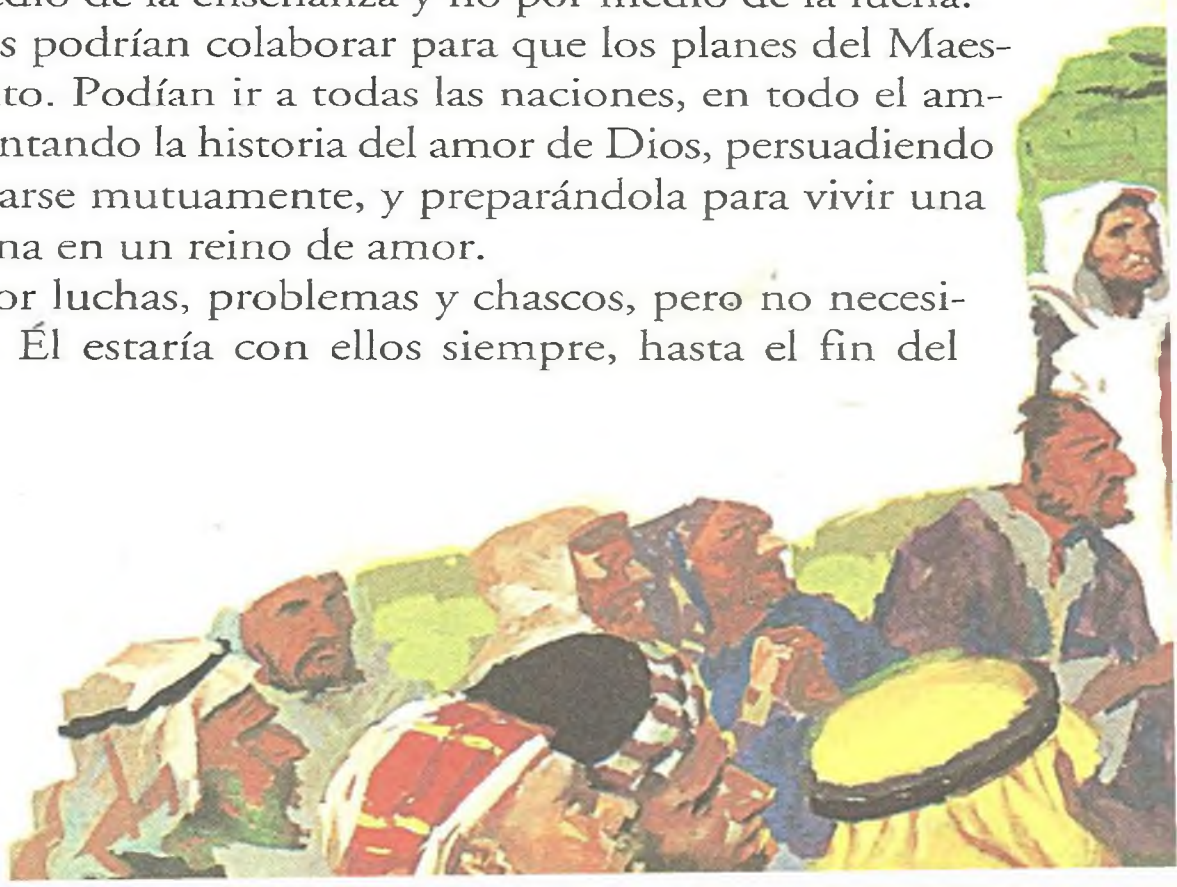
Solo estas pocas y maravillosas palabras han sido conservadas de aquel gran sermón pronunciado en la montaña:

–"Se me ha dado toda autoridad en el cielo y en la tierra. Por tanto, vayan y hagan discípulos de todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a obedecer todo lo que les he mandado a ustedes. Y les aseguro que estaré con ustedes siempre, hasta el fin del mundo".

Todavía había mucho que debía hacerse antes que su reino pudiera ser establecido en la tierra. Es cierto que él era rey de ellos; tenía todo el poder en los cielos y en la tierra; pero su reino se establecería por medio de la enseñanza y no por medio de la lucha.

Todos ellos podrían colaborar para que los planes del Maestro tuvieran éxito. Podían ir a todas las naciones, en todo el amplio mundo, contando la historia del amor de Dios, persuadiendo a la gente a amarse mutuamente, y preparándola para vivir una vida feliz y eterna en un reino de amor.

Pasarían por luchas, problemas y chascos, pero no necesitaban afligirse. Él estaría con ellos siempre, hasta el fin del mundo.



Nunca los olvidaría. Nunca. Ni aunque pasaran mil años. Siempre seguirían siendo amados por él. No habría un solo día, una sola hora, un solo momento en que él no estuviera pensando en ellos con amor.

Cuando Jesús dijo: "Por tanto, vayan", cada hombre que estaba presente supo que le hablaba a él. Cada mujer supo que le hablaba a ella. Y así ocurrió con los muchachos y las niñas. Cada uno dijo después: "Él me estaba hablando a mí y me estaba diciendo que fuera. Yo lo sé. Me miraba directamente a mí". Y por cierto que lo hacía. Quería que todo el que creyera en él fuera y predicara "las buenas nuevas a toda criatura".

–"Estas señales acompañarán a los que crean –añadió Jesús–: en mi nombre expulsarán demonios; hablarán en nuevas lenguas;

tomarán en sus manos serpientes; y cuando beban algo venenoso, no les hará daño alguno; pondrán las manos sobre los enfermos, y éstos recobrarán la salud".

¡Qué promesa! Y todo este poder está a disposición de los que van y cuentan a otros las buenas noticias de su amor.

Esto no significa que podemos tomar con la mano serpientes solo para divertirnos y esperar que no nos muerdan. Y tampoco significa que podamos beber veneno para hacer una broma y que ello no nos matará. Por cierto que no. Significa, sin embargo, que podemos ir a hacer tareas y trabajos para Dios, cumpliendo la obra que nos ha pedido que hagamos, seguros de que cuidará de nosotros. Él ha hecho más de un milagro en favor de los que lo amaron y le sirvieron con felicidad, y hará lo mismo por ti si es necesario, si lo amas de la misma manera.

La Biblia no dice por cuánto tiempo Jesús estuvo con los 500 discípulos en la montaña, pero nosotros sabemos que pasó 40 días con ellos después de su resurrección, mostrándoles que estaba vivo por medio de "muchas pruebas convincentes... y les habló acerca del reino de Dios".

¡Qué días más preciosos y admirables! ¡Cuán cortos deben haber parecido! ¡Cuán pronto terminaron!

Ángeles con una promesa

(Hechos 1:4-13)

MIENTRAS Jesús estaba en Galilea, debe haber enviado a sus 11 amigos especiales a Jerusalén, pidiéndoles que lo esperaran allí. La próxima vez que oímos de ellos, se encuentran en una habitación de la ciudad –probablemente el mismo aposento alto en que comieron la última cena juntos–, y Jesús estaba nuevamente comiendo con ellos.

Las cosas eran muy diferentes ahora. La cruz ha pasado. También la resurrección. Jesús ha muerto y ha resucitado. Y ahora está vivo para siempre. Todo el poder del cielo y de la tierra está en sus manos, le pertenece, y nadie se lo puede quitar.

Pero aunque Jesús es poderoso, sus discípulos son débiles: demasiado débiles para las grandes cargas que tendrán que llevar cuando él regrese al cielo. De manera que los insta a esperar en Jerusalén hasta que reciban "la promesa del Padre".

¿Qué es "la promesa del Padre"? Es algo que el Padre desea darles porque ellos han seguido muy fielmente a su Hijo. Es algo que los transformaría repentinamente de hombres comunes –pescadores, cobradores de impuestos y demás– en hombres poderosos de

Dios, valientes, incansables, predicadores elocuentes del evangelio.

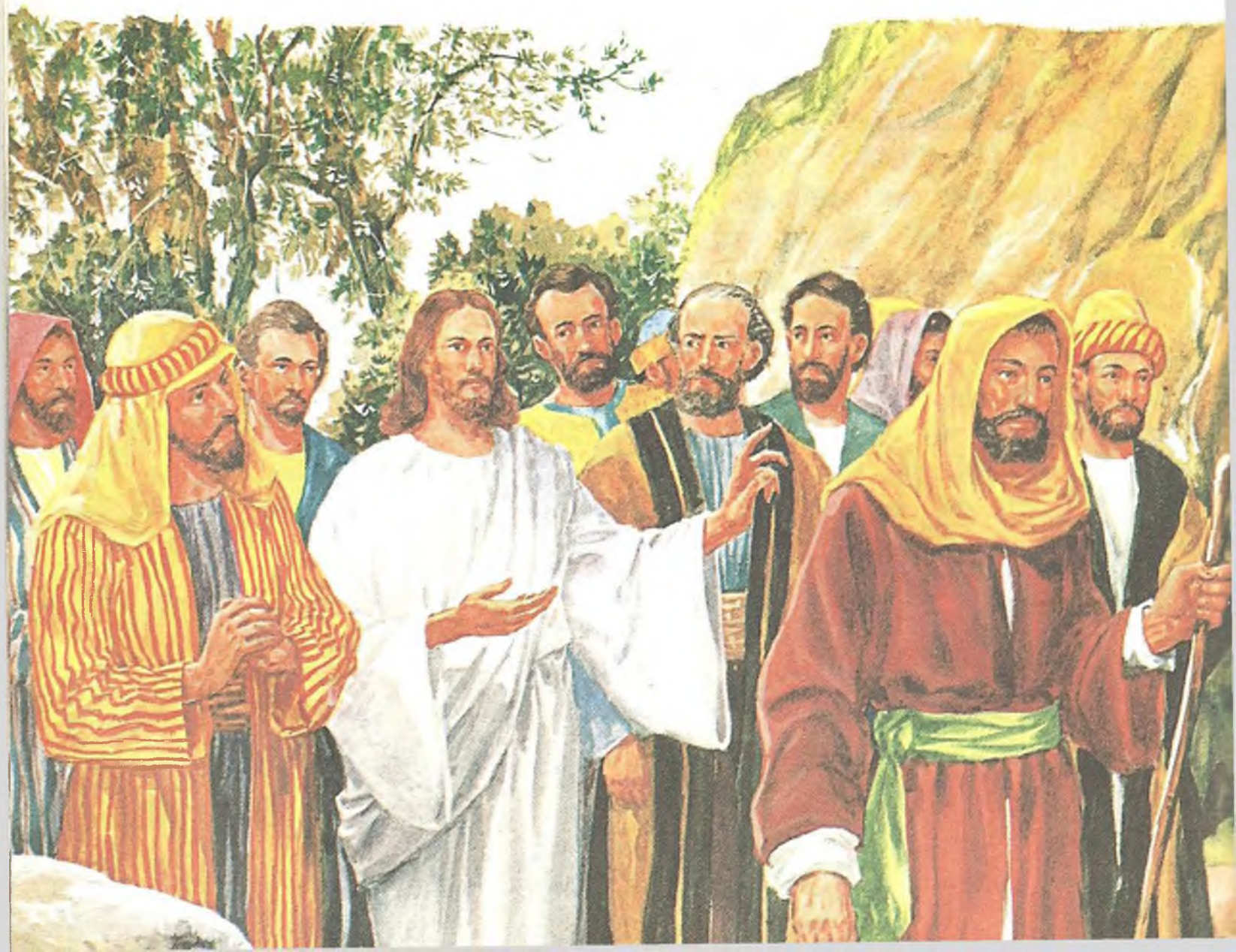
–"Juan bautizó con agua –les dijo Jesús–, pero dentro de pocos días ustedes serán bautizados con el Espíritu Santo".

Pensando todavía en el reino, ellos le preguntaron:

–"Señor, ¿es ahora cuando vas a restablecer el reino a Israel?

–"No les toca a ustedes conocer la hora ni el momento determinados por la autoridad misma del Padre –les contestó Jesús–. Pero cuando venga el Espíritu Santo sobre ustedes, recibirán poder".

¿Significará la venida del Espíritu Santo el establecimiento del reino que habían esperado por tanto tiempo? No. El Espíritu Santo les traería fuerzas, sabiduría y valor para predicar el evangelio del



reino a la gente que nunca lo escuchó.

–"Serán mis testigos tanto en Jerusalén como en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra".

Aquí había seguramente una nueva idea. ¿Cómo podía un pequeño grupo de pescadores pobres, humildes, sin educación, dar testimonio en la misma ciudad donde los sacerdotes y los dirigentes habían dado muerte a Jesús? ¿Cómo podían ellos, sin dinero o posesiones de ninguna clase, llevar el evangelio hasta los confines de la tierra? ¿Cómo podía el Espíritu Santo, "la promesa del Padre", hacer posible tal cosa?

Mientras todavía se preguntaban qué podía haber querido decir Jesús con estas palabras, caminan con él al monte de los Olivos. Esta vez no se detienen en el jardín de Getsemaní, sino que continúan hasta la cumbre del monte. El paso es lento, porque algo les dice que está por dejarlos pronto, y ellos quieren tenerlo tanto tiempo como puedan.

Ahora, Jesús los mira con una ternura especial en sus ojos. La hora de partir está cerca. Él ama a estos hombres queridos. A cada uno de ellos. Ha vivido con ellos por más de tres años. Sabe cuánto han abandonado por él y cuánto tendrán que sufrir mientras testifican por él.

¡Querido Pedro! ¡Querido Santiago! ¡Querido Juan! Y Tomás, también, bendito él, a pesar de sus dudas. Y Mateo, Felipe y todos los demás. ¡Hombres tan buenos y leales, con todas sus faltas!

–¡Bendito seas, bendito seas, bendito sean cada uno de ustedes! –puedo oírlo diciendo con ternura en su voz.

Repentinamente, los discípulos descubren que el Maestro está elevándose en el aire. ¡Se está yendo! ¡Sí! Más arriba, más arriba,

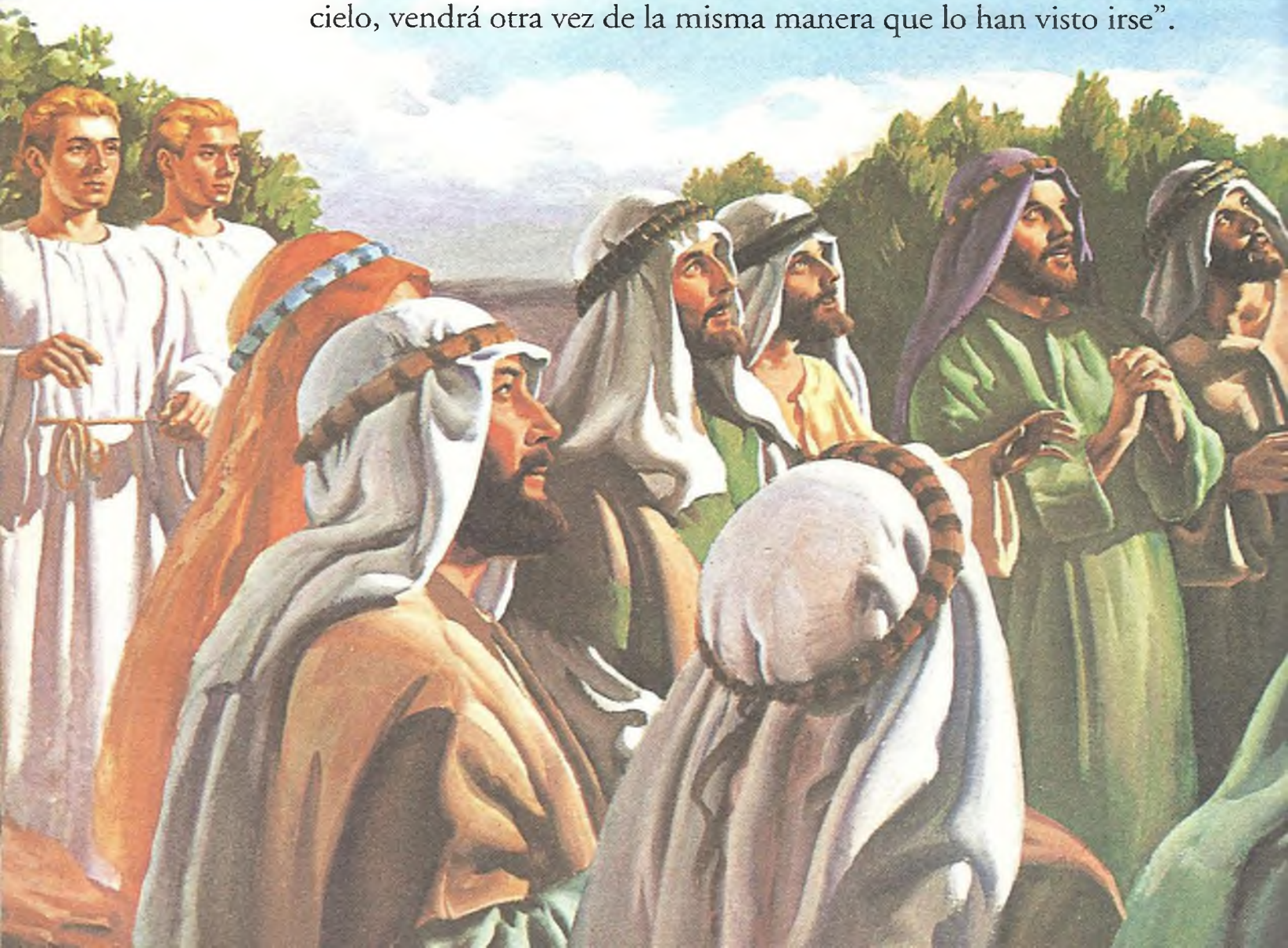
más arriba, más lejos, hasta que por fin una nube lo recibe y lo oculta de su vista.

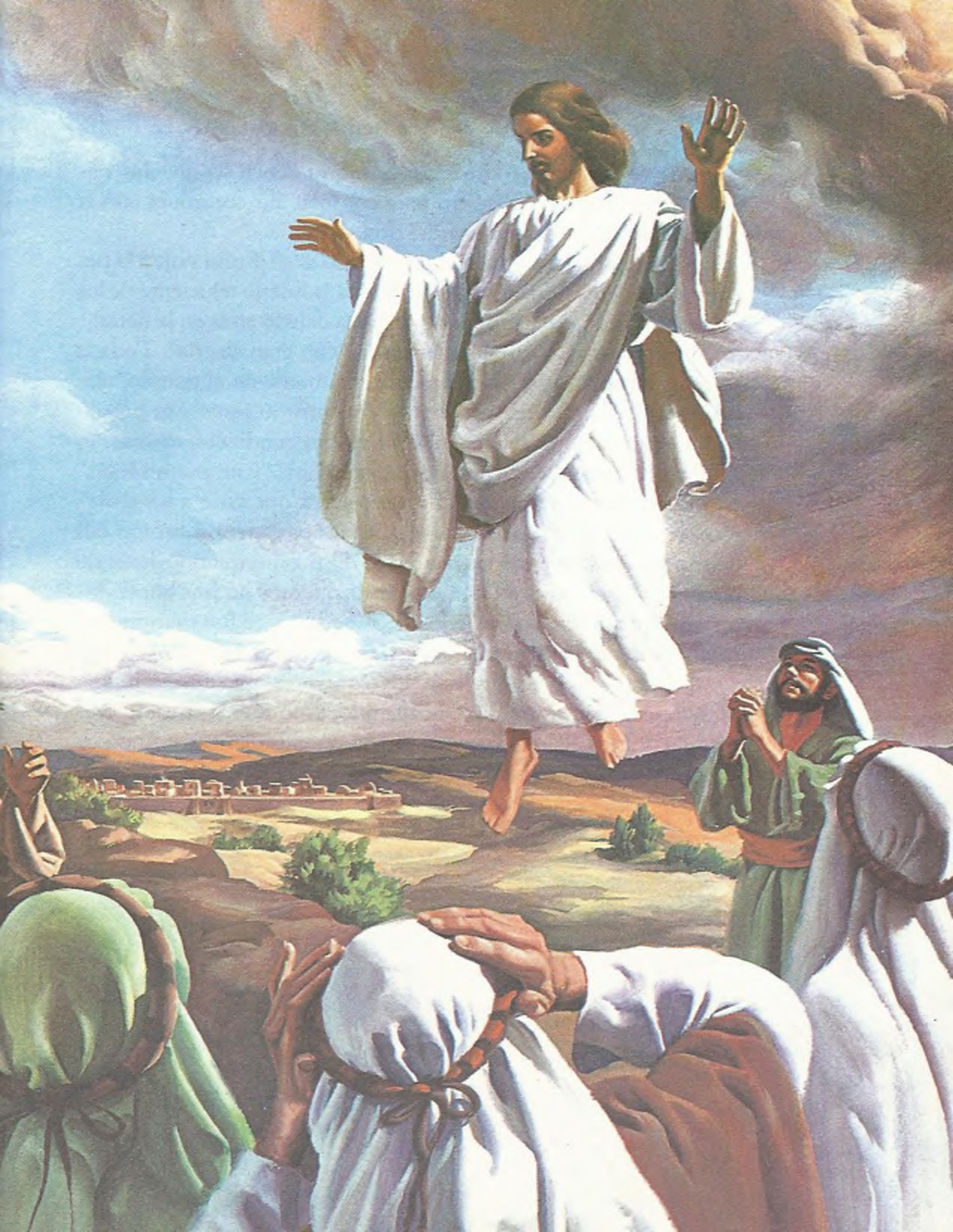
–¡Adiós! –exclaman–. ¡Adiós, querido Maestro!

Tal vez agitan las manos, y entonces se secan los ojos. Ha desaparecido; pero todavía miran, forzando la vista en la profundidad del espacio, esperando contra toda esperanza poder tener una nueva visión de él. Pero se ha ido. Les sobrevino el terrible pensamiento de que puede haberse ido para siempre. Una tristeza desesperante llena sus corazones.

Entonces, de repente, notan a dos extraños en medio de ellos, ambos vestidos de blanco. ¿Quiénes serán?

–"Galileos –dicen los extraños–, ¿qué hacen aquí mirando al cielo? Este mismo Jesús, que ha sido llevado de entre ustedes al cielo, vendrá otra vez de la misma manera que lo han visto irse".





¡Ahora ellos saben! Estos dos hombres deben ser ángeles, enviados por su amado Maestro para consolar sus corazones con la promesa de que algún día vendrá otra vez.

¡Cuán bondadoso y cuán considerado es él! ¡En su viaje a la tierra gloriosa, teniendo en torno de él toda la hueste reluciente de los cielos, se acordó de sus amigos que había dejado atrás en la tierra!

Se apresuran a regresar a Jerusalén "con gran alegría". Toda la tristeza se había ido y "estaban continuamente en el templo, alabando a Dios", tan felices de que "este mismo Jesús", su propio Señor, regresaría. ¡Cuán consoladora es esta bendita esperanza!

¡Y qué hermosa esperanza es esta aún hoy! "Este mismo Jesús" está viniendo nuevamente, El mismo Jesús que sanó a los enfermos, resucitó a los muertos, amó a los niños y contó historias tan hermosas, está viniendo nuevamente. El mismo querido Jesús de Nazaret, Capernaúm y Caná, que realizó tantos hechos bondadosos en favor de los pobres y los necesitados, que fue siempre tan amable y lleno de bondad y bien, viene de nuevo.

No será otro Jesús, un Jesús diferente, sino "este mismo Jesús". El tiempo no lo ha cambiado ni alterado, porque él "es mismo ayer y hoy y por los siglos". Cuando él recorra el brillante camino por los cielos de vuelta a la tierra, será el mismo Jesús que se fue.

9

El tomo 9 de Las bellas historias de la Biblia nos traslada al centro mismo de la historia de la tierra: los más grandes momentos de la vida de Jesús.

Experimenta la emoción de su entrada triunfal en Jerusalén montado sobre un burro y la maravillosa resurrección de su amigo Lázaro. Siente el suspenso cuando los hombres malvados traman un complot para quitarle la vida a Jesús. Piensan que ganaron cuando vieron a Jesús colgar de la cruz. Pero Jesús los sorprenderá y obtendrá una victoria para todos nosotros.

La ilustración de la portada es de Harry Anderson